The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014783932

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
SEP 20 1976			

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/terrorcuentosroj00guil

TERROR

Victor Juan Guillot

PQ7797
.G73
T4
1900z

TERROR

CUENTOS ROJOS Y NEGROS

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

COLECCION CLARIDAD
"ESCRITORES ARGENTINOS DE HOY"
BUENOS AIRES

OBRAS DEL AUTOR

Heroísmo Civil. — (Agotado).

Historias sin Importancia. — (Cuentos).

Cabildos coloniales. — (Agotado).

El alma en el pozo. — (Cuentos).

La aventura del hombre. — (Teatro).

El Vado. — (Cuentos).

PROXIMAMENTE:

Paralelo 55. — (Agenda de un confinado).

TERROR

Al caer la tarde, Corrales se dirigió al galpón de las herramientas, donde estaba el catre del viejo Cetrini. La verdad, solo como había quedado en la chacra y con el trabajo en el tractor, no se acordó ni una vez del enfermo durante las largas horas que corren desde el mediodía hasta la oración. El día fué pesado y caluroso y el crepúsculo avanzaba cargado de nubarrones tormentosos. Hacia Colonia América, por el lado de la Pampa, asomaba la luna, hinchada y roja como un globo atado por invisible amarra a la línea del horizonte. Más arriba, un dilatado celaje sombrío parecía acecharla. Todo hacía presumir la proximidad de un chubasco, pero Corrales tenía sus dudas; habían pasado semanas sin que una sola gota de agua cayese sobre la tierra sedienta. Los maizales empobrecidos, amarilleaban bajo la solana y por las tardes el viento arremolinaba altas polvaredas en los rastrojos, revistiendo hombres y vegetales de esa fina pátina terrosa que deposita la sequía sobre las campañas aridecidas.

En un rincón ya oscuro y zumbante de mosquitos, Cetrini yacía asoporado por la fiebre. Ni se incorporó cuando sintió acercarse a Corrales, limitándose a contemplarlo con esas miradas frías y ausentes que asoman a los ojos de los enfermos. Talvez no se había dado cuenta del abandono en que lo dejaron durante la tarde; entre las ropas desordenadas de la cama, su cuerpo enflaquecido exhalaba ese vaho acre y repelente del sudor febril enfriado sobre las carnes.

—¿Se le ofrece algo? — preguntó Corrales sin mayor

cordialidad. Jamás tuvo simpatía por el viejo peón y ahora sentía contra él una especie de sordo rencor por la ocurrencia de venir a enfermar cuando se encontraba solo en las casas, lejos de todo recurso y abrumado de trabajo.

El otro movió negativamente la cabeza, siempre con los ojos fijos en algo que debía otear muy adentro de sí mismo, en sus recuerdos acaso, más allá del fulgor vítreo de aquellas pupilas inexpresivas e indiferentes a todo lo que lo rodeaba.

—"El hombre se va nomás" — pensó Corrales; y se le ocurrió por un instante que convendría atar el sulky y allegarse hasta San Justo para que en la estancia le diesen algún remedio; pudiera ser también que alguien se ofreciera a acompañarlo, si había que velar al enfermo. Pero la yegua estaba suelta y era un trabajo agarrarla a esa hora. A lo mejor, el otro no estaba tan grave como parecía. De todos modos, tomó la resolución de llevarlo al pueblo al día siguiente; en San Justo no le negarían el Ford para aquel apuro y en compañía de Venancio, el "chauffeur" de la estancia, conducirían el enfermo hasta Villegas, entregándolo en el hospital.

Había oscurecido rápidamente. De un manotazo, Corrales se aplastó un mosquito en el cogote. Hervían en aquel rincón caliginoso, llenando el ambiente, pesado y húmedo, con el rumor de sus agudos zumbidos. Por suerte —pensó—, el viejo ni había de sentirlos.

Encendió una lamparita de querosene, cuya luz amarillenta proyectó un círculo de claridad alrededor del camastro, iluminando el gran armario adosado al tabique lateral, y algo más lejos, hacia el centro de la pieza, un banco de carpintero sobre el cual quedaran olvidados una lata vacía de nafta y algunos zapallos de la huerta.

Como el enfermo hizo un movimiento, Corrales interrogó:

—¿Le molesta la luz?

No debía molestarlo, porque no respondió. Ahora se había estirado en posición supina, la cara vuelta hacia

arriba y los ojos fijos en el techo. Lentamente, levantó primero una mano sarmentosa y descarnada, después otra, cruzándolas por fin sobre el huesudo tórax.

Por escrúpulo de conciencia, Corrales bajó la mecha de la lámpara y disminuyó la luz. Después miró el jarro de lata colocado también sobre el cajón que servía de velador a la cabecera de la cama. Casi no contenía agua; lo tomó, salió al patio y acercándose al molino bombeó hasta hacer rebosar la vasija de abundante líquido fresco.

Era ya de noche y el cielo descendía negro y opaco como empapado en tinta. A la distancia ladraban perros. Salvo el macilento resplandor que salía del galpón, ni un lampo clareaba aquellas sombras profundas, que parecían asentarse pesadamente sobre la tierra.

Entró otra vez Corrales, dejó el agua y salió luego, atravesando el patio en dirección a la cocina. Dos o tres perros se le acercaron, olisqueándole las manos como si esperasen algo. De un revés en el hocico alejó a uno y los otros no esperaron su vez .

Ya en la cocina, avivó el rescoldo, echó algunos trozos de leña y calentó un guiso de fideos, sobra de la comida de las doce. Después comió con desgano, despaciosamente, sentado en un banco al lado del fogón. Fuera, más allá de la puerta, apenas distinguía —sombras escorzadas y movibles en la oscuridad— a los canes reunidos en un grupo expectante. Dominado por confuso malhumor, se puso de pie, descolgó de un gancho algunos trozos de carne oreada y los arrojó al montón. Enseguida abandonó la cocina, caminando cansadamente hacia las habitaciones principales, que cerraban el patio con su masa opaca, bajo las ramas casi horizontales de los paraísos.

Con un fósforo en una mano y protegiéndolo con la otra contra una posible ráfaga, franqueó los escalones de acceso al corredor, cruzó por éste y penetró en el dormitorio, encendiendo la lamparita de la mesa de noche.

Cerradas las ventanas para que no entrase polvo, el

aire clausurado era también cálido y bochornoso. Sin abrirlas, dominado por inexplicable atonía, Corrales, despojándose de la ropa, se tiró sobre la cama, revuelta aún como la dejó al levantarse en la mañana. Encendió un cigarrillo, apagó la luz y quedó fumando silenciosamente en la oscuridad.

* * *

Hacía una semana que la mujer y los dos chicos de Corrales tomaron el tren para Buenos Aires, reclamados por la familia de ella, a la cual alarmaron las noticias de la epidemia que asolaba el campo. Corrales quedó solo con los dos peones; pero aquel día, por ser domingo, uno de ellos había salido temprano para el pueblo y no estaría de retorno hasta la mañana del lunes. Claro que si hubiera sospechado la gravedad del viejo, no lo dejaba marchar; mas cuando advirtió el verdadero estado del enfermo, el otro ya debía estar en Villegas.

Tendido en la cama, fumaba calladamente, mirando cómo el puntito rojo del cigarro reflejábase en el espejo del lavatorio arrimado a la pared frontera.

No quería confesarse el extraño desasosiego que lo intranquilizaba; el caso era, sin embargo, que nunca había sentido aquella aguda sensación de temor que lo asaltó en las primeras sombras de la noche. ¿Nervios? Ganas tuvo de reírse a pesar de su absurda congoja. ¡Un chacarero nervioso!, era cosa de largar la carcajada. Aun cuando —reflexionaba— él, Corrales, tenía tanto de agricultor como pudo considerarse periodista, maestro de escuela o vendedor de automóviles en sus años de andanzas por la campaña de Buenos Aires y la Pampa. Seis meses atrás, aprovechando el ofrecimiento de un amigo que lo encontró sin ocupación ni medios de procurársela, se vino hasta General Villegas, instalándose en las ciento cincuenta hectáreas que el amigo había comprado cerca de la estación Laureles, sobre la línea del ferrocarril de trocha angosta. Lo decidió, más que otra cosa, la vista

del lindo pabellón de madera que servía de habitación al mayordomo cuando la chacra formaba parte de la estancia lindera. En la casa sobraban comodidades para una familia y eso no era despreciable para un hombre que no sabe ya dónde acomodar la suya. Y allí estaba, luchando con la sequía y enterándose todos los días por los diarios de la baja del maíz.

—Había corrido mucho — meditaba ahora Corrales, un poco apiadado de aquel pobre cuerpo suyo, traqueteado por tantos caminos, empujado siempre de pueblo en pueblo por el inquieto afán que lo inducía a descuidar el trabajo que tenía entre manos ante la fantástica posibilidad de encontrar en otra parte alguna cosa mejor. Ni siquiera el casamiento consiguió fijar su irresistible propensión andariega; cuando la mujer tuvo el segundo hijo en la Maternidad del Rivadavia, en Buenos Aires, Corrales hacía de juez de paz en un distrito lejano del territorio de Santa Cruz, gracias a la protección de un antiguo condiscípulo aventajado en la vida por eventual favor de la política.

¡Había corrido mundo, él! "Y lo que te rondaré, morena" — pensó, no sin un dejo de íntima tristeza al recuerdo de la mujer y los chicos, fatalmente ligados a las consecuencias de los altibajos de su voluntad fatigada y versátil.

Dejó caer el pucho ya apagado y trató de dormirse. Pero no podía conciliar el sueño, obsedido ahora por la inquietante aprensión de silenciosas presencias en la casa solitaria y sombría. Andaban muchos "lingheras" por los campos y no era extraño hecho el salteamiento de alguna vivienda aislada, por dos o tres de aquellos individuos que se acercaban a pedir hospedaje con cara fosca y marcándoseles el bulto del grueso revólver bajo las ropas. Ahora recordaba que el wínchester había quedado fuera, contra un pilar de la galería, y tentado estuvo de levantarse a buscarlo. ¿Para qué? En caso que descargara la tormenta lo haría. Casi seguro, por lo demás,

que la tormenta, como tantas veces, derivaría por el cielo hacia la Patagonia, dejando burlada la ardiente ansiedad de la tierra.

Sobresaltado, Corrales, se incorporó de pronto. Patente, había oído el apagado ruido de pisadas por el corredor. Escuchó un instante y dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada. Se habría adormecido y desconoció el rumor de hojas secas que el viento arrastraba quedamente. Eso debía ser, aun cuando era raro, porque no había escuchado el más leve soplo de brisa en los árboles. Al contrario, cualquiera diría que la vida estaba paralizada bajo la muda opacidad de la noche sofocante. Se revolvió en la cama, buscando un poco de frescura para sus miembros en el cambio de posición. Desde la distancia, como si atravesaran penosamente el mutismo enigmático de los campos entenebrecidos, llegaron hasta él prolongados gritos humanos. ¿Gritos a esas horas? Alguna tropa de vacunos arreada en busca de mejores pastos. Con la sequía, era incesante el traslado de hacienda hacia el sur; para gloria de caranchos y chimangos, los caminos quedaban bordeados de reses muertas y terneros entecos que no podían seguir la marcha de la tropa.

Con todo, aquellos clamores nocturnos lo dejaron pensativo. Allá en los Mojones, por el Montiel entrerriano, donde se había criado, la gente del campo creía supersticiosamente que ciertas noches, las almas de los hombres muertos violentamente, dan en vagar, quejándose, a través de las tinieblas solitarias .¿Las ánimas? Tuvo un acceso de rabia. ¿Ahora iba a tener miedo de las ánimas? Las cosas que se le ocurren a un hombre cuando no logra pescar el sueño.

Por asociación inexplicable, su pensamiento volvió al viejo Cetrini. ¿Y si se muriera esa noche? No sería la primera vez que él se viera enfrentado con la muerte; pero le infundía cierto vago pavor la idea de que un cristiano se estuviera muriendo ahí cerca, en la obscuridad, entre todas aquellas cosas que integraban la vulgaridad coti-

diana de la existencia. ¡Es tremendo eso de morir! ¡Pensar que todo seguirá viviendo mientras uno se acaba para siempre en la eternidad del tiempo!... Dió otra vuelta en la cama y continuó arrastrado por el galope vertiginoso de sus reflexiones. Para siempre, no. El alma es inmortal —se afirmó, movilizando remotos y casi olvidados residuos de fe religiosa—. El alma de los muertos se aleja silenciosamente de los sitios donde el cuerpo ha vivido, para emprender el vuelo hacia otra parte... Un pensamiento le hizo correr algo frío por la espalda. Así que si el viejo Cetrini se hubiese muerto, su alma en ese instante quizá...

Seca la boca, Corrales extendió el brazo para tomar el botellón de agua colocado sobre la mesa; pero contuvo de gòlpe el ademán, inmovilizado por un repentino alerta de sus nervios, tensos hasta el dolor. Ahora sí, claros y precisos, avanzaban pasos cautelosos hacia la puerta del cuarto. No lo engañaba el crujido familiar de las maderas del piso, cediendo bajo la presión de un cuerpo que se desplazaba con sigilo. Latiéndole tumultuosamente el corazón, alzó la cabeza y escuchó, clavados los ojos en el vano negro de la puerta abierta. ¿Se acercaba alguien realmente? Crujieron otra vez las tablas, igual que si pies ligeros se deslizaran por ellas suavemente. Hubo un largo silencio colmado de misteriosas sugestiones. En el cajón de la mesita, el reloj de bolsillo hacía resonar fragorosamente el ritmo acelerado de su marcha. Corrales tuvo la impresión espantable de que alguien —¿o algo, Señor?— lo acechaba torvamente emboscado en la sombra. Con un esfuerzo desesperado, en un movimiento que duró siglos, buscó a tientas la caja de fósforos y raspó uno para ver.

Nada. Decidióse a bajar de la cama y se adelantó hasta la puerta, alumbrando el pasillo hasta el comedor. —Naturalmente, no podía estar nadie — pensó, un poco más seguro de sí mismo; todo había sido alucinación de sus sentidos desequilibrados por el insomnio. Con

todo, lo impresionaba la callada soledad que transfigura durante la noche el decorado familiar de las cosas que encuadran los actos del diario vivir. Como la llama le quemaba los dedos, dejó caer el cabo de la cerilla y encendió apresuradamente otra.

—Era vergonzoso —se confesó mentalmente—, pero tenía miedo. Un miedo inexplicable y angustioso que se le adentraba hasta el último repliegue de la conciencia como una torrencial y silenciosa fluencia de sombras en la noche solitaria. Volvió a la cama y prendió nuevamente la lámpara; trataría de leer algo para entretener la rebelde vigilia hasta tomar de sorpresa el sueño. Pero el querosene habíase agotado en el depósito y la llama brilló sólo un instante, consumiéndose después de hacer danzar en la habitación sus fantásticos pantallazos. Corrales quedó postrado, tirantes los nervios en la carne agitada por sutil rehilo, y cerrados rabiosamente los párpados como un niño amedrentado. Alguna vez amanecería.

Debió de dormir durante algún tiempo, porque recobró de súbito la conciencia de sí mismo al trágico llamado de lastimero plañir. Parecía resonar al lado mismo de la ventana, del lado exterior.

Aullaban los perros en el patio. Primero uno, después todos a coro, lanzaban el trágico ululato de los canes empavorecidos. Hay hombres de temple capaces de resistir la sugestión enigmática que emana de lo ignorado en las tinieblas; son muy pocos, sin embargo, los que pueden escuchar serenamente el desgarrador lamento de un perro llorando en la obscuridad. Corrales se incorporó ansioso, sintiendo en las manos temblorosas el sudor frío del terror. ¿Por qué aullarían así los perros? Si hubiera entrado gente extraña, atropellarían furiosos, en vez de quejarse como lo hacían. Sin convicción y casi sin aliento, se estiró hasta la ventana, gritando algo a través de la rendija: —"¡Tigre! ¡Guardacasa! ¡Callarse, perros del diablo!"

Había intentado articular con energía, pero las palabras le salieron lánguidas y apagadas de la boca. Sintió que se le escapaba el control de sus acciones, e hizo un supremo esfuerzo para dominarse. Callados por un instante, los animales reanudaron su lúgubre apelación.

Recuerdos confusos de esas historias terroríficas que los hombres arrastran consigo desde la infancia, adormecidas en los ángulos penumbrosos de la memoria, acudieron a la memoria de Corrales. Siempre había oído afirmar que los perros aúllan cuando ven algo que no distinguen los sentidos humanos. Es sabido que a la percepción de los irracionales no escapan las criaturas invisibles del más allá. Los perros ven a la muerte. ¿La muerte? Otra vez recordó al viejo Cetrini, abandonado en su camastro del galpón. ¿Sería verdad, entonces, que la muerte viene por los agonizantes?

En el corredor, tan cerca que el animal debía estar pegado contra la pared, ascendió de nuevo, sostenido y dramático, el aullido de un can aterrorizado. Evidentemente, los perros retrocedían hacia la casa, buscando amparo contra algo. Le estremeció el pensar lo qué podía ser ese algo. Con las dos manos, Corrales se apretó la cabeza; aquello era absurdo; locamente absurdo.

Cuando muchacho le habían enseñado un procedimiento para hacer callar a los perros que lloran. A tientas, buscó sus alpargatas bajo la cama y las cruzó en el piso; era un conjuro infalible, según decían.

Lo sería, porque instantáneamente se estranguló el horrendo singulto en la garganta de los animales. Enmudecieron de golpe, como si una poderosa mano invisible les hubiera cerrado rudamente las fauces. Estremecido, Corrales sentía ahora gravitar sobre su persona, como un negro compás imponderable, la pausa enorme abierta en las tinieblas. Aquel silencio era más pavoroso, más henchido de siniestras reticencias que el trágico concierto anterior. Desesperadamente, anheló escuchar una

voz, una sola palabra humana y amiga en aquel aislamiento que lo acosaba como una torva persecución.

Una contraventana se golpeó bruscamente en alguna parte y el estrépito hizo saltar a Corrales sobre la cama. Debía ser en el cuarto de huéspedes; sin duda quedó abierta por la tarde y ahora la sacudía el primer empujón de la tempestad que ya desencadenaba sus elementos. Porque esta vez la tormenta estaba encima. Con el estampido de un trueno cercano, rachas precursoras azotaron los árboles y aletearon como aves salvajes contra la casa. Menos mal.

De nuevo torearon los perros furiosamente en el patio y otra vez el rabioso latido se transformó en el largo ulular de un pavor irracional. Corrales oíales quejarse, tan inmediatos como si estuvieran a su lado. Adivinábalos temblando, erizado el pelo y llameantes de terror los ojos, estrecharse contra la pared como hurtándose a la proximidad de una espantable visión. Entre uno y otro aullido, gemían bajito, de igual modo que si los acosara la hipnótica sugestión de alguna presencia demoníaca.

Una imprevista cesura cortó de un tajo el plañidero gemir. Manos ignoradas, manos torpes y tenaces, movían quedamente el picaporte de la puerta. Alguien pretendía entrar.

Corrales no resistió más. Arrebatando los fósforos, se tiró de la cama, lanzándose fuera de la habitación. ¡Cualquier cosa era preferible a aquella espantosa espera de lo desconocido rondando en las sombras como una diabólica amenaza del misterio! Cruzó a oscuras el pasillo y su mano tocó la cerradura. ¡Decir que del otro lado "aquello" aguardaba emboscado en la noche! Frenético, encendió un fósforo. Rodó el trueno largamente por los cielos alucinados y los perros respondieron lanzando al aire su enloquecedora modulación. Abrió la puerta. Su mano crispada descorrió el cerrojo y tiró la hoja hacia el interior. Una racha huracanada le apagó la soflama del

fósforo y pareció precipitar hacia dentro las masas tenebrosas acumuladas bajo el firmamento. Penosamente, Corrales dió un paso y se atrevió a mirar. Nada. ¿Era posible? Nada. Inútilmente sus miradas ansiosas trataron de perforar la espesa densidad de las tinieblas nocturnas. Callaron una vez más los perros, y Corrales sintiólos frotarse temblorosos contra sus piernas. No se veía nada. Estaba parado sobre el mismo umbral de la puerta, sujetando la hoja abierta con la mano. Nada; y, sin embargo. . .

Se le heló la sangre en las arterias. Casi junto a su cabeza, rozándola con su hálito gélido, alguien suspiró largamente. Más que una respiración era el estertoroso jadeo de una laringe por donde se evade el último soplo de una existencia. Aullaron aterrados los perros y Corrales lanzó un clamor desesperado. Al lado, contra el mismo parante da la puerta, una figura altísima y envuelta en blancas telas, se doblaba, caía, ¡abatiéndose como tocada por el dedo invisible de la muerte!

* * *

Al día siguiente, cuando el peón regresó de Villegas, encontróse con un cuadro que lo hizo escapar medio enloquecido hacia San Justo. En el corredor, tendido junto a la puerta, estaba el cadáver semidesnudo del viejo Cetrini, muerto hacía muchas horas tal vez. Dentro, rodeado de los perros, revolcábase Corrales, hablando a gritos en el delirio de una fiebre brutal.

Cazando Nutrías

Habían salido temprano de las casas. Desde Corrientes soplaba el viento norte, cargado de ese polvillo rojizo que levanta en sus tierras ferruginosas para repartirlo en forma de oftalmías entre los habitantes de la campaña. Es el tiempo en que la gente de por allá saca las antiparras que guarda desds el verano anterior, para protegerse los ojos ensangrentados por la conjuntivitis. Pesaba el bochorno bajo el cielo plomizo y cercano, a través del cual tamizábase la enceguedora resolana de noviembre. Dilatábase el campo en amarillentos espartillares, quemados por la abrasadora seca que aridecía la tierra hasta los más lejanos confines. El aire mismo parecía sediento en aquel ambiente de horno. A la distancia, acogidos al amparo precario de raleadas isletas de monte, algunos vacunos inmóviles, tendido el flaco cuello, parecían aguardar la llegada de la muerte.

Los hombres dejaron atrás el gran plato arcilloso de un lagunón desecado, y avanzaron a paso lerdo, abrumados por la doble fatiga de la calígine y los bártulos cargados a cuestas. Eran dos; sucios y haraposos, enflaquecidas las caras bajo las barbas atrasadas, terrosos desde las greñudas cabezas hasta los pies calzados de reatadas alpargatas. Eran dos; alto, descarnado, vejancón, el uno. No debía tener más de veinte años el muchachón que lo seguía, doblado el lomo bajo el peso de una gran bolsa abultada de heterogéneas cosas.

Hicieron un alto para darse un resuello. Respiró profundamente el viejo y levantó la cabeza, escrutando largamente el campo, primero, y el cielo, después.

—Tiempo de langosta — murmuró con desgano.

—A lo mejor, comienza de nuevo a pasar la voladora — respondió el otro.

Callaron. El más joven echó al hombro el lío que porteaba y el viejo empuñó la vieja escopeta que dejara caer entre los resecos pastos.

—¿Vamo? — invitó.

—Vamo — aceptó el otro.

Y reanudaron la marcha.

—Las nutrias deben estar retosando en l'agüita — recordó el más joven.

—Y los carpinchos — corroboró el viejo.

El monte tornábase más espeso y el gramillar verdeaba ahora a la umbría del ramaje. Acercábanse al río y en la atmósfera flotaba la frescura del agua evaporada. Ante sus ojos, grupos de árboles lozanos y exuberantes anunciaban la inmediación del cauce. Reanimados, los dos hombres exigieron más al trasijado organismo y se pusieron sobre la barranca del Mocoretá. Allá abajo relucía el agua fresca y sombría, deslizándose lentamente entre los chañares y ceibales de la costa, poblada de obscuros helechos. La transición entre la atmósfera caldeada del campo abierto y el aire frío del río encajonado fué tan brusca que uno de ellos tiritó como si tuviera fiebre.

—Linda la fresca — habló el muchachón, a tiempo que bajaba con precaución el declive barrancoso.

—No metás bulla, que s'espantan los bichitos — rezongó malhumorado el viejo, poniendo también con cuidado los pies en las toscas, que afloraban en la tierra como trozos fósiles de la estructura interna del planeta.

Así llegaron hasta el ribazo, limpio, que descendía suavemente en playa, para prolongarse en el agua fina y azulada hasta la cercana costa opuesta. Sentáronse en el punto en que la barranca doblábase en ángulo sobre la línea de la playa. El viejo sacó del pecho un pedazo de diario para tacos, y extrajo de los bolsillos un tarro colorado de pólvora y un mugriento pañuelo lleno de perdigones.

Entretanto, el otro cavaba rápidamente una hornalla en tierra y amontonaba charamusca para el fuego. Prendió un fósforo y a poco la ondulante llama subía de la pequeña pira, casi invisible en la diáfana claridad del aire que lo rodeaba. Después deshizo el lío, sacó la pava, clareó un tanto el agua de la resaca que la cubría y la hundió en ella, levantándola rebosante y mojada para colocarla enseguida sobre el fuego.

—Mientra, l'agua se va calentando — explicó quedamente.

El compañero asintió con un movimiento de cabeza. En ese momento, sentado en tierra, medía un cuñete de pólvora para volcarlo cuidadosamente en el cañón de la escopeta que sostenía entre las piernas.

Los dos obraban con calma, haciendo cada uno lo suyo, conforme a costumbres de trabajo en común convertidas ya en inmutables prácticas. Cargada el arma, preguntó al otro:

—¿Vos manejaj el garrote?

—Como quieras — aceptó el muchachón.

—Es mejor —afirmó el primero, quien hablaba como jefe—. Yo soy más seguro pa meniar chumbo.

Quedaron un rato en silencio. Chasqueaban, ardiendo, las ramas medio verdes; largos rizos de humo dispersábanse en el espacio.

—Si hoy agarramo diej, hacemo tre dosena de nutria — habló, por fin, el joven.

Al otro le brillaron los ojos de codicia.

—Pagan bien este año la nutria.

El viejo movió la cabeza descontento:

—¡Hum!... Pagar bien, pagan bien en Güeno Saire; pero don Batista...

Y se interrumpió, ceñudo.

Lo imitó el otro, agregando después: —Agarrau el gringo.

Su compañero hizo un cansado gesto de indiferencia o resignación.

—Así hacen plata lo jombre...

Al cabo de una pausa, obedeciendo a quién sabe qué asociaciones mentales, o para desechar pensamientos desagradables, se volvió, interrogante, al compañero:

—¿Traiste la carne pal churrasco?

—La saqué del atado — respondió el muchacho.

Otra vez volvieron a su mutismo. Sentados, agachadas las cabezas sobre las rodillas, miraban, pensativos, el agua. En los árboles de enfrente se alzó agudamente el reclamo de un pájaro: "¡Huan chivirr!..." "¡Huan chivirr!..."

El agua corría callada y tranquila. Cerca de la costa, al pie de los macizos de ceibo, arremansábase, casi negra y metálica, hasta quién sabe qué frías profundidades. Moscas de agua y libélulas, jugueteaban en los claros soleados, deslizándose velozmente al hilo de la superficie y dejando tras de sí una levísima estela. A medio río, sonoro como un enorme taponazo, estalló un zambullón.

—Boga — comentó el de la escopeta.

—Si pescamoj una' l'asamo con papel di astrasa — comentó su compañero con glotona expresión.

Callaron nuevamente. Pasó un rato.

Al fin, el más viejo explayó el tema de las meditaciones que lo traían preocupado:

—¿Noj habrán campiau de l'estancia? Loj otro día m'encontré el mayordomo y mi amenazó con meterme plomo cuando viniéramoj a nutriar p'uaquí...

El muchachón se encogió de hombros:

—El santafecino ése trai siempre mucha prosa —replicó—. Habría que verlo en una di a pie pa saber...

—No; como hombre e jombre — corrigió el viejo.

—Todo somo jombre —rezongó el muchachón—. Y yo digo que si uno quiera ganarse la vida casando bicho en l'agua nu hay derecho e pribirle... El río es de todos.

—Pero el campo es de l'estancia —observó el viejo—. Y si vienen...

—Y si vienen —balaqueó el mocetón— tengo esto y éste. — Con una mano desenvainó el cuchillo, golpeando con la otra las cachas del gran revólver que le abultaba en la cintura.

—Sería cosa fea pa nojotro — reflexionó el viejo.

Inquietos, escucharon un instante. Otra vez chilló el pájaro en los árboles de la costa frontera. Por encima de sus cabezas sopló el aliento cálido del viento norte que arreaba sus ráfagas desde Corrientes.

Al cabo se resolvieron. A una seña del viejo pusiéronse de pie. Con la escopeta el uno, empuñando un grueso palo el otro, orillaron cautelosamente unos ochenta o cien metros. Allí, un meandro del río curvaba la costa en una especie de abra bordeada de árboles cuyas torcidas ramas empapábanse en la corriente.

Arrastráronse hasta una tosca, hundida en el agua como un gran diente roquizo, y espiaron. Primero una, después otra afloraron dos cabezas bigotudas a pocos pasos. Los ojos de los animales relucían, desconfiados entre la rojiza pelambre.

—Aprontate — cuchicheó el de la escopeta.

Las nutrias nadaron silenciosamente hacia la orilla. Simultáneamente sonaron el disparo de la escopeta y el garrotazo. Cuando se aquietó el agua, dos cuerpos aparecieron flotando; a su alrededor, largos hilos rojos se desleían en el agua.

El más joven tiró las alpargatas, arremangó las bombachas y se metió a la corriente que le llegaba hasta las corvas. Salió enseguida con las dos presas.

—Vamoj a desollarla mientra se le pasa el susto a laj otra — dispuso el viejo.

Sin pronunciar palabra, el otro sentóse en el suelo y procedió a la operación. De un tajo abrió un gran ojal en la parte trasera de la nutria debajo de la cola. Después tiró de los bordes de la abertura hacia atrás, ayudándose tan pronto con el cabo del cuchillo como de la hoja, hasta dar vuelta la piel como un guante, sobre el

cuerpo sanguinolento del animal. Por fin, de un solo tirón, arrancó la piel de la cabeza y la arrojó al suelo como una bolsa húmeda y manchada de rojo. Después repitió el procedimiento con el segundo roedor.

Entretanto, echado de boca sobre la tosca, el viejo observaba el río.

—Arrimate — susurró.

Reptando cuidadosamente, en la diestra el garrote, el compañero se colocó para operar.

De nuevo, sobre la napa elástica y movible asomaban algunas cabezas grises que dejaban blanquear los colmillos bajo los hirsutos mostachos.

Repitióse el ataque; pero en esta ocasión sólo quedó un cuerpo flotando agitadamente entre las revueltas aguas.

—L'erraste el palo — gruñó el viejo.

Callado, el muchacho se metió al agua y sacó el animal todavía caliente y chorreando de la cabeza a la cola. De nuevo empuñó el cuchillo y recomenzó el desuello.

Al cabo de tres horas había once pieles secándose a la sombra. Los hombres esperaron largamente sin que una sola cabeza de roedor rompiese la superficie de la corriente.

—Tan asustadas —comenzó el mozo—. Ya no salen más.

—Iremoj a la otr'oya —propuso el viejo—. Pero más tarde. Ahora pitamo, tomamo mate y churrasquiamo, ¿te parece?

—Bueno —aceptó el compañero, poniéndose de pie—. ¿Y esto?

—Lo dejamo que se oree.

Y terminó de cargar su arma, atacando concienzudamente la carga con la baqueta.

Después, uno y otro liaron cigarros negros y empezaron a echar humo con fruición. Estaban satisfechos. La mañana había sido buena y todavía les restaba la otra guarida de nutrias para la tarde.

El muchachón miró a la barranca.

—Hast'aura —comentó jocosamente— no si hase presente el santafecino ese...

—Más vale... — empezó el viejo, y la palabra se le cortó de pronto, en la ansiosa expectación de la escucha.

—Me pareció oír... — reanudó pensativo.

—Animale que bajarán a l'agua — explicó el otro.

—Tal vej, pero...

No pudo seguir. Al filo de la barranca, recortándose nítidos contra el cielo triste y grisáceo, surgieron tres hombres.

—¡Perra!... —rezongó, rabioso, el viejo—. El santafecino Llaga, Lima y Galarza.

—No aflojés, Crisanto —alcanzó a bisbisear el mocetón—. ¡Tamién somo jombre, qué caray!

Sin hablar, los otros se les vinieron encima, saltando por la barranca. Delante de todos, revólver en mano, el mayordomo de la estancia Mariano Loza, un hombrón alto, fornido y con una cara resuelta como el diablo. Los otros dos le seguían, también rascándose la cintura.

Debían haber desmontado a la distancia para asegurar la sorpresa.

Vociferando, el santafecino se encaró con el viejo:

—No te he dicho, ¡hijo de tal!, que no quiero que vengás a nutriar al río? ¡A balazos te voy a sacar de aquí!

Humilde, removiendo la tierra con la punta de la sucia alpargata, el viejo intentó una disculpa:

—Yo no hago daño a naides, don. Lo bichoj esto no son de l'estancia...

—Y a lo jombre no se loj insulta, ¡qué porra! — intervino, rezumando soberbia, el mocetón.

Como picado por una víbora, el otro se volvió, bramando:

—A vos, por cogotudo, no te va a quedar cuero pa darle lugar a los lonjazos.

Y cambiando el revólver a la izquierda, empuñó la

ancha guacha de domar y avanzó sobre el muchachón, alzando el brazo.

No pudo dar ni dos pasos. Tirando desde abajo, casi sin mover la mano, el otro le hizo fuego dos veces seguidas. El hombre cayó, escupiendo una amenaza; en el suelo tuvo coraje para incorporarse y disparar a su vez. Al mismo tiempo tiró también el viejo con la escopeta y descargaron sus armas los dos acompañantes del recién llegado. Resonaron las detonaciones en la costa, dilatándose en el espacio cargado de electricidad. Mal herido y tirando el revólver ya inservible, el mocetón atropelló cuchillo en mano. Pisó sobre las pieles mojadas y resbaló; en tierra, uno de los otros lo remató.

La escena había sido casi instantánea. De los recién llegados quedaban en pie el llamado Lima y Galarza. Este último, sujetándose la cadera izquierda, de donde le brotaba la sangre a chorros, acribillado hasta el vientre por la descarga de munición patera. En la orilla, con los pies dentro del agua, agonizaba el viejo con tres balazos en el cuerpo. A su lado, humeaba todavía el cigarro, cerca de la mano agitada por el temblor de la muerte.

Lima se agachó sobre el mayordomo y levantóse enseguida, pálido como un difunto. Volvióse entonces a su compañero, que se iba desplomando lentamente.

—Ta muerto... ¿Y voj, hermano?

—Jo...robau pa toda la siega. Pero esos pagaron la nutriada con el cuero...

Se desmayó. El otro lo miró un segundo y después agarró a trepar la barranca en busca de socorro. Quedaron los cuatro cuerpos tendidos sobre el ribazo. Al cabo de un rato, cantó un pájaro en la orilla opuesta. Silenciosamente, primero una, después otra, asomaron algunas cabezas bigotudas a flor de agua. Los ojos curiosos les brillaban entre la pelambre. El río corría calladamente bajo el firmamento opaco y gris.

El Llamado

Una ancha faja de luz atravesaba oblicuamente la sala, desde la alta ventana hasta el piso, sobre cuyos limpios mosaicos dispersábase la claridad intrusa con la insolencia de un conquistador. El tiempo debía ser radioso allá fuera, como lo es siempre en esos finales de invierno, que suelen lograr tibios y dorados anticipos de primavera. Adivinábase del lado exterior de los vidrios el latido vital de una vibrante atmósfera, océano de aire que bañaría las cosas en las honduras de sus soleados abismos transparentes.

Marchando suavemente, con ese andar que parece un deslizamiento, la Hermana de Caridad acercóse a una de las dos camas que agotaban la capacidad de la pieza. Al pasar, arrojó una rápida ojeada al gráfico sujeto a los pies del lecho, en los barrotes de hierro del respaldar; con mano ligera aliñó en seguida el desordenado embozo de la sábana, escuchó un instante la respiración corta y acelerada del enfermo y se alejó de nuevo a paso cauto, empleando esa diestra dulzura de movimientos que parece privativa de las enfermeras. Lombardi la siguió con la mirada mortecina e indiferente de los hospitalizados, en cuyas pupilas parece arremansarse la melancolía tediosa de las interminables horas de vigilia solitaria.

Había cerrado los ojos cuando se aproximó la hermana, para sustraerse a las convencionales palabras de aliento que su piedad ya rutinaria vertía indistintamente sobre los convalecientes y los moribundos. Lo irritaban los consuelos, después de dos meses largos de

cama que habían disipado en su espíritu hasta la más ligera esperanza de curación. Durante aquel tiempo, había visto sucederse cuatro personas en el lecho colocado paralelamente al suyo, contra la pared frontera; y sólo una de ellas pudo despedirse de él, dado de alta por fin, marchándose a convalecer en su casa, lejos del ambiente tétrico del hospital. A los otros los habían sacado de noche, mientras él dormía; y no ignoraba Lombardi la significación lúgubre de esas cautelosas traslaciones nocturnas. Ahora, la cama contigua estaba libre otra vez.

—No duraría mucho tiempo así — pensó, sintiendo un sutil estremecimiento de terror ante la idea de que antes de que otro viniera, la suya, quizás, habría quedado también vacante.

Su mirada, pesada y lenta, se paseó ahora por las paredes desoladoramente blancas y el piso oliente a líquidos desinfectantes; a esos mismos olores de formol y éter que saturaban también el aire, mezclados siempre con las emanaciones de carne macerada y dolorida que flotan en el interior de todos los hospitales. Después miró la cascada luminosa que descendía rectamente, como la diagonal de un rectángulo, pasando sobre su cabeza a modo de un leve puente derrumbado en uno de sus extremos.

—Lindo día —se dijo mentalmente—. Lindo día, al cabo de tantas semanas en que la gris claridad de las jornadas lluviosas filtraba su tristeza desde el arbolado patio exterior, o se arrastraba por los fríos pasillos del edificio.

Cansadamente, hizo un cálculo.

—El había entrado . . . justo, hacía sesenta y ocho días, al principiar el invierno. La primavera debía estar cercana, entonces.

Allá en el fondo de su cerebro repitió lentamente la palabra, silabeándola con pausa, sorprendido por la ex-

traña profundidad que se le revelara en su sentido: "pri-ma-ve-ra"...

Curioso, lo que le pasaba. Nunca ese vocablo le había dicho nada; y ahora hablaba a su imaginación, con poderosa fuerza evocativa, de vida potente, natural, coloreada y fresca. Le pareció sentir alrededor un ascenso tumultuoso de savias que se precipitaran en un mundo de formas plásticas y sonoras, oreado por largas ráfagas impregnadas de tónicos sabores salinos.

Deseó oirla de nuevo y la murmuró quedamente, en voz tan baja, que pasó como un suspiro por los labios pálidos y resecos: primavera..., primavera...

Bien abiertos los ojos hundidos en la profundidad de las cuencas de un rostro demacrado por la consunción, Lombardi contemplaba el tablón luminoso; y por él, su imaginación evadíase de la sala, escapaba del hospital, ardiente como un potro fugitivo, galopando por los anchos espacios que el sol doraba, muy lejos de aquella casa sombría, muy lejos de la ciudad vibrante de ansiedades y dolores, por los campos dilatados en donde había corrido su infancia y madurado su mocedad.

Se sofocaba. Abrió la boca en una profunda inspiración que fatigó hasta el dolor sus averiados pulmones. ¡Quién pudiera volver a respirar aquel aire rico y oloroso como un vino, cargado de silvestres saturaciones, que a estas horas asentaríanse blandamente sobre los temblorosos linares y los interminables maizales de Santa Fe!

Nervioso, cambió de posición; sentíase tan ligero como si los enflaquecidos miembros, inflados de éter imponderable, lo elevaran insensiblemente en el espacio.

Como una obsesión, insistía el recuerdo de la tierra nativa. Por allá, los rastrojos estarían transformándose en praderas cubiertas de finos pastos color verde claro, por donde cantarían las perdices coloradas bajo el solazo de mediodía. Aunque, recordando bien, no era el tiempo. No, no era el tiempo todavía.

El, Lombardi, tenía que saberlo bien, porque vivió en

el campo hasta que fuera mozo. Pero el recuerdo de las cosas y de los hechos desvaneciasele en la debilitada memoria, como imágenes huidizas, de sustancia inconsistente y contornos imprecisos.

Fragmentariamente, a modo de aisladas viñetas de un trunco pasado, acudían ciertos recuerdos. Reconocíase en aquel recio mocetón que marchaba detrás del arado, alentando con enérgicas voces, dilatadas sonoramente en el espacio, a la pareja de grandes caballos que cabeceaban lanzando nubes de humo blanquecino por los abiertos ollares. El rocío escarchado entre las hierbas crujía bajo sus pasos y en la tierra, ablandada por lloviznas recientes, hundíase sin esfuerzo la reja reluciente y filosa, abriendo ancho surco que dejaba escapar el hálito cálido y acre de sus entrañas. Las aves revoloteaban en bandada alrededor de su cabeza, abatiéndose con avidez sobre las amelgas de tierra negra y sustanciosa, para levantarse luego, chillando en la disputa de los insectos recogidos entre los terrones.

A la distancia, en las casas, alguien hacía señas con los brazos. Advertíase el llamado saliendo de su boca, pero el grito llegaba mucho más tarde, como un trozo de sonido flotante en el aire que se asentara por fin, fatigado, a sus mismos pies. El aire matinal, todavía frío, le friccionaba el rostro con la aspereza de un puñado de mostaza . . .

* * *

Incorporóse trabajosamente en la cama, reclinando la descarnada espalda contra las almohadas. Lo asaltaba una desesperada y orgánica urgencia de sentir otra vez contra la cara la ruda comezón del viento mañanero que hace retozar alegremente sus ráfagas sobre los campos. Llevóse una mano hasta el rostro y palpó la pálida piel bajo la sombra sucia de las barbas aborrascadas. ¡Oh! Si pudiera sentir una vez más, sólo una vez más, la fresca caricia del viento libre sobre su mísera carne enferma!

—¿Y por qué no, después de todo? — arguyó en su interior una reanimada esperanza. También podría curarse, como tantos, y volver entre su gente, perdida ya de vista en sus andanzas, para trabajar de nuevo como antes, bajo el sol y en pleno contacto con la naturaleza. Porque, eso sí —prometíase en febril soliloquio—, si escapaba de esa, despediríase para siempre de Buenos Aires. Realmente, asombrábale ahora la fascinación que lo atrajo irresistiblemente hasta la gran ciudad. Le parecían tan pobres, tan despreciables, aquellas aspiraciones que lo fueron alejando de lo suyo, de la tierra campesina, para incorporarlo a la falange desesperada de los que se debaten en el ambiente inhóspito de la urbe populosa y egoísta. La verdad, él había soñado con muchas cosas y acariciado múltiples ilusiones. ¿Para qué?

La claridad disminuía insensiblemente y leve penumbra iba atenuando la agresividad de aquella blancura aséptica que lo rodeaba. Afuera, el sol aún estaría alto y la tarde iría cobrando esa serenidad que anuncia la silenciosa aproximación del crepúsculo. A lo sumo, debajo de los árboles, la sombra haríase más fresca y en las ramas empezaría a bullir la impaciencia de los pájaros que se aprestan para la velada nocturna.

Siempre le habían gustado los árboles — pensaba ahora Lombardi. No era un hombre culto pero sentía hondamente la sugestión del paisaje arbolado, cuya serena belleza esparcía en su sensibilidad como una callada fluencia de sutiles emociones. Cuando muchacho, placíale tenderse bajo la umbría del ramaje frondoso, fijos los ojos en la clara bóveda del firmamento, escuchando esos rumores misteriosos con que la vida se manifiesta en el cuerpo armonioso del árbol.

Al fondo de la chacra paterna, en los linderos del cuadro de pastoreo, había una isleta compacta de talas y chañares. En el centro, como un jefe entre sus tropas, erguía un jacarandá foráneo su arrogante silueta cuajada de corolas azules. Era un refugio escondido y sombrío,

sobre cuyo suelo herboso el sol, filtrado por el follaje, estampaba innumerables arabescos de luz. De vez en cuando, como leves burbujas de bruma, la sombra fugitiva de un pájaro proyectábase desde la altura. A lo lejos, bordeando el alambrado, una fila de álamos piramidales empinaba sus temblorosas agujas.

Tumbado en los pastos, masticando un jugoso cogollo, él dejaba correr las horas, soñando en cosas extravagantes, lánguido el cuerpo y adormecidos los sentidos bajo la caricia tibia y fragante de la atmósfera. Arriba, los árboles crujían suavemente o dejaban resbalar entre sus hojas un lento susurro confidencial. Las junturas de las grandes ramas chasqueaban como las maderas de un barco filando sobre las aguas. Era un ruidito seco y corto como un lenguaje monosilábico: ¡chqt!, ¡chqt! Habla de hombre, cortada y perentoria. La réplica del follaje descendía como un sedoso deslizamiento del aire a través de finas láminas y vibrantes peciolos: ¡flsss!, ¡flsss!... A veces, alargábase en una suspirada emisión, recatada e insinuante, como un llamado de mujer: ¡flflzzzz!, ¡flflzzzz!

Seguramente, allá fuera, en los árboles del patio, también dialogaban quedamente los gruesos tallos y las vibrátiles ramas hojosas. Los unos, revestidos de rugosas cortezas, articuñlarían su varonil ¡chqt!, ¡chqt!... Las otras modulaban la indecisa respuesta en el tímido cuchicheo de su aérea fronda: ¡flsss!, ¡flsss!

Interrumpió de golpe sus imaginerías. Decididamente, debía haberle subido la fiebre. Sentía pesar sobre él un ambiente caliginoso y ardiente. Al mismo tiempo experimentaba la sensación de que la enflaquecida piel que le cubría los huesos, estaba hinchada y densa como una edematía. En la sala iba anocheciendo gradualmente; ya la franja de claridad era sólo un resplandor dorado que se dispersaba desde los vidrios.

Dejóse caer sobre la cama, ansioso de una frescura que

le negaban también las ropas calientes y húmedas por los trasudores de la fiebre.

Entretanto —pensó otra vez— el aire tibio correría por sobre los campos enverdecidos y la tierra vestiría su fertilidad en las mil formas vegetales de la vida. Correría el agua clara y elástica por los arroyos lejanos, el sol poniente prendería rojizas luces en los flancos de los cerros y la caída de la tarde iría embozando en silenciosa sombra las copas solemnes de la arboleda.

Urgente y desesperado, retornó de nuevo el anhelo. ¡Ver una vez más, oler una vez más, hundirse una vez más en aquella naturaleza silvestre de sus días infantiles! Era seguro que se moría; pero no quería morirse sin sentir otra vez, la última, sus manos y su cara, todo el cuerpo desnudo, frotados por la fronda suave y fresca de un ramaje; sin llenarse los pulmones con las profundas respiraciones del monte virgen, sin sentir en la cabeza la húmeda unción del relente nocturno sobre las tierras labradas. ¡Si pudiera verse libre de aquel eterno y repugnante olor a formol y éter que se le adhería a las paredes internas de la boca y las narices, saturando su carne con pregustos de muerte!. . .

* * *

Nuevamente apareció la hermana y se acercó en silencio a la cama. Algo raro debió advertir en el enfermo, porque volvió a salir con prisa, no tardando en regresar acompañada del interno de guardia. Hundido en ese sopor siniestro que el crepúsculo deja caer sobre los moribundos, atisbándolos como a cosa desconocida y extraña, Lombardi los escuchó cambiar algunas palabras en voz baja. Ante las instancias de la hermana, el practicante se encogió de hombros, retirándose enseguida a grandes pasos, con la expresión de quien deja tras de sí una solución definitiva.

¿Entraba la bruma vespertina por la ventana o era que la tiniebla de la muerte empezaba a condensarse frente a

sus ojos? No lo sabía Lombardi; ni le interesaba. ¿Se moría? Bueno. Allá en lo profundo de su conciencia insinuábase la vaga noción de que alguien íbase extinguiendo. De todos modos, la cosa era igual.

Todo el resto de su vitalidad exhausta parecía concentrarse, como la energía de una mano desesperada en el objeto que empuña, en el anhelado pensamiento: ver un árbol. . ., un árbol.

A su lado, la monja pasaba las cuentas del rosario, mientras su boca repetía las palabras rituales de la plegaria. Era una mujer vieja y pálida que había rezado junto a la cama de innumerables agonizantes.

Con los ojos bien abiertos, Lombardi miraba delante de sí; su vista se extendía más allá de la hermana, franqueaba los muros de la habitación, abarcando dilatados espacios por donde corrían espumosos regatos entre frondosas masas vegetales calentadas por la dorada claridad solar.

—Un árbol. . . Un árbol. . .

La hermana notó el movimiento de los labios y los humedeció con un trozo de algodón empapado en agua. Los labios seguían murmurando algo inaudible. Ella creyó necesaria una palabra de consuelo. Tenía experiencia de esas cosas y no creía llegado el momento supremo todavía:

—Valor, hijito; ¿necesita algo?

El hombre dejó caer los párpados en leve signo afirmativo.

—¿Necesita algo?

Y encorvándose sobre la cama, la monja pegó su oído a la boca del enfermo; la gran cruz de cobre del rosario reposó por un instante sobre el pecho de Lombardi. Hizo éste un esfuerzo y musitó, en una espiración apenas perceptible:

—Un árbol. . ., un árbol. . .

La hermana se incorporó, perpleja. El delirio de la fiebre, sin duda. Con todo, era raro.

Y lo miró otra vez, lleno de piedad su arrugado rostro de virgen envejecida. En los ojos del enfermo había tal expresión de trágica ansiedad que la conmovió hasta lo más íntimo.

Entretanto los labios se movían siempre. Ella leía claramente las palabras en la boca descolorida. Después de todo —se dijo—, aquello sería un alivio para el infeliz. En el patio había tantas plantas...

Arrastrando con presteza las anchas faldas, salió de la sala. Había oscurecido completamente. Al pasar, hizo girar el interruptor de la luz.

Lombardi cerró los ojos, herido por la cruda claridad que se les volcó encima bruscamente. Reclinada la cabeza en la almohada, acentuaba sus aristas la lúgubre flacura del rostro y el cuello. Sus labios continuaban moviéndose tenuamente. Adivinábase que el último anhelo iba escapando por ellos con la vida.

Una fragante frescura vegetal invadió súbitamente la sala, difundiéndose en imponderables ondas que cubrieron y desplazaron las químicas emanaciones de farmacopea. Llevando en los brazos una mata entera, avanzó la hermana desde la puerta, aproximándose al lecho con gozosa diligencia. Las raíces de la planta estaban todavía cargadas de húmeda tierra y las verdes hojas agrupábanse densamente en los tallos coronados de aromadas inflorecencias. A su paso, la pieza llenábase de silvestres olores, como si alguien hubiera abierto una gran ventana al viento errante de la floresta.

—Tome, hijito.

Con maternal ternura, como quien deja un niño pequeño en la cuna, la hermana depositó el arbusto al costado del enfermo, sobre el descarnado brazo extendido a lo largo del cuerpo. Lombardi abrió los ojos. Las frondosas ramas bañábanle la macilenta cara con sus jugosas lozanías de planta. Aspiró largamente, como si sorbiera toda la naturaleza. Resbaló una mano, torpe ya, por sobre las hojas, a manera de una ansiosa caricia de bienve-

nida. Bien sabía él que habría de curar y volver a los campos... A dormitar dulcemente bajo los árboles... La reja del arado abría la tierra tierna que ofrecía sus entrañas a la fecunda luz solar... Allá abajo, alguien lanzaba un llamado que flotaba en el espacio como un trozo invisible de sonido. Una ráfaga fresca soplaba desde el monte inmediato...

De rodillas al lado de la cama, la hermana pasaba las cuentas del rosario.

* * *
* *
*

El vado

Hundió el acelerador a fondo y el coche "coleó" sobre el camino lodoso, resbalando hasta el zanjón que lo bordeaba, convertido ya en torrente. Escapó apenas a la volcadura gracias a una desesperada maniobra del volante. El hombre se llenó la boca de maldiciones. Había perdido la cadena de una rueda trasera, y la cubierta, lustrada por el desgaste, patinaba entre las huellas pantanosas. Para mejor, el agua se venía otra vez; casi lo cegó la lumbrarada con que una descarga eléctrica incendió fugazmente la negrura del cielo que aplastaba sobre la tierra la pesadumbre de sus nubarrones. Al estampido siguió el tronar del aguacero que se precipitó desde el oeste, haciendo resonar sus goterones como el millón de patas de una tropa disparada bajo el látigo del temporal.

Y hasta Maquinchao faltaban cuarenta kilómetros de mal camino, siempre que fuese franqueable el vado del arroyo. En la balsa, claro, no había que pensar.

El hombre apretó los dientes con rabia; sus ojos avizoraban con cuidado el camino mal alumbrado por los faros. De vez en cuando limpiaba con la mano el parabrisas, azotado por el chaparrón que desleía en agua limosa el barro adherido por las salpicaduras. Conocía bastante la ruta; pero no hay baquía que valga cuando ha llovido seis horas seguidas sobre un camino en el Río Negro y si se viaja en la noche entenebrecida por la tormenta. El auto no daría ahora más de doce por hora y adelantaba pesadamente, haciendo estallar los aguazales formados en la huella y levantando pelotones de lodo pegajoso a cada vuelta de las ruedas. Sobre la capota chasqueaba el agua, derribada desde arriba como un torrente flotante. Entraba también por las mal ajustadas cortinas y ya había formado charco entre las palancas. Chapaleaban las botas en cada movimiento de los pies.

¡Cuarenta kilómetros! Y había que llegar. Apretó más la mandíbula. Como para estimular su energía, echó por sobre el hombro una mirada dentro del coche. ¡Con tal de que con los truenos no se le asustara el chiquilín! Allí estaba, sobre el asiento trasero, como un bulto arropado en la obscuridad. Escuchó, inclinando hacia atrás la cabeza. Corta y sibilante, le llegaba la respiración a través de una garganta casi estrangulada por las membranas de la difteria. ¡La difteria! Asentó con furia toda la suela sobre el acelerador y el auto atropelló, dando resbalones en las tinieblas que azotaba el aguacero empujado desde las mesetas de Pilcaniyen.

* * *

Desde la oración, Linares y la mujer estuvieron al lado de la cama del chico. Tenía fiebre alta y se quejaba de la garganta. Al principio, creyeron en una angina gripal y le aplicaron tópicos calientes, haciéndole tragar un trocito de aspirina disuelta en agua, para combatir la temperatura. No comió ninguno de los dos, sobrecogidos por un presentimiento de lo que no querían confesarse. Al cabo de unas horas, el chico pareció aliviado y se durmió, tranquilo, al parecer. Linares dispúsose a acostarse. Había sido día de arada y estaba reventado. Para un chacarero nuevo, algunas horas sobre el tractor, tirando del arado por un campo plagado de raigones, resultan una jornada dura. Parecíale no tener hueso en su sitio ni músculo sin largos dolores. Se tiraría en la pieza vecina sobre un catre de tijera. Si pasaba algo, que lo despertaran.

—Pero no pasaría nada —tranquilizó a la mujer—. Seguro que el chico amanecería bien. En adelante habría que cuidarlo un poco de las humedades que traían las lluvias de enero. Dió unas vueltas y terminó por tumbarse, cayendo instantáneamente en un sueño de plomo.

Dos horas después se despertó, sacudido por los ti-

rones de la mujer. Tardó en volver a la vigilia. Estaba soñando que jugaba a las escondidas en la isla del Tigre, donde se había criado. Lo buscaban.

—¡Linares!... ¡Linares!...

Que lo buscasen. El siempre supo esconderse bien.

—¡Linares!... El nene se muere...

—¿Qué? — Incorporóse de un brinco, todavía nublada la conciencia por la modorra y medio encandilado con el resplandor de la lámpara.

Sollozó la mujer, desencajada ya de espanto:

—El nene... Es difteria... Se ahoga...

Tenía ella ya veintiséis años, pero parecía una jovencita. Bajo los cabellos revueltos y húmedos, por la cara de rasgos pueriles todavía, le bajaban silenciosas lágrimas, corriéndole en las mejillas hasta entrarle por la boca. Daba una impresión de soledad y desamparo que afligía.

Rudamente vuelto a la realidad y sin decir una palabra, corrió Linares hasta el dormitorio:

—¡Si el chico se llegaba a morir!...

Desde un principio lo había hostigado la obsesión de la difteria.

Allí estaba, demacrada la fina carita por dos hondas ojeras azulencas, en cuyo fondo brillaban los ojos febriles. Por los labios entreabiertos brotaba el ralido de una laringe que obstruían siniestras vegetaciones.

—¡La gran...! Claro que era difteria.

El chico volvió hacia el padre sus miradas suplicantes.

—Papito... Duele mucho... — gangueaba la vocecita, atiplada todavía más por el mimo.

Intentó calmarlo.

—No es nada, mi hijito..., no es nada. Todo va a pasar enseguida con un remedio que le va a dar su papito.

También a él temblábale la voz, en la contención penosa del llanto.

Frágil, blanco, dispersa la rizosa crencha rubia sobre la frente sudorienta, el chico gimió lastimero:

—Papito. . ., duele. . . — Y se llevó las manos a la garganta, obscureciéndosele los labios con el azul fúnebre de la cianosis.

El grito de la mujer provocó la irritación de Linares:

—Ahora sólo falta que te desmayes vos, Isabel. Dale un cuarto de aspirina y yo voy a sacar el auto. Me lo llevo hasta Maquinchao.

La mujer lo miró, atemorizada por la salida.

—De noche y con este tiempo — objetó sin convicción.

Linares se encogió de hombros: —No iban a estar esperando allí hasta que el chico se. . .

No se atrevió a seguir ante la mirada desesperada de la mujer. Intentó tranquilizarla. Conocía bien el camino; y un poco de agua y barro no lo iba a detener. A través de los resquicios de la puerta entró, como respuesta, la luz de los refucilos. La arboleda que rodeaba la casa gimió bajo el rudo empellón del viento huracanado.

—Arropalo bien; ya vuelvo.

Y salió, con la linterna eléctrica en la mano, iluminando el sendero enladrillado que cruzaba hasta el galpón habilitado como garage.

Entretanto, renegaba interiormente contra la idea que tuvo de venirse al Territorio con la mujer y el chiquilín. A estas horas estaría tranquilo en Buenos Aires. Pero él siempre fué así, alocado y caprichudo. Se le ocurrió hacerse rico con la fruticultura y allí estaba hacía seis meses, en la soledad del desierto, con un tren cada tres días a la estación más cercana; una simple parada sin vecindario ni recurso alguno. Con todo, no le disgustaba la cosa; e Isabel se adaptaba, la pobre, a aquella vida. Empezaban a tener esperanzas de que el sacrificio no fuese estéril. Y ahora venía el chico a enfermarse. Y de qué, Señor. . .

Largó una patada a un perro, al que le dió por torear, y sacó el coche después de colocar las cortinas. Mientras forcejeaba, ajustando cadenas en las ruedas traseras, se le apareció silenciosamente la mujer, sobresaltándole con la imprevista interpelación:

—Voy con vos...

—No.

Era bueno de sentimientos, pero de mal carácter. Las contrariedades lo exasperaban, volviéndole brutal.

—Que te acompañe, entonces, el peón, por si ocurre algo en el camino. Puede encajarse el coche.

—Lo sé sacar; voy solo.

No insistió la mujer; lo conocía. El se daba cuenta de que era injusto, pero en alguien tenía que desahogar su rabia.

—Cuando yo arrime a la galería salí vos con el chico.

Ella asintió en silencio y volvió a la casa. Linares volcó una lata de nafta en el tanque, se ubicó en el asiento e hizo funcionar el motor. Después miró el cielo; estaba encapotado, pero no tronaba y casi ni llovía.

—El camino debe estar tremendo —pensó—. Pero no cayendo más agua, el vado no se presentaría tan bravo. Sabía que la balsa no andaba, rota la maroma desde la última tormenta.

Acercó el coche y la mujer salió corriendo con el pequeño cuerpo envuelto en mantas. Lo depositó amorosamente en el interior, como a una cosita frágil que pudiera quebrarse.

—Pobrecito mi hijito — y la ahogó un sollozo.

Con un gesto de fastidio, Linares disimuló su lástima. Extendió una mano y le hizo un leve cariño en el cabello.

—No llores, pavota... De aquí unos días lo traigo bien. En el pueblo hay suero; con un par de inyecciones queda fuera de peligro.

Arrancó el coche. Ella volvió a la galería, alumbrando

con la linterna. Lo vió tragado por la obscuridad, dispersos sobre la arboleda los reflejos de los faros. Después oyó el rumor de la tranquera que se abría y cerraba.

—Mi hijito. . .

Se quedó sola con su congoja y su miedo.

* * *

Con tiempo bueno, poníase en el vado en dos horas. Ahora hacía tres que avanzaba penosamente y no podía calcular cuánto faltaba todavía. A la luz de los relámpagos trataba de orientarse, pero sólo entreveía la masa lóbrega del monte, raleado a veces, y el interminable jarillar. Talvez le quedaran veinte kilómetros aún; por lo menos quince; a esa marcha no podía esperarse más. Con las manos bien afirmadas en la dirección, no quitaba ojo de la tierra que los faros iban descubriendo delante del "capot". A través de la cortina de agua, luminosa como raudal de cristales, precedíalo una movible zona de claridad sobre la tierra encharcada. De vez en cuando, alguna lechuza aleteaba contra los faroles para perderse en seguida en las sombras. Hasta una liebre despavorida quedó fugazmente aprisionada en la ancha franja de luz, que la recortó en claridad como una proyección cinematográfica. Habíase apaciguado la ventolera; pero el aguacero proseguía cayendo, espeso e infatigable. Dijérase que había llovido eternamente y que seguiría lloviendo por siempre jamás. Desde la agreste soledad circundante llegaban hasta Linares esos solemnes rumores que ascienden de la tierra desplomada bajo el manto de agua del diluvio. No era cobarde ni supersticioso, mas llevaba un poco encogido el corazón. Además, a sus espaldas, el chico iba muriéndosele, talvez.

Tronó sordamente en la lejanía y alumbró el campo la luz difusa de los relámpagos disueltos en el cielo. La masa tenebrosa de las arboledas, fantásticamente encorvadas, se aclaró un poco, permitiéndole fijar aproximada-

mente la posición. Menos de seis kilómetros; aproximábase al trecho peor: un pedazo arcilloso que se convertía en pantano con unas cuantas gotas. ¡Cómo estaría con aquella lluvia! En fin, lo que Dios quisiera. Sorprendióse a sí mismo con la piadosa invocación. ¡Bah!, por si acaso. . .

Chapotearon ruidosamente las ruedas, advirtiendo que entraban en la embalsada. El camino resolvíase en bañado que lo cubría a todo lo ancho. Frenó un instante para recapacitar; la parte más sólida corría por el lado izquierdo. Había que acelerar orillando, aunque corriera el riesgo de volcar en el zanjón. ¿Y si se quedaba? Aceleró, levantando olas de agua sucia que le azotaban los faros y el parabrisas. El coche adelantó algunos metros y se inclinó peligrosamente; alerta, Linares rectificó de un golpe de volante y agarró más al medio, confiando en la ligereza del vehículo.

Pero no pasó. Bramó el motor y las llantas patinaron en el barrizal del fondo, desparramando agua por todos lados. El coche forcejeó, tropezó un poco y se quedó parado, mientras del radiador ascendía una nubecita de vapor blanquecino.

En el mismo momento sintió lloriquear, espantada, a la criatura.

—Papito. . ., tengo miedo — Y se le hundió la voz en un ronquido trágico.

Era para volverse loco. Lo primero, calmar al chico. Volvióse hacia dentro, palmeándole con cariño:

—Calladito, nene, calladito. Aquí está papá; no tenga miedo.

Y la mano se suavizaba en ternezas sobre la cabecita.

Bajó al agua, bien envuelto en el capote impermeable. El diluvio le repitió su canción sobre el sombrero gacho y hundiéronsele los pies hasta más arriba de los tobillos en la tierra viscosa y absorbente. Por suerte, el agua no había llegado al motor.

Empujó. En su vida puso tan desesperado aliento en

un esfuerzo. Chorreó el sudor caliente por su cara mojada y los músculos de los brazos y de la espalda se le hincharon en la tensión frenética. Abiertas las piernas, trataba de hacer pie en la superficie blanduzca que se lo tragaba. Desencajáronse las ruedas como arrancadas de un alvéolo. Empujó de nuevo y el coche avanzó, más liviano ahora. Redobló el esfuerzo y lo dirigió por la orilla, penando como un forzado bajo la ducha del aguacero que le colaba chorros por el cuello, haciéndoselos correr sobre la piel, bajo las empapadas ropas. Ahora, sí.

Instalóse otra vez en el asiento, mojado y transido de atroz fatiga. Descansó un instante; detrás, el chico plañía, bajito y lamentable. ¿Cuánto tiempo llevaba de viaje? Ni ganas tuvo de mirar el reloj. De todos modos, con saber la hora no ganaba nada. Puso en marcha el coche otra vez; la tierra le pareció más firme y aceleró. Un rato más y estaría en el vado.

La noche se encapotaba alrededor del rastro de luz trazado por los fanales. Era como si la negrura se hubiese convertido en masa sólida y pesada en torno del vehículo en marcha. Pensó en Isabel, allá sola con su zozobra. ¿Lo supondría llegado ya? El recuerdo del vado lo agitó con una ráfaga de inquietud. Sacudióse el pensamiento como si fuera un moscardón.

La pendiente en descenso le advirtió la proximidad del río. Corría éste entre barrancos, hondo y obscuro. Por un instante lo iluminó la loca esperanza de que la balsa hubiera sido recompuesta. Aproximó despacio el coche, sorteando los accidentes del terreno, alterado también por el correr del agua llovida. Proyectó las luces sobre el río, tajando con sus dos cuchillas luminosas la compacta obscuridad que lo envolvía. Ni sombra de la balsa. El río bajaba ancho y denso, unido como una placa de metal fundido. En otras regiones, las riadas bajan correntosas y sonoras, precipitándose como un tropel por el cauca desbordado sobre ambas márgenes. Allí descendía como una ola de fluído asfalto, lenta y silenciosa. Pero es me-

nester haber intentado un cruce para conocer el potente empuje de aquella masa de agua que avanza con espantable calma, sin ruidos, como una lúgubre reptación de bestia pérfida y sombría. Herida al sesgo por la claridad de los faros, se hinchaba la superficie movible y metálica.

La tormenta había respirado en una pausa y se arrojaba otra vez sobre la tierra, descargándose en profundos truenos que repercutían roncamente por las lejanías. Los relámpagos iluminaron la ribera opuesta, donde las isletas de monte se agazapaban en los terrenos adyacentes ya inundados. Arreció el agua.

—Buen momento para intentar la pasada —pensó Linares—. ¿Y si esperase el día? Miró dentro del coche y lo sobrecogió el apagado rumor de un sopor estertoroso. Seguro que se estaba muriendo... Sintió frío en los huesos.

Echó pie a tierra, indiferente al agua y al barro y ya febril por la mojadura. Gritó e hizo disparos de revólver, mirando ansiosamente al otro lado. La espera fué angustiosa, pero vana. Ni una luz ni señal de vida. Atropellaría. Observó otra vez el río, que se arrastraba, negro y torvo como un enemigo traidor. Por un momento se distrajo contemplando el efecto raro del aguacero que punteaba sus flechas líquidas en las zonas aclaradas por los faros.

Por precaución pasó el chico adelante. Bajo la espesa cubertura de ropas, el cuerpecito endeble y tibio le hizo el efecto de un pajarillo arropado en su plumón.

—Pobrecito mi hijito — musitó. Un poco avergonzado de su debilidad —era un hombre, ¡qué diablos!—, le puso los labios sobre la frente, sintiendo que las lágrimas le reventaban en los ojos. Tenía el chico la cara fría y húmeda, y respiraba trabajosamente, gimiendo muy paso. No había que detenerse más. Lo acomodó sobre las rodillas, aunque le molestaba para el manejo, y agarró otra vez el volante, embocando lentamente el vado. Cer-

ca de la orilla no corría mucho, así que avanzó, abriendo ruidosamente las aguas con el "capot". Por suerte, lo acertó sin desviarse. Adelantaba despacio, calculando la profundidad para detenerse si el nivel subía demasiado, porque podía ahogarse el motor. En seguida sintió el empuje de la corriente batiendo el flanco del coche. Era como una presión insidiosa que trabajara sin ruido para derribarlo. ¡Hasta ahora!... Avanzó más y sintió que se hundía de golpe la parte delantera. ¡Seguro que se había zanjeado el paso! Quiso dar marcha atrás y el motor roncó sin responder a la incitación de la palanca. Insistió; giraron las ruedas con rumor de hélices; rugió un poco el carburador y la máquina, por fin, se detuvo. Había entrado agua. Entraba también por la parte baja del coche, ya anegado.

—¡Listo! — pensó el hombre. Puso el chico a un lado, para tener mayor libertad de movimientos, y estuvo a punto de tirarse abajo. Lo retuvo el rumor bronco de la correntada golpeando contra el costado. Se apagaron también las luces. Y quedó inmóvil, rodeado de la muerte. Si hubiera podido nadar para volverse atrás, se arrojaba a las aguas; ¿pero quién nadaba en aquella corriente con un chico en brazos? El coche cedía, sordamente trabajado por el empujón persistente e irresistible del río. Lloró otra vez la criatura y él la tomó con un brazo, mientras con el otro aseguraba el freno de mano con la esperanza de afianzar el vehículo hasta el día. Atisbando desesperado hacia delante, le pareció avistar luces en la costa. Gritó, frenético, e hizo fuego a través de la cortina. Un largo trueno galopó por el cielo. El coche se torció a la derecha, como arrastrado por incógnitas fuerzas escondidas allá abajo. Se acunó un momento y volcó, tragado por el abismo de sombras y agua. Todo el río se le echó encima, aplastándole. El hombre se había zafado, chapoteando bajo el torrente siniestro. Gritó otra vez. La última.

Escalera Real

Toda persona que haya jugado al "poker" lo suficiente para saber que no es sólo un arte de ganar o perder dinero en poco tiempo, no ignora que las cartas obedecen a una ley desconocida pero inviolable que las obliga a preferir sucesivamente cada uno de los sitios ocupados por los jugadores. Es lo que se llama la rotación de la "liga". La mala suerte no es otra cosa que el desencuentro entre la "liga" que se traslada y el jugador que no ha sabido o no ha querido esperarla en su puesto. Por eso puede afirmarse categóricamente que un hombre sereno, contando con tiempo bastante para que las cartas describan su círculo y con el dinero necesario para resistir la racha adversa sin comprometer sus reservas, puede esperar tranquilamente su momento, con la seguridad absoluta de que ese momento habrá de arribar por fin. Inútil parece agregar que la regla no opera cuando se trata de uno de esos novicios aturdidos por las pérdidas que se las arreglan para cavarse un pozo tan hondo que después no hay favor de la fortuna que consiga sacarlos de su profundidad. Pero sobre esta clase de personas no se debe insistir, porque es la misma que pierde siempre, y por las mismas causas, en el juego de la vida.

Ese no era, sin embargo, el caso de Lagrange. Había sido buen jugador y no ignoraba que el desquite es una cuestión de tiempo, siempre que un hombre sepa estar listo para aprovechar en forma el llamado de la ocasión. Por eso, cuando Bertoni lo invitó a trabajar juntos en Entre Ríos, Lagrange aceptó la invitación y el trabajo en común. La intuición infalible de los jugadores le ad-

virtió que se aproximaba el momento del esperado desquite. A la verdad, Bertoni desconocía o había olvidado el agravio que el otro mantenía fresco y vivo como una planta que se riega con asiduidad. Era un hombre sanguíneo, bullicioso y un poco brutal, tan capaz de asestar a un enemigo un puñetazo en la cara como de suponer al día siguiente que el hecho había tenido tan poca importancia para el maltratado como para él mismo. Lagrange tampoco era un villano de película; pero ajustaba su vida a una regla de conducta que prescribía la necesidad de no cerrar jamás una cuenta con saldo en contra en sus relaciones con los demás. Mediaba, por fin, en este caso, un sentimiento de amor propio, y puede ser también que algo más profundo y duradero que el amor propio. Con ello se está diciendo que entre Lagrange y Bertoni había pasado una mujer. Siempre hay una mujer en los orígenes de la enemistad entre dos hombres que no han franqueado los cuarenta años... y a veces entre los que han saltado ese límite también.

La cosa había ocurrido algunos años antes, cuando Bertoni y Lagrange trabajaron en la administración de los astilleros de Mihanovich, en el Carmelo, por la costa oriental. Conociéronse allí y se vincularon íntimamente, hasta que los distanció el asunto aquel. Lagrange perdió una mujer que le gustaba y una pequeña fortuna que le habría venido juntamente con la mujer. Bertoni, en cambio, ganó el rencor de un hombre que desde ese instante le abrió una cuenta que el tiempo y las circunstancias se encargarían de cancelar. Eso no impidió que cuando se encontraron aquella mañana en un "ristorante" de la Boca, Bertoni se abrazara con Lagrange, aturdiéndolo con sus gritos; que los dos se trenzaran en inacabable charla sobre las cosas del tiempo pasado; y que, finalmente, el primero, siempre entre exuberantes ademanes y ruidosas carcajadas, le explicara que la providencia debía haber preparado aquel encuentro con su viejo amigo Lagrange, a fin de que él, Bertoni, dejara de buscar el socio que

necesitaba para emprender cierta explotación frutícola en unos terrenos que le ofrecían en venta cerca de Concordia.

Del incidente pasado y de la muchacha que fué su causa suficiente no se habló ni una palabra. Era probable que Bertoni lo hubiese olvidado, lo mismo que a la mujer. También, ¡quién diablos va a vivir recordando a todas las mujeres que se le han cruzado en la existencia! Por su parte, Lagrange tampoco preguntó nada. Al pasar, enteróse de que Bertoni estaba casado y que su esposa era una señorita de Pergamino, ciudad en donde aquél había vivido algunos años como representante de una casa introductora de maquinarias agrícolas de Buenos Aires.

Después hablaron del negocio. Tratábase de unas cuantas hectáreas de tierra sobre la misma barra del Yuquerí, en las goteras de Concordia, retazo de los campos que fueron de la sucesión de don Bernardo Yrigoyen, y que se podía comprar en condiciones extraordinariamente ventajosas. El desembolso inmediato no alcanzaría a diez mil pesos, debiendo continuar los adquirentes con los servicios de una deuda en cédulas del Banco Hipotecario Nacional. Había allí una plantación de mandarinas en plena producción, un criadero de aves organizado con planteles de las mejores razas y un colmenar de primer orden. También se estaba ensayando con buenos resultados el cultivo de espárragos.

"—¡Una pichincha! ¡Una verdadera pichincha!" —vociferaba Bertoni con entusiasmo, corroborado por vigorosos puñetazos que hacían saltar las cosas de la mesa. No agaraba el asunto por su sola cuenta en razón de que su capital había quedado reducido a unos pocos miles a consecuencia de un mal negocio de lanchas en el Puerto Madero. Buscaba una persona con quien entenderse, cuando tuvo la suerte de tropezar con Lagrange.

—Una suerte —repetía—, porque, ¡quién mejor que un antiguo amigo para trabajar en sociedad!

Fué entonces que Lagrange tuvo la intuición de que se le brindaba la oportunidad del desquite con aquel hombrón rudo y algo cándido que se hartaba de sopa de pescado, largando de pronto el pan y la cuchara para palmearle las manos con un afectuoso "¡qué viejo Lagrange, éste!", lanzado con voz tan poderosa que posiblemente hacía volver la cabeza a todos los que en aquel momento transitaban por la calle Necochea. Pero no era hombre de arriesgar en la puesta más de lo que podía ganar en la jugada. Poseía alguna platita ahorrada, es cierto; mas le había costado demasiado el ganarla para que estuviera dispuesto a exponerla en un negocio vidrioso. Claro que en todo momento entreveía la oportunidad de cobrarse, y con altos intereses, la vieja cuenta que el otro parecía haber olvidado. Sin embargo, él se atenía a la norma de no dar por el pito más de lo que el pito podía valer. Exigió informes concretos y la facundia de Bertoni desbordóse nuevamente, acompañada esta vez de cálculos numéricos hechos a lápiz al dorso de la lista de platos.

—El establecimiento se llamaba "La Barra" y tenía tantas hectáreas de superficie, toda tierra aprovechable. La vivienda era un chalet de material, casi nuevo y muy cómodo; las instalaciones estaban en perfecto estado. Trabajando ellos mismos para reducir gastos, la explotación dejaría, un año con otro, una utilidad neta de doce mil pesos, sin contar la propiedad, que valdría holgadamente sus cien mil.

A la prudencia de Lagrange resultábanle aquéllos demasiados miles; por otra parte, también había andado por Concordia y le parecía recordar que el terreno no se prestaba para la producción de citrus en aquella zona del distrito, aparte de que en la temporada lluviosa se desbordan los arroyos y no hay cultivo que no quede arrasado por la inundación. La impetuosa dialéctica y la mímica expresiva de Bertoni disiparon victoriosamente sus vacilaciones. Todos los comensales de las mesas ve-

cinas habían seguido la exposición de Bertoni y estaban visiblemente de su parte. Hasta el mozo que los servía y el abúlico personaje que redactaba las adiciones en la caja, hacían converger sobre Lagrange un fuego de miradas que reflejaban el asombro y la indignación de sus espíritus ante las resistencias opuestas a la fortuna que el otro le brindaba con estrepitosa generosidad. Con la última copa de un Lambrusco di Módena espeso como alquitrán y áspero como papel de lija, quedó cerrado el trato y formalizada la sociedad.

Cuando salían del "ristorante", Lagrange tuvo la impresión de que su nuevo socio estaba barajando las cartas que habían de darle el esperado juego. Y se prometió pegar fuerte y sin ascos cuando tuviera las manos llenas.

No pensaba exactamente lo mismo dos meses después, ya instalado en el lindo "bungalow . . de "La Barra", juntamente con el matrimonio Bertoni. Durante el tiempo transcurrido y la vida en común, Lagrange había establecido ciertas comprobaciones que solía repasar por la noche, tendido en la cama, mientras fumaba solitariamente su pipa de "genuine Bull" de Virginia. Ante todo, el negocio era bueno y si no produciría tanto como calculaba Bertoni, resultaba, en resumen, una inversión excelente, que aún había de mejorar.

Luego, la esposa de Bertoni era una mujer de treinta años, bonita, bastante fina y un tanto romántica, que al lado de su marido daba la impresión de una gacela uncida a la coyunda de un búfalo. Llamábase Albertina y era escrupulosamente honesta; mas la perspicacia de Lagrange le permitía conjeturar que si no pertenecía a la clase de mujeres que faltan a sus deberes, no sería injusto incluirla en la categoría de las viudas fácilmente consolables en el caso de que el marido sufriera una desgracia; cosa, por lo demás, que le acontece a cualquiera y que, en el campo, siempre está más cercana de un hombre de mal carácter como Bertoni que no de una persona tan dueña de sí como Lagrange.

Por último, y esta era la contrapartida de los anteriores asientos —Lagrange era tenedor de libros—, si bien el juego se desenvolvía en condiciones satisfactorias, nada confirmaba todavía las esperanzas depositadas en un próximo desquite de la antigua derrota. Y eso que ahora, como antes, en la puesta había una mujer y unos pesos. Solamente que ahora la mujer era mejor y los pesos más numerosos que en la jugada perdida años atrás. Todo lo cual traía muy pensativo a Lagrange, hasta que una noche recordó que si bien es cierto que el buen jugador debe saber esperar las cartas que le convienen, tampoco está reñido con la buena conducta del juego el estimular un poco la marcha de la suerte, cuando ésta demora demasiado en llegar al sitio donde se la aguarda.

* * *

Hacía una semana que Bertoni tronaba casi diariamente contra Villalba, un peón del establecimiento, que por servir de intermediario entre los dueños y el resto del personal, venía a resultar una especie de capataz. Parecía que al hombre se le hubiera metido el diablo en el cuerpo, porque no pasaba día sin que cometiera una barbaridad, lo que desataba torrencialmente la fácil iracundia de su patrón.

Empezó aquello una noche en que un caballo se coló en el colmenar y derribó doce cajones en sus desesperados esfuerzos por escapar a la persecución de las abejas perturbadas por su intrusión. Bertoni descargó sobre Villalba una tempestad de interjecciones y amenazas, anunciando su propósito de "sacar a patadas al haragán descuidado que le había originado semejante perjuicio". Villalba se limitó a responder que no se explicaba lo ocurrido, porque la tarde anterior había cerrado personalmente el portillo que daba al potrero alfalfado de los animales de trabajo. Era un tape pálido y menudo, que empezó a trabajar en el establecimiento con los dueños

anteriores y a quien Bertoni estuvo a punto de despedir cuando llegaron, pues se le dijo que el hombre no pasaba por trigo limpio, que tenía fama de cuchillero y que en un proceso por lesiones se había ganado algunos meses de prisión en la cárcel de Concordia. Lo dejó, sin embargo, porque resultó cumplidor, callado y muy conocedor de las tareas que traía entre manos. Aquella tarde no le aceptó la explicación y siguió gritando hasta que Villalba, lanzándole una mirada de reojo, lo dejó plantado, metiéndose en la cocina.

Después fué la historia de una cantidad de arbustos del vivero que debieron ser cargados en el carro para mandarlos a la estación y que quedaron olvidados al sol todo un día, hasta que Bertoni los descubrió, al caer la tarde, cuando regresaba de la esparraguera. El asunto no se aclaró bien porque Villalba arguyó "que el señor Lagrange le había dicho . . ." y Bertoni negó a Lagrange todo derecho a inmiscuirse en nada que no fuera la contabilidad y las relaciones comerciales de la explotación. Gritaba tanto, que la mujer temió algo y salió a tranquilizarlo, llevándoselo adentro, en donde se encaró airadamente con Lagrange, a quien acusó de entrometerse en asuntos que no eran de su incumbencia.

Siempre tranquilo, pero algo molesto, Lagrange negó haber dicho una palabra a Villalba respecto a los dichosos árboles. Sin responderle, Bertoni entró en el cuarto de baño, oyéndosele en seguida chapuzar ruidosamente la cabeza en el agua del lavatorio. Lagrange y Albertina quedaron solos; aquél estaba mudo y hosco; tanto, que la mujer creyó necesario decir algo:

—Tenga paciencia, Lagrange; usted ya conoce el genio de este hombre.

Y suspiró como quien lleva en silencio el peso de una abrumadora cruz.

Dos días más tarde, las vociferaciones de Bertoni contra Villalba hubieran podido ser oídas desde el puente de Cambápaso. La cosa no era para menos. De vein-

ticuatro aves encerradas en una jaula para ser entregadas al mayordomo del vapor de la carrera, más de la mitad aparecieron muertas. El mismo Villalba descubrió que al afrecho mojado que se les diera como alimento la noche anterior, había sido mezclado arsénico en polvo, del que se usaba para matar las hormigas. No se explicaba cómo pudo ocurrir la cosa, pues él mismo fué quién preparó la comida de las aves, a causa de que el muchacho encargado de ello estaba tirado en un catre, con un tobillo inflamado por una torcedura. Bertoni tampoco admitió aclaraciones y prosiguió rugiendo como él solo era capaz de hacerlo en algunas leguas a la redonda. Villalba era humilde, pero la paciencia de una persona tiene sus límites. Además, aquellos percances sucesivos de que invariablemente se le responsabilizaba, habían despertado su desconfianza. Contestó de mal modo, dando a entender "que si se le quería quitar el conchabo no había por qué valerse de mañas que no son de hombres. porque él sabía cómo proceden los hombres y era tan hombre como el que más".

Felizmente, Bertoni no pudo replicar, porque Albertina le avisó que lo llamaban con apremio desde el pueblo, por teléfono. Era precisamente el mayordomo del vapor, quien, sin duda alguna, reclamaría los pollos.

La tarde pasó tranquila. Se llenó otra jaula, que Villalba condujo a Concordia en el camión. Bertoni anduvo por el fondo de la quinta, ocupado en una nueva plantación que estaba formando y sólo regresó a la casa hacia la oración. Al llegar, la mujer le recordó que al otro día debían ir juntos al pueblo; ella quería hacer unas compras, y él, por su parte, aprovecharía el viaje para despachar un giro en el Banco. Mientras comían, se convino en que la llevaría en el Rugby, dejándola en la casa de unas amigas, porque quería retornar en la misma mañana para continuar con el naranjal en formación. Por la tarde volvería a buscarla; y en caso de que no se lo consintiera el trabajo, tal vez Lagrange quisiera tam-

bién darse una vuelta por la ciudad. Este aceptó encantado. Aquella noche sentíase muy contento y alargaron la sobremesa, escuchándole historias alegres que sabía contar muy bien cuando estaba en vena.

A la primera hora de la mañana siguiente despertaron a Lagrange las voces de Bertoni en el patio. Resultaba que al sacar el automóvil del cobertizo descubrió Villalba que estaba rajado el depósito del radiador, perdiendo agua a todo trapo. Aquello era para hacer arder de rabia al menos propenso y Bertoni siempre se encontraba a un centímetro de la explosión. Casi se arrojó sobre Villalba, manoteándole frente a los ojos y tratándolo de "criollo pillo y perezoso, que estaba robando la plata que le pagaban los patrones".

Si el capataz no hubiese estado tan sorprendido con lo que pasaba, las cosas habrían tomado un mal sesgo en ese momento. Pero el asombro, sumado a cierto temor supersticioso acerca de la ingerencia malévola de fuerzas desconocidas, que lo asaltó al descubrir el nuevo percance, desviaron su atención, impidiéndole reaccionar en la forma que lo hubiera hecho en otras circunstancias. Como Bertoni continuara chillando mientras esforzábase por reparar el desperfecto, lo interrumpió para decirle, muy digno, que comprendía que allí estaba sobrando y pedía se le arreglara su cuenta de inmediato. "Trabajo no le faltaría en ninguna parte —añadió en tono provocativo—, y no se vería obligado a aguantar el mal genio de gente que parecía confundir un obrero con un animal".

Bertoni se calmó de golpe, respondiendo que por la tarde, cuando volviera de la ciudad, lo esperaría en el escritorio para el arreglo pedido.

Reparada como se pudo la avería del radiador, llamó a su mujer, quien ya salía dispuesta paar el viaje. Desde la ventana, Lagrange admiró la buena presencia de Albertina, vestida con un ceñido traje "tailleur" que hacía resaltar, sin exagerarlas, la elegante morbidez de sus formas. Se dijo que estaba realmente linda y que la vida

no sería desagradable con una compañera como aquella, alhaja que el bárbaro del marido no sabía valorar.

Poco más tarde, bajó Lagrange al escritorio, una piecita en la planta baja, después de desayunarse solo en el comedor. No le gustaba el mate y prefería tomar su café con leche como en la ciudad. Trabajó un par de horas revisando facturas y contestando cartas comerciales. En una pared de aquella pieza, colgada al alcance de la mano de quien estuviera sentado detrás de la mesa, había siempre una magnífica escopeta inglesa de dos caños, cargada con munición patera.

Contempló Lagrange, pensativamente, la escopeta, silbando entre los labios; la tomó, y armado de ella se alejó despacio hasta la barra, por donde se le oyó largo rato hacer fuego sobre los zambullidores. Retornó cerca de las doce y colgó la escopeta en su sitio. Más tarde, cuando hubieron ocurrido las cosas, se deploró el fatal descuido que lo hizo olvidarse de recargar el arma, como era costumbre de todos los que la usaban.

No tardó en llegar Bertoni, bastante malhumorado porque había pinchado una goma en el camino y tuvo que trabajar largo rato al rayo del sol para colocar la rueda de auxilio. Almorzaron casi sin cambiar palabra; sólo Bertoni habló del fastidio que le causaba la salida de Villalba. "Aquellos criollos —comentó— no tenían dónde caerse muertos y eran más quisquillosos que un hidalgo español".

Por toda respuesta, Lagrange se encogió de hombros. El otro creyó descubrir en aquel gesto la intención de una censura sobre su modo de tratar al personal y guardó silencio, mortificado y colérico. Antes de separarse, sin embargo, abrió la boca para anunciar a su socio que volvería al naranjal, pidiéndole que se trasladara a la ciudad en busca de Albertina.

Un par de horas más tarde, afeitado y arreglado, Lagrange empuñó el volante y puso el coche en marcha, despidiéndose de su socio con un saludo amistoso, ape-

nas respondido por aquél. El hombre seguía alunado. Antes de salir, Lagrange buscó a Villalba con la vista; el capataz se hallaba en el cobertizo, ajustando los sunchos de un barril. Cuando ya se alejaba el coche, Bertoni le dió una voz, gritándole algunos encargos. Lagrange asintió con la cabeza y se marchó.

Cambiando de idea, Bertoni no fué al naranjal; pasó el resto de la tarde en los gallineros, acompañado de un peón. Bajaba ya el sol cuando volvió a la casa, entrando al escritorio. Villalba dehía haberlo estado espiando, porque se le presentó en seguida, vistiendo la ropa de salida. El chino estaba más pálido que de costumbre y abordó al patrón con el acento y el gesto de quien lleva malas intenciones.

Posiblemente Bertoni abrigaba el propósito de retener al capataz, hablándole amistosamente y hasta explicándole que no debiera dar demasiada importancia a las palabras que profería cuando se le subía la mostaza a las narices. Pero la actitud del otro removió todo el fondo de irritación sedimentado en su ánimo durante un enojoso día de contrariedades. Lo único que le faltaba —pensó— "era que ahora se le insolentase el compadrito aquel".

La escena fué rápida y violenta. A las primeras frases de Villalba, Bertoni se puso de pie, furioso, tendiendo el puño cerrado: "—¡Salga de aquí, canallita de porra!"

Y se corrió a un lado, como dispuesto a precipitarse sobre el tape. Este se puso más pálido aún, llevando la mano a la cintura: "—Aquí el único canalla es usted, gringo hijo de . . ." — rezongó amenazante. En su derecha brilló un cuchillo corto y agudo.

De un salto, Bertoni manoteó la escopeta, apuntándole y vociferando.

Villalba no era flojo, pero un arma de fuego impone a cualquiera. Además, prefería pelear afuera, donde tendría más libertad de movimientos. Brincó hasta la puerta, seguido de Bertoni e insultándolo para exasperarlo.

Así se encontraron los dos en la galería, a dos metros de distancia el uno del otro. Bertoni apuntó otra vez, gritando: "—¡Te voy a pagar tu cuenta en plomo; en chumbos, te voy a arreglar!"

Agachándose como un gato, Villalba atropelló, haciendo viborear el cuchillo: "—Asegurá bien, porque..."

Bertoni apretó el gatillo y sólo se oyó el ruidito seco del hierro percutiendo sobre el hierro; quiso disparar el segundo cartucho y tampoco dió fuego el arma. Desesperado, trató de ganar la escalera para subir al primer piso, pero el otro no le dió tiempo. Se le fué encima, verde de rabia y reluciéndole en los ojos la feroz decisión:

"—¡No te dije!..."

El cuchillo se hundió una y otra vez en el pecho y en el vientre de Bertoni, cortándole las manos, cuando éste pretendía parar los puntazos. Cayó contra la puerta del escritorio, a tiempo que se escuchaban los gritos de los otros peones que acudían a todo correr. La última puñalada le había partido el corazón.

Villalba se volvió a los tres o cuatro hombres detenidos en el patio. La sangre de su enemigo le empapaba la mano derecha y le había salpicado hasta la cara. Jadeando de fatiga, les habló con siniestra frialdad: "—El que quiera copar la parada, ya sabe; de no, abran cancha".

Lo dejaron pasar sin moverse ni articular una palabra. El tape se apoderó de una bolsa que tenía lista con sus cosas y se dirigió, sin apuro, a la costa, para tomar la canoa en que cruzaría el río hasta la ribera uruguaya.

Cuando se hubo perdido de vista, unos se acercaron al cadáver de Bertoni, mientras otro llamaba apresuradamente por teléfono a la comisaría de Suburbios. En ese mismo momento sonó la bocina del automóvil que volvía con Albertina y Lagrange.

Al día siguiente, cuando volvió del entierro de Bertoni, Lagrange mantuvo una larga conversación con Albertina. La mujer estaba más tranquila de lo que podía esperarse y encaraba el porvenir con mucho buen sentido y serenidad. Convinieron en que ella partiría a Buenos Aires para regresar quince días más tarde con una sobrinita que la acompañaría en "La Barra", en donde resolvió quedarse, continuando la explotación de la finca con el socio de su marido.

Por la noche, tendido en la cama, Lagrange cargó su pipa de "genuine Bull" y reflexionó detenidamente sobre los acontecimientos pasados. Después de todo, habíanse confirmado sus intuiciones de jugador. El pobre Bertoni terminó por darle buen juego para el desquite. Una escalera real.

* * *
* *
*

ARTICULO 52

Tenía que matarlo esa tarde. Ni un día después que esa tarde. Se lo habían notificado por última vez, en esa forma imperceptible que usan los penados para conversar entre sí, cuando salieron en formación para trepar a las plataformas del tren Decauville que va del presidio al Monte Susana. El 288 debía matar al guardián Listoich. Y el 288 era él. Antes se llamaba de otro modo. Tenía nombre como lo tiene la gente. Antes, cuando vivía en la vida, cuando un juez de Buenos Aires no le había aplicado todavía el artículo 52, mandándolo al Sur en el sollado de un transporte, con otros cincuenta que también llevaban hierros en los tobillos.

El convoy avanzaba trepidando a lo largo de la costa. Un convoy cargado de hombres vestidos de trajes rayados y erizado de fusiles. La brigada de presos mandada diariamente allá arriba para desmontar y hacer leña. Miró hacia delante. Le había correspondido ir sentado del lado del mar, y le castigaba rudamente el rostro aquel cierzo del sudoeste que parece la gélida respiración de los abismos del polo. Bajo y plomizo, el cielo huraño copiábase en las aguas de cinc de la bahía. Allá al frente, los picos de la Isla Navarino desdibujábanse hundidos en grises masas de vapores, densos y pesados como trozos de sucio algodón. Más lejanos, los geométricos contrafuertes de la península Dumas, manchados de inmóviles neveros, parecían flotar fantásticamente, como conos truncos de montaña, en un océano de niebla, bajo la tétrica luz del otoño austral. Ya conocía esos nombres de tanto haberlos escuchado en el cotidiano ir y venir del penal

al monte y del monte al penal. Lo que nunca había contemplado era la floresta enrojecida como aparecía ahora. Como una fabulosa piel flava, bermeja, escarlata, la selva vestía la fosca piedra de los cerros hasta el mismo mar. Del sábado al lunes, la estación y la escarcha habían teñido de sanguinolentos matices aquel manto vegetal que descendía, por partes, en largos girones rojos como ríos de mortecino fuego desprendidos de las plateadas crestas. Nunca había visto el espectáculo de la floresta roja. Era nuevo todavía en el Sur. Pero ya tendría de ver aquello muchas veces. Muchas. A menos que...

Medio adormecido por el ritmo de la marcha, seguía pensando. Pensamientos y recuerdos se confundían, fragmentarios y vagos, allá en su interior. Le habían aplicado ese artículo 52 del código, cuya sola mención deja exangües las caras de los encausados reincidentes y abre una sombría pausa en las conversaciones de los que esperan en Villa Devoto la terminación de su proceso. Artículo 52; se lo sabía de memoria. Tantas condenas y la reclusión en los territorios del Sud. Accesorio de pena. Y ahora él estaba allí. El 288 para siempre en Ushuaia. Para siempre. Hay palabras que sólo descubren su implacable sentido en ciertas situaciones morales. Para siempre recluído en el Sur.

Repechaba el convoy la áspera cuesta del monte, rechinando sobre las mal estabilizadas vías. Allá arriba, sierra, hacha y cuñas, bajo el ojo receloso de los guardianes, siempre listos para voltear de un tiro al primero que haga un movimiento sospechoso o que se acerque más de lo reglamentario al vigilante próximo.

Y él debía acercarse. El 288 tenía que matar a Listoich esa tarde. Era la sentencia del presidio; y nadie ignora que el presidio cumple sus sentencias en el condenado o en el remiso ejecutor. En el patio de descanso, en la galería de un pabellón, en un claro de la selva, en cualquier parte, el presidio hace cumplir su ley. Ya sabía él lo qué eran esos llamados cautelosos que cambian si-

niestras contraseñas, los lerdos movimientos que van agrupando hombres de expresión indiferente alrededor de la víctima designada. Después, un revuelo súbito, gritos, algún disparo de armas, el asalto brutal de los guardianes, que golpean sin piedad y sin mirar. En el suelo queda, exánime o agónico, un montón de carne y huesos quebrantados y sangrientos.

* * *

Como todos los días, se distribuyó la gente en el monte y empezó el trabajo interminable que a media tarde deja a su hombre roto de bárbaro cansancio. El otoño despojaba los fagus y había llovido el suelo de hojas rojas como aplastados goterones de sangre. Los pies se hundían en la fofa alfombra escarlata tendida entre la mata de leña dura y los macizos de calafate, espesos y espinosos como un maquis. Las voces perentorias y roncas de los guardianes distribuyeron los grupos, ordenando la faena. Y ésta se cumple sin respiros hasta que el silbato da el alto. La sierra manejada por dos hombres, secciona el tronco robusto, fuste del espléndido capitel vegetal que se despliega armoniosamente en la altura. Cae el árbol con sordo retumbo entre chasquidos de frondosidades que se quiebran; entonces entran a jugar las hachas, que a filo limpian al tronco del ramaje hasta convertirlo en cilindro toscamente desbastado, cuerpo mutilado de una arrogante vida de la selva. Vuelven las sierras a funcionar, cortando el rollizo en trozos, tallando la carne viva del árbol que se empapa en jugos vegetales, como un cuerpo humano en la sangre derramada por las reventadas arterias. Y otra vez las hachas y las cuñas, manejadas por manos rudas y brazos enflaquecidos, reanudan su tarea. Rompen, trozan, trituran, hasta que el árbol queda transformado en un montón de astillas olientes a ásperas savias. Es la "raja", la leña que alimentará cocinas y estufas en los terribles meses del invierno fueguino.

Y el trabajo adelanta en lúgubre silencio. Ni una palabra, ni una risa, pone su acento de humanidad en aquella faena sin estímulo ni alegria. Al fulgor triste que el día plomizo filtra en la floresta, se destacan los rasgos tirantes de rostros sombríos, los torsos curvados, el ángulo flaco de un hombro, el trágico ensimismamiento de ojos que parecen mirar hacia dentro. El sordo rechinar de la sierra que muerde en la carnadura del árbol, el ludir de hierro contra hierro cuando el hacha percute la cuña, el rumor de los gajos destrozados cuando el árbol caído es despojado de su ramaje. Y nada más. A veces, una tos cavernosa que delata el progreso de la tuberculosis, proveedora constante del cementerio que todos han visto al pasar, allá abajo, rectángulo cubierto de blanquecinas cosas. Cuando un toque de silbato detiene momentáneamente el trabajo, parece escucharse la fluencia silenciosa del tiempo que se evade.

* * *

Ocurrió justamente lo calculado. El equipo del 288 trabajaba a la vera de una veguita, bien alejada del campamento, especie de abra herbosa abierta como una cesura en la precipitación selvática. Son cinco hombres; dos tiran de la sierra y tres manejan las hachas. El 288 es hachero. Al levantar la herramienta, haciéndola relampaguear en el aire, y al dejarla caer sobre el cuerpo leñoso saturado de zumos, la observa con inusitada atención. El filo, ancho y claro, lanza metálicos reflejos cuando hiende el espacio; el macho, macizo como un bloque, carga en el golpe la gravitación de su peso cuando cae volteada por el brazo. "Con esa hacha — piensa — tiene que matar un hombre".

El guardián está a unos diez pasos, fumando, las manos apoyadas en el máuser, la mirada avizora bajo las peludas cejas. El yugoeslavo Listoich sabe con quiénes tiene que habérselas y no se descuida. Desde hace cierto

tiempo siente a su alrededor la cautelosa reptación del odio que lo acecha. Claro que se la tendrán jurada; pero no es cosa fácil hacérsela a un hombre como él. Tiene el brutal orgullo de sus dos metros de estatura, de un tórax ancho y alto como una coraza, de los músculos que se le hinchan bajo las mangas del rudo uniforme. Y lo que es a coraje —rumia en sus cavilaciones— no le va a ganar ninguno de aquellos perros agachados sobre la faena, sudando su fatiga a pesar del aire glacial. "Con todo —se advierte mentalmente una vez más—, no hay que dar ocasión". Su instinto le viene insinuando que algo se trama por allí. Alguna cosa le ha parecido notar en la conducta de los penados, indicio que excita con su impreciso alerta la sistemática desconfianza del guardián. Claro que si premeditaran algo, aprovecharían la soledad del monte para intentarlo. Los observa receloso, fijos los ojos en el grupo taciturno; pero no percibe que sus propios pensamientos distraen su atención. Las imágenes de fuera comienzan a no entrar en su cerebro. Se quedan en las retinas.

Los otros también lo espían de soslayo, torvos, haciendo derivar lentamente el lugar del trabajo hacia su apostadero. Es una meticulosa labor de astucia y disimulo que sólo se aprende cuando se ha vivido largos meses tras de los muros del presidio, bajo un régimen de implacable ferocidad.

Esa tarde debe morir Listoich. Una vez más, la palabra conminadora ha sido murmurada por unos labios, para circular de hombre en hombre hasta llegar al 288. Esa tarde tiene que ser. En muchos ojos asoma el brillo sombrío de la venganza triunfante. El 288 se siente duramente hostigado por un círculo de miradas. Alza el hacha que fulge en el aire, parte de un golpe el tronco tendido a sus pies, entre la hojarasca rojiza desprendida de los árboles; y piensa, asediado por la idea obsesora. Con esa hacha matará a Listoich. No se le ha ocurrido que podría no hacerlo. Lo matará. Con el filo o el

martillo; la técnica del presidio es ecléctica. Algunos sostienen que el golpe de maza sobre el cráneo es más expeditivo; el hombre se tumba sin lanzar un grito, dando tiempo para repetir el golpe antes de que nadie acuda en su protección. Otros entienden que un hachazo bien asestado al cuello lo concluye todo con limpieza y rapidez; la filosa lámina corta carne y músculos como una navaja de afeitar; si encuentra al paso las vértebras cervicales, las troncha netas hasta la decapitación. Esas cosas las ha escuchado el 288 en las aleccionadoras conversaciones del presidio, donde la desdeñosa experiencia de los veteranos trasmite a los novicios sus caudales de saber vivir. Pero no sabe cómo hará. Matar, claro, matará. Allí no queda otra cosa, a menos que acepte lo otro. Y si sale mal el ataque, tanto da quedarse en el presidio como debajo de la tierra. Artículo 52; para siempre en Ushuaia. Con todo, lo agita sutilmente un recóndito estremecimiento cuando recuerda que dentro de unos instantes tendrá que ser. Con taimada insistencia, el equipo ha ganado unos pasos más en dirección al guardián. Flota en el aire una siniestra pausa expectante. Ha funcionado el misterioso telégrafo de la cárcel y todos esperan lo que no tardará en ocurrir, listos para cooperar en la ejecución del plan.

El 228 mira de reojo al vigilante; si no lo voltea del primer golpe, ni esperanzas de poder repetirlo. Ya se ve hecho un pelele entre las manos del gigante. Además, no sabe por qué, no siente ahora ese apasionado aborrecimiento que durante días y noches no lo ha dejado ni dormir. Si pudiera . . .

Revisa mentalmente los cargos que se imputan al condenado para cargar de odio su claudicante resolución. Listoich es el verdugo del presidio y está rodeado de una leyenda de abominables proezas. Cuando el alcaide Farioli volvía borracho y lanzaba a los guardianes su fatídica frase "¡Hay que meterle teledro!", el yugoeslavo Listoich era el primero en acudir para recibir las ins-

trucciones que luego poblaban de clamores algún pabellón. Listoich fué quién, de entrada, rompió los dientes, pateándole la boca, al 365, un muchachón de Buenos Aires que había sido boxeador. Y lo hizo sin motivo, de bruto, para poder decir, jactándose, a la víctima: "Así tratamos aquí a los boxeadores". ¿Y no fué Listoich quién inventó el castigo con los gruesos cerrojos de hierro que cierran exteriormente las puertas de las celdas? La verdad, el hombre se había ganado cualquier cosa.

Pero aquello de los perros decidió su condenación. Ahora sí que, al recordarlo, el penado sentía la marea de una rabiosa cólera ascenderle desde lo profundo del alma. Los presos que trabajaban en el monte tenían algunos perros, conseguidos quién sabe cómo, alimentados con los restos de la "tumba", dejados por la noche en el campamento para encontrarlos al día siguiente. Hay que saber lo qué es para un penado tener algo suyo, no sometido a la reglamentación del penal. Las personas que se envanecen de ser inaccesibles a lo que llaman sentimentalismo, suelen hacer consideraciones burlonas sobre la amistad que puede establecerse entre un hombre y un animal. Naturalmente, cuando se vive la existencia de todos, en las condiciones de todos, ciertas cosas no se comprenden. Un animal es eso, precisamente: un animal. Pero para un animal, allá en lo alto del monte, un penado no es un penado: es un hombre. Es posible que algunos perciban la diferencia.

Nunca se conocieron las razones que tuvo la dirección de la cárcel para disponer la supresión de los perros. Claro que estas cosas se hacen sin imponer de causas a los que tienen que aceptarlas. La orden, sin embargo, cayó mal hasta entre los guardianes; no era que a ellos los conmovieran ciertos sentimientos, pero aun entre los más brutos se abría penosamente camino la noción de que aquello suponía una inútil crueldad. Se mostraron reacios a cumplirla, hasta que Listoich la tomó por su cuenta. Delante de todos, contenidos por los fusiles apuntados,

el yugoeslavo consumó la matanza, con la acompasada frialdad que caracterizaba todos sus actos. Llamaba al animal con un gesto y una palabra amistosos, y cuando lo tenía cerca, lo volteaba de un balazo de revólver. Y hasta llegó en cierto caso a suspender la ejecución con brutales chanzas dirigidas al dueño de la próxima víctima. El perro era del 288. Ese día hubo un conato de sublevación, que provocó muchas palizas y celda obscura para unos cuantos. También quedó resuelta la muerte de Listoich.

* * *

Insensiblemente, el equipo habíase aproximado a una isleta de robles, situada a cierta distancia del calvero donde trabajaban los otros, ocupados ahora en apilar las rajas que más tarda debían ser cargadas en las plataformas rodantes, Listoich, siempre apoyado en el fusil, contemplaba abstraído la maniobra de los penados. Dos de ellos aplicaban la sierra a una encina imponente, verdadero gigante de la selva fueguina, cuya copa abríase a treinta metros de altura. Con la ayuda de los dos restantes, el 288 atacó a un ejemplar vecino, todavía más inmediato al guardián. Apenas tres pasos lo separaban de él.

—¡Ahora! — leyó en los ojos de los penados.

—¡Ahora! — se dijo a sí mismo, y su mano tembló sobre el cabo de la herramienta.

Algo debió de sobresaltar al guardián, quien clavó en ellos una mirada inquieta. No sospechaba nada: pero lo puso en guardia cierta confusa intuición del peligro. Cayeron las hachas sobre el tronco y saltaron trozos de corteza y blancas astillas como una lluvia de gruesas escamas. El guardián, tranquilizado, volvió a su quietud anterior. Miraba sin ver.

Otra vez la intimación ya rabiosa fulguró en los ojos sombríos. El 288 miró de nuevo el hacha; dentro de unos segundos caería sobre el hombre. Un salto, y todo

estaba hecho antes de que el otro tuviera tiempo de echarse el arma a la cara. Se dispuso.

Sintióse retenido por una honda flojera que le paralizaba la voluntad y parecía ablandarle el cuerpo. No era miedo. Era impotencia de obrar. Sabía que apenas derribara a Listoich estallaría furiosamente el motín entre los penados para impedir que se prestara socorro al caído. Algunos heridos, muertos talvez, después castigos feroces por días, semanas, meses, si es que el cuerpo da para aguantar tanto. Y ¿con qué objeto? Hizo un esfuerzo para movilizar otra vez en su ánimo las reservas de odio acumuladas contra el guardián. No pudo. Aquel resorte de allá dentro no respondía a la apelación. No despertaba ese ímpetu homicida que lanza, a veces, al hombre contra el hombre como a la fiera sobre la presa. Invadíalo esa profunda lasitud, ese desánimo que arrebata a ciertos enfermos hasta el anhelo de defenderse contra la muerte. Tenía que matar, pero no quería matar. "No sabía matar". El descubrimiento cruzó relampagueando por su cerebro. ¿Cómo no había pensado antes en ello? Hay hombres orgánicamente incapaces de matar a otros hombres. El era de esos. ¿Qué podía hacerle? No es que sintiera piedad hacia el guardián. Habríase alegrado como cualquiera de que un árbol cayese sobre Listoich, rompiéndole el espinazo contra el suelo. Pero no le nacía de la voluntad el impulso que hace falta para aniquilar una vida. Por un instante, abrigó la esperanza loca de que ocurriera algo que lo librara de aquella obligación siniestra que se sentía incapaz de ejecutar.

Para no descifrar el trágico mandato en las miradas que lo dardeaban, levantó la cabeza, lanzando una larga ojeada a lo lejos. La isleta que desmontaban alzábase en un meseta redondeada, colgada en el flanco del monte, desde la cual divisábase allá abajo un ancho triángulo de mar. Derramábase la selva a sus pies como una vibrante cascada bermeja. Sobre las aguas grises, navegando hacia la angostura de Murray, avistábase la vela de una em-

barcación, —algún "cutter" de Puerto Remolino— empequeñecida por la distancia. Volaban a media altura algunos cuervos de cráneos calvos como buitres. Una bandada de cotorras hundió en el cielo el vértice de su formación de marcha, diseminando en el espacio el rumor de su fugitiva algarabía.

—¡Ahora! — advirtió con imperceptible movimiento de labios el 246, al agacharse para recoger una cuña. ¿Ahora? Apretó bien la herramienta en sus manos y preparó el brinco. Antes de que Listoich moviera la cabeza se la partía de un hachazo. . .

No pudo. Quedó inmóvil en el sitio. Un grito de alerta le permitió esquivar el cuerpo al gran árbol que caía entre chasquidos de astillas rotas y desgajadas ramas. El guardián también retrocedió con apuro, empuñando el arma y convertido de nuevo en una recelosa bestia de presa. Lo miró fijamente, como si hubiera sentido pasar sobre su cabeza el marrado aletazo de la muerte. Después, con un gesto y un insulto los empujó a todos hacia atrás.

Oportunidad perdida.

Reanudaron el trabajo más allá. Buscó el 288 en los ojos de los otros algún indicio de la impresión causada por el fracaso. Ni una mirada se cruzó con la suya. Ni un murmullo llegó a sus oídos. Cada cual aplicábase a la tarea común con ceñuda atención. En sus semblantes, mudas máscaras de piedra, inexpresivos como las caras de los ciegos, leyó la feroz hostilidad que ya no había de cesar hasta que se cumpliera la venganza del presidio. Adivinó el pensamiento único que aullaba en aquellas cabezas. Muerte. La muerte para el 288. Casi se dejó arrastrar por el impulso absurdo de volver atrás y lanzarse sobre Listoich, ocurriese lo que ocurriera. Al fin, era cuestión de morir ahora a manos del uno o ser sacrificado más tarde a la rabia de los otros. Pero tampoco su cuerpo obedeció esta vez. Nuevamente experimentaba

aquella desoladora incapacidad para la acción que antes lo paralizó en el sitio. Desesperado, miró a su alrededor. Una voz, una mirada, lo habrían arrancado a aquel marasmo. Nada. Estaba solo; roto el lazo de camaradería, que es lo último que sostiene moralmente al penado. Solo. Sutilmente, algo desprendíase dentro de sí, desdoblándose hacia fuera en una nueva personalidad que lo observaba como si fuese alguien recién visto por vez primera. El era eso. Como por un rasgón abierto en aquel muro de soledad y espacio que lo cercaba, se vió a la distancia, como era antes, como había sido en la vida, entre los hombres que la ley no arroja al presidio, aun no despojado de todo lo que pone en la existencia un calor de humanidad. Y se contemplaba otra vez allí, con la inmensa piedad que le inspiraba esa piltrafa animada y mísera, perdida entre la enemistad de los hombres y la indiferencia hostil de las cosas. Hubiera llorado. ¿Pero quién llora bajo el traje de cebra?

Antes de media hora sonaría el silbato para el rancho. Sabíase condenado; implacablemente condenado. Restábanle —calculó con extraña frialdad ahora— algunos días, algunas semanas, talvez. Pero siempre, día y noche, en adelante, la muerte merodearía como un perro hambriento a su alrededor. No había escape. Viviría de prestado lo que le dejaran vivir.

Sorprendióse razonando con tanta tranquilidad, como si se tratara de otra cosa y de otro hombre. Curioso, eso de obstinarse en llamar vida a ese correr del tiempo sin esperanza y sin fin. A la congoja anterior sucedía ahora una sensación de varonil conformidad con lo que pudiera venir. Después de todo, cualquier salida era preferible a la indefinida marcha por aquel negro túnel en que caminaba su alma desde que lo embarcaron allá. ¡Para lo que tenía que perder! Deseó que lo asaltaran enseguida aquellos que lo acosaban como a una res destinada al matadero. Se abandonaba y sentíase flotar como en las aguas tibias de un lento río que derivase hacia

lo desconocido. ¿Adónde? No le importaba. Hasta sentía cierta amarga satisfacción en burlar la sentencia. Artículo 52; accesorio de pena. Para siempre en Tierra del Fuego. ¿Para siempre? Bueno; pero debajo de tierra. Morir, bien vistas las cosas, es una evasión. Descargó el hacha sobre el tronco y una lluvia de astillas le castigó el rostro. Empezó a silbar bajito. Tan bajito que ni se alcanzaba a oír.

* * *
* *
*

Bajo la Tormenta

Claro que se había extraviado. No era la primera vez que le pasaba lo mismo en Montiel, donde las sendas que atraviesan el monte se confunden con las que deja la hacienda en sus marchas. Para no perderse en los campos cubiertos de carandayes, que erizan sus agudas lanzas naturales con agresiva ferocidad nativa, hay que haber nacido por allí, o, por lo menos, haber adquirido ese instinto de orientación que sólo se consigue cuando se ha vivido mucho cortando campo, con el sentido de las distancias y los rumbos en la cabeza. Y lo que era él, Linares, no hacía dos meses dejaba el asfalto de la Avenida de Mayo, con un nombramiento de la Defensa Agrícola en el bolsillo y la ilusión de pasar buena vida a sueldo del gobierno y cumpliendo con la patriótica tarea de amparar a la agricultura contra las depredaciones de la langosta. Si hubiese sabido . . .

Castigó el caballo, ya casi aplastado, porque mediaba la tarde y no era cuestión de que lo tomara la noche buscando la buena ruta a través de aquel monte ralo que se desplegaba con engañosa monotonía ante sus ojos bisoños. Había galopado desde la mañana, saliendo de casa de los Secchi, al otro lado de los Mojones, con la intención de cruzar todo el distrito para hacer noche en la estancia de González. Al día siguiente, bien temprano, recorrería la zona, para certificar las entregas de saltona por los vecinos, quienes lo esperaban a fin de cobrar la langosta muerta. Fué a mediodía cuando perdió el rumbo, al salir del campo del vasco Echeverría, en donde almorzara, invitado un poco a la fuerza, como les suele

acontecer a los langosteros, no siempre bien vistos por los estancieros y colonos de ciertos pagos. Dejó las casas a media siesta, como una iguana, y al cruzar la última tranquera tuvo la impresión de que agarraba mal el camino. El solazo de diciembre le caía como lluvia de fuego sobre la cabeza, que le ardía, empapada en sudor caliente. Insistió, sin embargo, con esa terquedad pueril que muchos oponen a las instancias de su propio buen sentido. ¿Por qué había de estar equivocado, después de todo? ¿Y por qué había de hacer el papelón de volverse a la estancia para que le indicaran el camino, cuando, seguramente, era el mismo que seguía, a pesar de la sospecha de haberlo tomado en sentido contrario?

Galopó bajo el bochorno aplastador, cosa suficiente para denunciar su inexperiencia ciudadana. Nunca un hombre de campo, con la perspectiva de muchas leguas por delante, exige a su caballo en esas condiciones y a tales horas. Así continuó dos horas, tres horas, buscando inútilmente algún indicio que lo orientase. Siempre la misma llanura cubierta de espinillos y plagada de palmas, las que debían hervir en yararás con aquel calor tórrido. De vez en cuando, la desoladora aridez del paisaje era atenuada por alguna isleta de urundayes, grandes árboles respetados por la voladora, bajo cuya fresca umbría dilataba su fangosa napa algún ramblón de agua acumulado por las últimas lluvias. A la vera del pantano, chúcaros vacunos pegaban una espantada ante la aproximación del jinete.

Verdaderamente, Linares sentíase mal. Aceleraba el corazón bajo el pecho su agitado e irregular latido; por momentos, experimentaba vértigos, viendo girar alrededor la vegetación amarillenta que lo rodeaba. ¿Sería un principio de insolación? ¡Bah! ¡Solamente faltaba ahora que después de haber cometido la estupidez de perderse, por pura soncera de pueblero, empezara con la aprensión de enfermedades! Con todo —se confesó—, algo le pasaba. Era necesario acertar con el camino.

Reconoció el cauce agotado por cuya barranca se descolgó, resbalando, el montado. Era el Masieguitas. Entonces, no andaba tan descaminado. Un poco más hacia el Norte —¿o más hacia el Sur?— de lo que correspondía. Pero, ahora sí, estaba seguro de que siguiendo adelante habría de encontrar alguna población. Ya otra vez anduvo por esos lados y tenía vagas reminiscencias topográficas de la zona. Lástima que le siguiera el mareo, acompañado de un vago malestar estomacal. Lo asaltó la idea de que podía morirse, solo, por allí. Reventaría como un perro —pensó, exagerándose un tanto la situación. Al fin, no sería el primero, en aquellos tiempos de sequía y epidemia, a quien encontraran tendido a medio campo, muerto por un golpe de calor. ¿Y qué dirían los amigos de Buenos Aires cuando lo supieran? Ya le parecía escuchar los comentarios de la barra de La Alameda. Algunas palabras conmiserativas y, después, una cuereada en regla. Porque toda aquella banda de repórteres aspirantes a literatos se había puesto verde de rabia y envidia cuando les anunció una noche que se iba al campo, a Entre Ríos, con un buen nombramiento que le había dado su amigo el ministro. ¡Qué muchachada de porquería, aquélla! Sin generosidad, ni talento, ni nobleza. ¡Y pensar que él había sido uno de tantos! Asco le daba pensar en que había de volver a lo mismo. Y la carcajada que largó el alacrán de Pintos cuando él, sin jactancia ninguna, con toda buena fe, les anunció que regresaría con una novela de ambiente rural en la valija. Como si él, Linares, no fuera capaz de escribirla . . .

Ardíanle las sienes y le dolía la espalda hasta los riñones. Por momentos contenía el galope para erguirse sobre los estribos a fin de poder respirar. Y lo peor era la sed. En la primera laguna se tiraba de jeta, aunque el agua sucia y contaminada le trajera una intoxicación. Y pensar que los otros estarían allá en Buenos Aires, tragándose medios litros helados, hablando de literatura

—es decir, desollando los presentes a los ausentes—, mientras él se pelaba las nalgas, reventando de calor bajo aquella temperatura de incendio. ¡Quién lo metería a dejar la ciudad para venirse a hacer el explorador por esta tierra salvaje! . . .

Desmontó, envarado y sudoroso, y se arrimó vacilante al charco. Reprimiendo su repugnancia, bebió en el hueco de la mano, después de limpiar el agua de los espumarajos verdes que la cubrían. El caballo también bebió, con freno y todo, hundiendo las fauces en la linfa, para retirarlas al cabo, resoplando con deleite. Después, Linares sacó un pañuelo, lo empapó y se mojó la cabeza y la frente. Contra lo que esperaba, no sintió el alivio que se prometía. Experimentó una sensación de náuseas que lo encorvó sobre el lagunón, temeroso del vómito sintomático. Reventaría allí. Quedó un rato, postrado, sin ánimo de moverse. Pero la tarde caía; por el Sur ascendía en el cielo un sombrío celaje, precursor de la tormenta. Era menester apurarse si no quería que lo agarrara la lluvia a la intemperie y en aquel estado. Montó pesadamente y castigó al animal, que respondió sin ganas a la exigencia. Una hora más, siempre entre la misma soledad. Rodeábalo un silencio y un desamparo de planeta deshabitado. Ni un rumor llegaba de la distancia. Por azar, algún pájaro lanzaba un chillido triste desde las ramas de un árbol. Pero ahora el monte se aclaraba, dilatándose el campo en planos libres de vegetación. La sombra del crepúsculo vespertino ahondábase en tonos cetrinos bajo el manto de los nubarrones que avanzaban calladamente por la altura.

En eso tuvo un gozoso sobresalto. A la distancia, en el repecho de una loma, aparecía un rancho, aplastado como un gran galápago. Era una choza de paja y barro; pero una habitación humana, al fin. Le pareció a Linares que retornaba a la tierra después de una fantástica travesía por un mundo muerto. Entre largos balidos, adelantaba una majada, arreada por un paisano, montado

en una yegua barrigona, y arrastrando a la cincha gigantesco haz de ramas secas.

En un momento, Linares estuvo a su lado. El viejo también detuvo su cabalgadura, dejando que los lanares siguieran bajo la custodia del perro.

Interrogado, enarcó las cejas, rascándose la cabeza calmosamente.

—¿La estancia de los González? No, lejos, no era; ni cerca tampoco. Cortando campo, no llegaría a dos leguas.

Miró hacia el firmamento, cada vez más entenebrecido por la cercanía de la noche y el avance del chubasco; después observó a Linares con cierta sorna.

—Lo malo que la tormenta se viene —objetó— y el mozo no parece que está muy bien.

Vaciló un instante, pensativo, y añadió:

—Si gusta hacer noche, le ofrezco mi pobreza.

El otro rehusó, categórico. No le gustaba la pinta del hombre. Además, un par de leguas no era cosa del otro mundo para quien había hecho más de diez en el día. Tampoco era inminente la tormenta. Agradeciendo el agasajo, lo declinó con razones corteses. Tenía necesidad de llegar esa misma noche. Pidió que le indicara el camino.

Medio resentido, el hombre no insistió. Silbó al perro, lo miró un instante rodear la majadita y dió vueltas riendas, apareándose con Linares.

—Lo voy a "endilgar", porque de no, se pierde. —Trotaron unos minutos y, al fin, detuvo su yegua y señaló con el brazo—: Siga siempre por este lado hasta llegar a unas bateas; después tome la senda de la mano izquierda y siga nomás. No se vaya a equivocar, porque va a dar en el arroyo.

Con un ademán, Linares despidióse, castigando fuerte. Ya lejos, oyó la voz del paisano, que insistía a gritos:

—¡No se vaya a equivocar, mozo! ¡De las bateas tome a la izquierda!

De un corto galope estuvo en las bateas. Ya era casi de noche. Hacia la izquierda desprendíanse varias sendas, en abanico. ¿Cuál sería la buena? Tomó una, la más ancha, y apuró el caballo. Diez minutos más tarde estaba al margen de un arroyo. Recordó entonces al viejo con todo un repertorio de interjecciones. ¡Vaya una manera de "endilgar"! Volvió una vez postrera hasta las dichosas bateas; ya la sombra nocturna descendía solemnemente sobre la tierra y las cosas se desdibujaban en la penumbra crepuscular. Linares insistió sobre el rumbo aconsejado, y otra vez desembocó en el mismo paraje, junto al agotado arroyo. ¡Parecía cosa del diablo! Cierto temor supersticioso cruzó por su espíritu como una ráfaga sombría. Arriba, la luz difusa de un lejano refucilo, aclaró las negras masas de la nubarrada. Lento y ronco, arrastróse un trueno en la distancia. La atmósfera caliginosa parecía inmovilizada en el espacio. Flotaban ya en el aire las acres emanaciones de tierra mojada por la lluvia, que comenzaba a hostigar la selva desde el remoto horizonte.

Sintió Linares esa infantil desesperación que resuelve su cólera impotente en rabioso llanto. ¡Qué iba a hacer con la noche tormentosa encima, perdido por aquellas soledades! De todos modos había que resolverse. Sin pensarlo más, a puro pálpito, castigó el montado, agarrando a la derecha por la costa del arroyo. ¡A alguna parte habría de llegar! En todo caso, prefería aguantar la tormenta bajo un árbol del monte antes de volver en busca del viejo de porra que se estaría gozando con su malicia. El animal atropelló, estimulado a la vez por la rienda, el látigo y su propio irracional temor. Fué una carrera fantástica entre las sombras cada vez más densas. Las ramas espinosas de los árboles flagelábanle ferozmente la cara, mientras las agudas puntas de las palmas hundíanle de flanco sus dolorosos aguijones. Pronto la tormenta se le vino a las ancas; las primeras gotas del aguacero, copiosas y tibias, precipitábanse ruidosamente sobre

la tierra. Jadeaba el caballo en la enloquecida disparada; echado hacia delante el busto, apretados los dientes y casi cerrados los ojos, Linares castigaba con inconsciente brutalidad. El sudor y la lluvia, mezclados, lavábanle la cara herida de crueles ramalazos. Seguiría así mientras el animal diera. Algo había de encontrar — repetíase mentalmente con obsesora tenacidad.

Sofrenó de golpe. A través del rumor de la tormenta, parecióle percibir cercanos ladridos. Escuchó, tensos los nervios en la angustiosa expectación. No se equivocaba: ladridos eran y el perro no debía andar muy lejos. "Donde hay perros —pensó, con alivio— hay gente".

Orientándose como pudo, al tranco ahora, avanzó hacia el lado de donde provenía aquel familiar alerta, reanimado por la esperanza de próximo refugio y descanso. La lluvia, ya resuelta en torrencial chaparrón, lo empapaba hasta las carnes; pero ni lo advertía siquiera, absorto en el empeño de no perder el rumbo. Por momentos, callaba el canino latir y entonces, temblorosas las manos, aguzaba el hombre su atención, tratando de captar hasta el más lejano sonido. Restablecida la orientación, adelantaba de nuevo, seguro ya de que arribaría pronto a su destino.

Unos minutos después, un gran perro salió de la obscuridad, abalanzándose furiosamente sobre el caballo. A poca distancia, entre un macizo de achaparrados árboles, un rectángulo de claridad denunciaba la puerta de una casa. Por lo que pudo apreciar Linares, aquello no pasaba de ser un rancho de mala muerte, protegido en su parte delantera por una ramada. ¡Pero para andar haciendo melindres estaban las cosas! Voceando al perro y tirándole de vez en cuando un lazazo para ahuyentarlo, allegóse al rancho, extrañando ya que nadie acudiera a la bulla de la llegada. En la masa sombría de la casucha clareaba, inmutable, el mismo cuadrado de luz. ¡Era raro que ni por precaución asomárase alguno! Y más raro todavía que la puerta estuviera abierta con aquel

tiempo infernal. Una lumbrarada enceguecedora volcóse en el ámbito; el estrépito atronador de una descarga eléctrica reventó casi sobre su cabeza. Con caballo y todo se metió bajo la ramada y echó pie a tierra, chorreando agua de la cabeza a los pies. Con un ¡fuera, perro! alargó un rebencazo al can que lo toreaba furioso, y se puso en la misma puerta del rancho, lanzando un ¡Buenas noches! que quiso hacer animado y cordial.

No obtuvo respuesta. Sorprendido y un tanto receloso, miró hacia dentro desde el umbral. Tardó algún tiempo en distinguir las cosas en la mal alumbrada pieza. Una lámpara de latón, colocada sobre una mesa arrinconada, alternaba destellos de luz con sombríos eclipses bajo los pantallazos del viento. A su claridad intermitente distinguió dos miserables catres de tientos arrimados a las paredes. Sobre uno de ellos aparecía echado un bulto; una persona dormida, tal vez. Y nada más. Aquello era fantástico. Por fin, entre la mesa y la cama libre, algo se movió, atrayendo las inquietas miradas de Linares. Sentada en un asiento muy bajo, estaba una mujer, arropada de negro y cubierta la cabeza con un pañuelo cuyo pico delantero ocultábale casi por completo el semblante. Sólo divisábase un ojo inmóvil y brillante que observaba fríamente al intruso. Dió éste un paso más y estuvo a punto de retroceder, herido bruscamente su olfato por asquerosa fetidez. ¡Sí que había tenido suerte! — acertó a pensar.

Fuera, redoblaba el creciente fragor de la tormenta y el monte gemía bajo los empujones del vendaval. Cualquiera salía. Vuelto un tanto hacia la puerta para respirar algo de aire exterior, Linares habló de nuevo: "—¡Buenas noches, señora! Me he extraviado y me agarró el mal tiempo mientras buscaba el camino. Le pido me deje pasar la noche en cualquier parte. Si hay algo que comer, tengo cómo pagar" . . .

El ojo vidrioso seguía asestado fijamente desde la sombra.

Al cabo, una voz cansina y ronca, voz de mujer vieja y hombruna, respondió con aspereza: "—Aquí no hay comodidad ninguna. Comida tampoco. Si quiere quedar tendrá que arreglarse como pueda."

Parecióle a Linares percibir en el tono de la respuesta cierta malvada zumba que lo irritó.

—Me quedo —replicó—, porque siempre estaré mejor que afuera. ¿No está el patrón? — agregó con la esperanza de que el dormido fuera persona más tratable.

La mujer guardó silencio un instante. Después se agitó en su asiento y respondió indiferente: "—Estar, allí está en la cama".

—¿Enfermo?

La mujer le clavó su ojo repelente:

—Ya no está enfermo.

Tenía su voz un acento tan lúgubre que Linares sintió frío. Reaccionando, trató de hablar con naturalidad.

—Bueno, me quedaré hasta que amanezca, y no pienso molestar mucho. Voy a largar el caballo.

La mujer no articuló palabra, encerrada otra vez en su sombrío mutismo. Salió Linares a la ramada, y desensilló, dejando las prendas al reparo del alero. Aseguró bien al animal con el cabestro, no fuera que con el hambre le diese por salir al campo si escampaba. Aprovechó para respirar a plenos pulmones el aire ya fresco y tónico de la noche. Si no hubiera estado tan mojado, se echaba encima de las matras para dormir afuera; se le hacía cuesta arriba el volver a afrontar la insoportable hedentina del rancho. Resolvióse a entrar, sin embargo; la noche no estaba para aguantarla bajo la ramada. La vieja seguía agazapada en su rincón, observándolo siempre con aquel único ojo visible.

"Una verdadera bruja" —reflexionó Linares. Trató de descubrirle la cara, pero ella lo evitó con maña, echándose más abajo, con mano gorda e hinchada como una tumefacción, el pico del pañuelo cuyas puntas anudánbanse bajo la barba. Se le revolvía el estómago al respirar

aquella atmósfera pestilente, cargada de emanaciones de mugre, de alimentos corrompidos y de tantas otras cosas amontonadas y maceradas, desde quién sabe cuánto tiempo lejos del sol y del aire. Con todo, no había más remedio que resistir. Indeciso, miró alrededor, buscando vanamente un asiento. ¡Qué no hubiera dado por sacarse la ropa mojada, que le enfriaba ahora el cuerpo! En los rincones penumbrosos, atisbábanse formas confusas cuya naturaleza resultaba imposible precisar. Mas no podía pasarse toda la noche, descansando alternativamente sobre una pierna y la otra, como un flamenco.

—¿Por qué no se tira en la otra cama? — preguntó súbitamente la mujer — quien pareció adivinar sus pensamientos.

La sugestión podría ser cordial; pero en el tono de la voz había cualquier cosa menos cordialidad.

—¿Y usted? — interrogó Linares.

—Estoy bien aquí. Esta noche no me pienso acostar.

Y repitió lentamente con su odioso modo: —Esta noche no. Al pronunciar esas palabras desvió el lóbrego ojo, para lanzar una mirada sobre el bulto tirado en la otra cuja.

Linares, inquieto, siguió la mirada. Ya lo tenía metido en zozobra el apacible dormir de aquel hombre, que no hacía un movimiento ni dejaba escapar un suspiro.

Para aliviar su recelo, intentó una observación amistosa: —¡Lindo sueño el del patrón!

Fulguró bajo su capuchón el ojo diabólico.

—Lindo . . . —murmuró la mujer—. ¡No sabe qué lindo! . . . Seguro que si se duerme, el compañero de pieza no lo va a molestar . . .

Y de la garganta se le escapó una especie de risa que hizo estremecer a Linares. Fué como un siniestro cloqueo que se cortó en seco.

A lo mejor, la vieja aquella estaba loca. Lo único que le faltaba para completar el día. Sentóse en la cama, felicitándose de que la mala luz le impidiera des-

cubrir la roña que debía cubrirla. Su propósito era pasar en esa postura el resto de la noche. Agotado el kerosén del depósito, parpadeaba la lámpara, próxima a extinguirse. En la obscuridad, Linares adivinaba, más que veía, el bulto de la vieja, seguramente con aquel ojo de pesadilla fijo en él. Gradualmente se fué tendiendo a lo largo; pero no pensaba dormir; algo le impedía hacerlo en ese lugar saturado de espantosos olores, bajo la vigilante mirada de una bruja y en la proximidad de aquel cuerpo inmóvil como un cadáver. No dormiría. Pero el cansancio pudo más que su voluntad. El sueño se lo tragó de improviso.

Debió de dormir muchas horas seguidas. Más bien que sueño, el suyo le parecía más tarde un largo sopor de anestesia. Cuando abrió los ojos, hirió sus retinas la claridad de una de esas mañanas radiantes que suelen seguir a una noche tempestuosa.

Su despertar no fué espontáneo. Como voceada desde remotas distancias, entraba por sus oídos la insistente apelación, que no lograba volverlo al mundo de lo consciente.

—Mozo, levánteses. Ya es hora, mozo.

Y otras palabras que no alcanzaba a percibir, articuladas con acento áspero y agresivo.

Casi despierto ya, no recobraba la noción del sitio y las circunstancias. Solamente sentía agudos dolores en todo el cuerpo, bajo las ropas todavía mojadas. Estaba molido como después de una rodada.

Otra vez, la instancia de la vieja le repicó en las orejas:

—Mozo, levántese. Mozo . . .

Instantáneamente, su conciencia, por fin despierta, recuperó la lucidez y el recuerdo. La tormenta, el rancho solitario, la bruja del ojo escrutador, y aquel horrendo olor a carroña . . .

Incorporóse de un salto, mirando a todos lados. A pocos pasos la vieja, de pie ahora, flaca y encorvada

como un gancho, le volvía la espalda, ocupada en remover cacharros sobre la mesa. De pronto dióse vuelta y la luz le dió de lleno en la cara. ¿En la cara? ¿Era un semblante humano esa faz roída por rojizas llagas, deformada por espantosas hinchazones escamosas y blancuzcas? "Aquello" abrió una horirble abertura que había sido una boca y rió con la escalofriante risa escuchada la noche anterior.

—No tenga miedo, mozo. — Y otra vez dejó escapar aquel cloqueo siniestro. De un salto, Linares estuvo de pie, despavorido, sintiendo que se desmayaba de asco y horror. Todavía permanecía, inmóvil, envuelto en sucias mantas, el bulto macabro.

—El patrón . . . Murió ayer. Lo velamos juntos.

Y el monstruo rió de nuevo, agitada hasta la convulsión por su tétrica alegría.

Linares no pudo oír más. Frenético, lanzóse afuera, gritando de pavor. Una honda aspiración le lavó internamente los pulmones con la húmeda frescura matinal. Sin saber cómo, temblando todo, ensilló rápidamente y montó, agarrando a disparar sin rumbo, sólo aguijado por el ansia desesperada de alejarse cuanto antes de aquel horror que dejaba atrás. Huía vertiendo su pánico en exclamaciones enloquecidas, pareciéndole que llevaba la muerte adherida a las ropas, a la carne, hasta en los mismos huesos.

El especialista en divorcios

—Es una señora joven, doctor; manifiesta tener urgencia en hablar con usted.

El abogado especialista en divorcios sonrió con displicencia un tanto cínica.

—Todas las señoras que acuden al estudio de un abogado no dejan nunca de expresar la necesidad apremiante de ser escuchadas sin pérdida de tiempo. Esta dama —arrojó una mirada sobre la tarjeta que retenía en la mano—, la señora de Rivero, según parece, observa escrupulosamente la norma del sexo. ¿En dónde espera, Leoncio?

—En la sala de la derecha, doctor.

El abogado meditó un instante.

—Perfectamente —articuló al fin—. Llamaré cuando me sea posible atender a esa apresurada señora.

Alejábase el empleado, cuando el abogado le hizo una seña que lo obligó a aproximarse nuevamente.

—A propósito, Leoncio; si se presentara el señor. . . —Vaciló un tanto, consultando otra vez la tarjeta que había dejado sobre el escritorio— el señor Rivero, lo hará usted esperar en. . .

—En la sala de la izquierda, doctor.

El abogado lo observó un instante, mientras su diestra jugaba distraídamente con una plegadera de bronce, ancha y aguda como la hoja de un puñal. La perplejidad se retrataba en su semblante.

—¿Le parece?

Fué esta vez el empleado quien dudó, evidentemente turbado por la pregunta:

—Yo creía, doctor... Ya sabemos que la experiencia aconseja en estos casos mantener separadas a las partes.. Un encuentro inesperado entre personas que llegan con el ánimo cargado de indignación y cólera resulta habitualmente peligroso y nada propicio a soluciones conciliadoras...

Se detuvo por algunos segundos y añadió con acento significativo:

—Recuerde, doctor, que es la primera vez que vienen aquí y aún no han conversado con el abogado.

Pero el especialista en divorcios no parecía recordar nada; su atención estaba concentrada en la persona de su interlocutor, a quien contemplaba con esa mirada curiosa y un tanto irónica que aplicamos ordinariamente a los allegados que nos sorprenden con una faceta desconocida de su carácter.

El empleado resistió impasible el examen. Era hombre cuya edad excedía la cuarentena; delgado y alto, de una figura más distinguida que la del abogado, a pesar de sus ropas, cuyo corte delataba el bazar de confección. En su cara magra y escrupulosamente afeitada, dos largas arrugas corrían desde las alas de la nariz a las comisuras de la boca. Ni su expresión ni su aspecto brindaban el paradigma de un hombre feliz; pero había en sus ojos pequeños y penetrantes una serenidad tranquilizadora, como si el alma de la cual eran ventanas hubiese adquirido el reposo definitivo que da la conformidad con su destino.

—Bien raro, Leoncio. Después de tantos años que trabaja usted a mi lado, sólo ahora descubro que la sagacidad y la finura mental que me adjudican por ahí —se encogió indolentemente de hombros— es la constante e ignorada contribución que usted ha venido prestando a mi labor profesional. Es posible que yo entienda un poco de las complicaciones más enredadas que profundas de la geografía moral de las mujeres; pero la verdad es que no sabría desenvolverme si no tuviera

siempre a mi disposición su inagotable archivo de experiencias psicológicas. . .

Se interrumpió de golpe, cambiando de tono:

—Pero ya volveremos sobre eso. Quedamos en que si aparece el señor Rivero. . .

—A la sala de la izquierda — insistió el pasante.

—Exactamente, Leoncio.

Y el abogado se engolfó en la lectura de un grueso legajo, tarea que sólo interrumpía eventualmente para tomar a lápiz rápidas anotaciones. Hasta el despacho silencioso llegaba el acelerado martillear de una máquina de escribir.

Reapareció cautelosamente Leoncio, informando con voz queda:

—El señor Rivero, doctor.

El especialista en divorcios mordisqueó, meditabundo, el extremo del lápiz, mirando fijamente a su pasante.

—Hágalo pasar —empezó lentamente. El rostro del empleado se animó—. Hágalo pasar — repitió con mayor firmeza.

Con aire embarazado penetró en el despacho un hombre bastante joven, bien vestido y ya con "l'embonpoint" que proporciona la vida holgada, cuando no está disciplinada por un buen y sistemático régimen de ejercicios físicos. Paseó por la habitación una mirada sorprendida, como si le extrañara no descubrir algo o alguien que esperaba encontrar allí; después se dirigió al abogado, balbuceando ligeramente, como lo hacen siempre las personas a quienes las circunstancias colocan en situaciones desviadas de las rutas ordinarias de su existencia.

—Buenos días, doctor. . . Naturalmente, yo pensaba. . . Pero quiero explicarle ante todo el objeto. . .

Al mismo tiempo que le indicaba un asiento en sitio aproximado al escritorio, el abogado lo interrumpió secamente, con cierta calculada rudeza:

—La señora está ahí al lado; hablemos concretamente, señor. . . Rivero. Ella quiere, probablemente, pedir el

divorcio y usted, desde luego, se opone a ello por considerar que no hay motivo. Además, usted está dispuesto a jurar que quiere a su esposa, que no ha faltado jamás a la fidelidad conyugal y que la actitud de ella es la resultante de un mal entendido atroz, pérfidamente explotado por personas que la aconsejan, movidas de inexplicable odio hacia usted. . .

Rojo hasta la congestión y redondos los ojos de asombro, el señor Rivero manoteó agitadamente en su sillón al responder con voz sofocada:

—Precisamente, doctor; las cosas ocurren tal como usted las expone. Yo quiero explicarle puntualmente todo. . .

Calló como asaltado por una sospecha y prosiguió, cambiando el tono y mirando al abogado con expresión descontenta y recelosa: —Aunque ya me doy cuenta. Mi mujer acaba de hablar con usted; y ella le habrá informado, claro. . .

—No he hablado con su esposa. Mi práctica profesional, en casos como éste, consiste en escuchar primeramente a la parte que ha de ser querellada.

—Siendo así —aceptó el otro—, no comprendo, entonces, cómo ha podido usted conocer tan a fondo esta situación desdichada que se me ha creado sin saber de qué manera. Verdaderamente, doctor, usted justifica su envidiable reputación.

El especialista en divorcios rió con genuino buen humor; tomó una cigarrera de sobre la mesa, la ofreció a su interlocutor, quien rehusó con un gesto, encendió un cigarrillo, arrojó hacia arriba una bocanada de humo y habló después reposadamente:

—Agradezco, mi querido señor; pero aquí no hay nada de extraordinario y no tengo inconveniente en descubrirle mis pequeños trucos. Es cuestión de edad.

—¿De edad? — interrogó el otro con sorpresa.

—Naturalmente. Usted no ha cumplido treinta años.

—No; veintinueve, y. . .

—Su esposa es más joven que usted.

—Efectivamente, doctor; veintiséis. . .

—En cuanto puede usted saberlo, claro. Ustedes no llevan cinco años de casados.

—Cierto; cuatro años hizo el mes pasado. La verdad, si alguien entonces me hubiera dicho que. . .

—Bueno —y el especialista en divorcios expulsó lentamente de la boca una larga y fina columna de humo—. El hombre que lo introdujo a usted en este despacho le dirá que cuando el divorcio es pedido por cónyuges que no cuentan más de treinta años y no llevan más de un lustro de unidos, siempre hay de por medio una apariencia condenatoria, un equívoco atroz, pérfidos consejos de allegados malévolos. . . y ningún propósito verdadero de separación. Le agregaré que yo pienso exactamente como ese hombre.

Hubo una pausa. En el semblante del señor Rivero reflejábase ese estado mental tan halagador para las personas que gustan de ser admiradas sin ser muy exigentes en cuanto a la calidad de la admiración. Habló, por fin, con tímido respeto.

—Entonces, doctor, ¿qué me aconseja?

El especialista en divorcios paseó su mirada desde la frente hasta los pies de su interlocutor.

—Yo no le aconsejo nada, señor, porque usted no me ha explicado todavía el objeto de su visita. Sé que en la sala contigua está su esposa, que viene a pedirme la patrocine en una demanda de divorcio contra su marido. No es difícil que el propósito de usted sea solicitarme igualmente que lo asista como letrado; aun cuando lo probable es que haya querido exponerme su caso solamente para demostrarme lo irrazonable de la actitud asumida por la señora, confiando en que mi intervención amigable consiga persuadirla de que debe regresar al domicilio conyugal, en donde usted se encargará de provocar una reconciliación. ¿No es así?

Evidentemente abrumado, el señor Rivero asintió una vez más.

—Precisamente, doctor, mi intención era ésa. Esperaba que, impuesto de la realidad de los hechos, usted encontraría medios de demostrar a Elisa —ella se llama Elisa— que su conducta originaría un escándalo estéril, cometiendo, al mismo tiempo, una tremenda injusticia conmigo, porque yo, doctor..., le juro a usted que yo..., a pesar de las apariencias..., quiero a Elisa más que nunca...

Obeso y cándido, el joven señor Rivero respiró ruidosamente, pestañeando con rapidez para no dejar caer las gruesas lágrimas que desbordaban de sus ojos.

Un poco molesto, el abogado tendió hacia el cliente una mano larga y prieta como un instrumento:

—Contenga las explosiones de su naturaleza demasiado emotiva, señor. Los hombres no nos conmovemos ante lágrimas masculinas y es probable que el recuerdo de haberlas vertido en mi presencia lo mortifique alguna vez. Le ruego que tenga la paciencia de esperar en la sala inmediata. Tengo que oír a su esposa.

Tratando de resumir el empaque de un varón en lucha con la adversidad, el señor Rivero se puso de pie. Los ojos brillantes y los enrojecidos pómulos daban a su redondeada cara una lastimosa expresión de animal castigado.

Habló ansiosamente antes de salir:

—Usted me promete, doctor...

—Nada puedo prometerle, señor. Solamente le diré que en diez casos análogos el resultado ha sido invariablemente satisfactorio para ambas partes... y para mí.

El señor Rivero desapareció, sonándose la nariz, por la puerta de la izquierda, al mismo tiempo que por la opuesta entraba el pasante:

—¿Y bien, doctor?

El abogado esbozó un gesto vago:

—Ruegue a la señora de Rivero que pase a mi despacho y esté atento a mi llamado, Leoncio... Si la señorita ha terminado la copia del escrito, puede autorizarla a retirarse.

—¿Y si no la ha terminado, doctor?

—En ese caso —el abogado consultó su reloj— puede anticiparle la hora de salida. Estoy seguro de que la muchacha no lo tomará a mal.

—Pienso lo mismo, doctor.

Entre pasante y abogado se cambió una mirada de inteligencia.

Mientras el otro se retiraba, el especialista en divorcios, las manos en los bolsillos, comenzó a pasearse entre el escritorio y la ventana frontera, silbando suavemente el aire más conocido de la más popular de las óperas.

Al regresar desde la ventana quedó enfrentado con una elegante persona que se había introducido quedamente y quien lo contemplaba con expresión a la vez osada y confusa.

—La señora Rivero, supongo.

Estaban los dos detenidos casi en el centro de la habitación. El abogado la observó curiosamente, con calculada insistencia, como si no advirtiera la turbación que su inquisitorial mirada causaba en su visitante.

Bien ceñido el busto en el traje "tailleur", encantadoramente tocada con menudo sombrerito que dejaba caer sobre los ojos el velo coquetamente colocado al sesgo, la señora Rivero tenía un aspecto juvenil y una fina cara de adolescente, cuyos rasgos demasiado suaves estaban corregidos por la endiablada firmeza de dos grandes ojos verdes, acostumbrados a mirar sin miedo el espectáculo de la vida.

A pesar de su dominio de sí misma, estaba singularmente nerviosa y sus enguantadas manos aferraban el bolso con energía verdaderamente desesperada, como quien oprime un brazo amigo en un momento de peligro.

Apenas sentada, y mientras el abogado permanecía de pie, negligentemente apoyado contra el escritorio, la señora se expidió con una fluidez que demostraba un largo y cuidadoso estudio de la tirada.

—Vengo a verlo porque quiero divorciarme, doctor. Aun cuando no nos hemos encontrado en el mundo, tenemos amistades comunes que me han decidido a confiarme a su saber y caballerosidad. Quiero advertirle de antemano que mi propósito es firme e inflexible. Soy joven —una leve sonrisa se insinuó en sus labios—, pero hace rato he dejado de ser una niña. Sé lo que hago y doy este paso convencida de que es la medida que corresponde en defensa de mi dignidad de esposa ofendida.

Hizo una rápida pausa, un tanto desconcertada por el silencio de su interlocutor, y añadió, ya con menos aplomo:

—Deseo su patrocinio en una demanda de divorcio contra mi marido. En cuanto a las causas . . .

El abogado la interrumpió con un gesto:

—El código civil le permite elegir entre siete, señora. No es poco, si bien se considera. Sería raro que su situación no encuadrase dentro de alguna de alguna de ellas. Veamos. ¿Se trata de un caso de sevicia?

Su interlocutora lo contempló con la extrañeza reflejada en el semblante:

—¿Sevicia? Excuse mi ignorancia, doctor; pero desconozco por completo . . .

—Es un eufemismo técnico. Quiere decir . . . vías de hecho entre cónyuges.

Roja de indignación y de vergüenza, la señora protestó enérgicamente:

—¿Cómo ha podido usted suponer, doctor? No creo que entre personas de nuestra condición puedan producirse esos actos de . . . de . . . sevicia. Además —y aquí su voz se suavizó—, cualesquiera sean los agravios

que pueda tener contra mi marido, jamás dejaré de reconocer su corrección, la delicadeza con que se ha conducido siempre conmigo...

El abogado estiró el labio inferior en un gesto de duda:

—Se dan casos, sin embargo, y... con bastante frecuencia... Prosigamos: ¿Incitación a cometer delitos?

—Pero, doctor —protestó suavemente la señora—, mi esposo es una persona tan honorable como puede serlo usted mismo.

—Excuse usted, señora. Estas preguntas son enojosas, pero imprescindibles; profesionalmente debo precisar la situación de mi cliente antes de lanzarla por las vías siempre azarosas de una acción judicial.

La señora asintió sin mucha convicción..

—Comprendo, doctor, aunque si usted me dejara explicar...

—Un instante, señora —respondió el abogado con didáctica entonación—. Permítame usted que insista en mi método, el viejo y excelente método de eliminación de las causas inoperantes. Por lo demás, trataré de abreviar. Vistas sus anteriores respuestas, parece inútil presumir que el señor Rivero haya atentado contra la existencia de su cónyuge, que la haga objeto de malos tratamientos o de injurias incompatibles con su educación y posición social...

La joven señora se puso de pie con vehemencia y estalló en frases que subrayaba con miradas fulgurantes y enérgicos movimientos de las manos:

—¡Pero, doctor!... No quiero ni oír semejantes cosas... Si usted conociera a Rivero comprendería lo ofensivo de esas suposiciones. ¿De dónde saca tales horrores?

El abogado no se inmutó.

—Del artículo 67, numeración vieja, o 224, numeración nueva, del Código Civil, señora. Debo advertirle

que no son horrores sino previsiones humanas, muy humanas, de las circunstancias que pueden sobrevenir aun entre personas de la más alta posición social. Pero tenga usted la bondad de volver a su asiento.

La señora se opuso con decidido ademán.

—Permítame, doctor. Mi caso es desgraciado, muy desgraciado; pero no tiene relación alguna con esas... hipótesis que usted acaba de enunciar. Soy una víctima de ofensas irreparables inferidas a mi decoro de esposa. El mío es un problema —¿cómo le diré?— moral, verdaderamente espantoso y que sólo admite una solución: el divorcio. Ni siquiera puedo comprender todavía —y su acento pareció desmayarse en una languidez precursora del llanto— cómo ha podido ser que un hombre dulce, bueno, cariñoso, haya llegado a...

Su voz se ahogó en un sollozo que no consiguió afearla y se detuvo, pugnando por contener sus lágrimas con un apresuramiento que acaso denunciaba el temor de repetir dolorosas experiencias con el "rimmel" que ensombrecía sus pestañas.

Gravemente, el abogado la tomó de la mano y consiguió hacerla sentar de nuevo en el sillón que ocupara anteriormente. A su vez, instalóse en su asiento, frente al escritorio, y tomando el lápiz, por hábito profesional, se dirigió a ella con solemnidad de palabra y gesto, desmentida, quizás, por cierto recóndito fulgor malicioso que vagaba en los ojos, emboscados bajo las espesas cejas.

—Tranquilícese usted, señora, y oiga. Coincido con usted en apreciar el carácter de su esposo. El señor Rivero parece ser un hombre caballeresco, honorable y, sin duda, tan dulce y cariñoso como usted lo describe sin dejarse ofuscar por su legítimo apasionamiento. He hablado con él...

—¿Ha hablado usted con él? — interrogó ella, como si se le hiciera la más inesperada revelación.

—Sí; hace media hora estaba ese mismo asiento que ocupa usted ahora.

La mujer hizo un movimiento para ponerse de pie.

—No tendría objeto —observó el abogado con una sonrisa—. Quédese usted donde está; es más cómodo para los dos.

—Pero. . . — empezó la señora, desconcertada.

—Unos minutos de paciencia —impuso el abogado con acento autoritario—. Le repito que ha estado aquí el señor Rivero. Se informó, ignora por qué medios, de que usted vendría a verme para solicitar mis servicios profesionales a los efectos de entablar una acción de divorcio; y me visitó para hacerme saber que no desea poner obstáculo alguno a sus propósitos. Reconoce. . .

Perdida por completo la serenidad, la esposa del señor Rivero estalló agudamente, entre un torrente de lágrimas:

—¿He oído bien, doctor? Reconoce su falta; se confiesa culpable. Y yo que tenía la ingenuidad de esperar aún. . . ¡Esto es realmente monstruoso!

Más juvenil que nunca, retorcíase las manos con desesperación.

El abogado explicó sin apremio:

—Entendámonos, señora. El señor Rivero no se confiesa culpable de ningún delito de lesa fidelidad conyugal. Por el contrario, a pesar de su delicada reserva sobre las intimidades de su desacuerdo, deja entrever la existencia de una confusión verdaderamente inexplicable. . .

—Y, entonces. . ., ¿qué confiesa? — interrogó ella, sorprendida.

—Sencillamente, su evidente incapacidad, malgrado su amor por usted. . ., malgrado su amor por usted, repito, para proporcionarle la felicidad que usted merece y que él quisiera asegurarle a costa de cualquier sacrificio. Lleno de noble desinterés, el señor Rivero me ha significado su designio de aceptar en silencio cuanto usted resuelva a fin de que la mujer que él no ha podido hacer

dichosa recobre su libertad y pueda reconstruir su vida, encontrando la ventura a que le hacen acreedora —estoy repitiendo sus palabras, señora mía—, su belleza, su bondad, todas las delicadas prendas que la adornan.

Hizo una pausa, mirando a su oyente con expresión interrogante.

Esta permaneció un instante en silencio. Después alzó hasta su interlocutor la mirada de sus hermosos ojos llorosos y habló con profunda amargura:

—Quiere decir que él no se defiende; que lo acepta todo; la destrucción del hogar común, todo lo vivido y lo soñado en un pasado lleno de alegrías y dulzuras. Quiere darme una nueva oportunidad, ¿no es así? —concluyó sonriendo con doloroso sarcasmo. Y su fina mano enjugó una lágrima bajo el ligero velo.

—Es un carácter generoso y sólo se preocupa de usted, señora. Si tuviera un adarme de egoísmo lucharía por recobrar una dicha que pierde para siempre... Aunque, ¡quién sabe!..., no se puede hablar de infortunios definitivos a los treinta años...

Ella se sobresaltó, interrumpiéndolo con vivacidad:

—No entiendo, doctor. ¿Qué quiere usted decir?

Reflexionó algunos segundos el abogado y respondió al fin:

—Por desgracia, señora, la existencia de un hombre no es una novela romántica, donde el héroe vive muriendo de un amor infortunado hasta la edad en que se pueden tener biznietos. Actualmente, el señor Rivero está anonadado por la inmensa desdicha que ha caído sobre él. No sé lo qué ha ocurrido entre ustedes —ya me lo referirá usted para preparar el escrito de la demanda—, pero tengo algún conocimiento del corazón humano y puedo asegurarle que su marido conserva un ardiente y profundo amor por usted. De ese amor saca el valor necesario para someterse a sus designios, por injustos y duros que los juzgue. Pero es posible y natural que ese

estado sentimental no se prolongue indefinidamente. El tiempo, excúseme la vulgaridad de la receta, todo lo cura y cicatriza las heridas más crueles. Hay que suponer, entonces, y esto debe serle grato a usted misma, que algún día, ese hombre, a quien usted reconoce bueno y caballeroso, ha de encontrar un corazón amigo, un alma de mujer, se entiende, que acoja su desolación moral y con los restos de su naufragio levante una nueva morada de felicidad. . .

—Por favor, doctor —imploró la señora de Rivero con voz desfallecida—. No estoy en condiciones de proseguir esta entrevista. Disculpe tal debilidad en una mujer que se creyó más fuerte de lo que es para afrontar esta situación. Le ruego. . .

El especialista en divorcios se inclinó ceremoniosamente:

—Lo comprendo perfectamente, señora. Trances como éstos son muy dolorosos para una sensibilidad femenina. Si usted necesita auxilios. . .

—Sólo deseo aplazar unos momentos esta conversación. Me siento desfallecida.

—Estoy a sus órdenes, señora, y lamento. . .

Siempre con aire grave, el abogado apretó el botón de un timbre adosado al escritorio, mientras la mujer, inclinada en su asiento, enjugábase los ojos con un minúsculo pañuelo.

De inmediato, el alto y magro pasante franqueó la puerta del foro. Sin mirarlo, con aire indiferente, el especialista en divorcios indicó:

—Leoncio; haga pasar a la señora a la sala. . .

—¿De la izquierda, doctor? — interrogó el otro en tono discreto.

—En efecto — asintió el abogado; y tomó la plegadera, examinándola con tanta atención como el "detective" que busca las impresiones digitales de un criminal desconocido.

Con una graciosa inclinación de cabeza, la señora se dirigió a la puerta, seguida del pasante, que la cerró cuidadosamente tras de ella. Volvió en seguida, plantándose frente al abogado, quien abandonó el examen de la plegadera. Una expresión curiosamente expectante se retrataba en los semblantes de ambos, vueltos hacia la puerta y un tanto estirados los cuellos como cuando se trata de escuchar a la distancia.

Una exclamación de dos voces llegó de la habitación contigua. Después sólo se oyó el timbre de un habla femenina en rápido y agitado fraseo.

—Aria de la soprano — comentó el pasante, con mayor desenvoltura que la admitida por su posición jerárquica.

Escucharon durante algunos instantes hasta que distinguieron los acentos de una voz masculina que precipitaba atropelladamente ininteligibles palabras.

—Romanza del tenor — anotó seriamente el abogado.

Un minuto después se filtró a través de la cerrada puerta una animada conversación a dos voces.

—El dúo inevitable — insinuó el pasante con timidez.

El abogado hizo una seña con la mano, como reclamando silencio.

No tardó en cesar el coloquio, en una interrupción brusca como un tajo. Abogado y pasante se miraron con cierta ansiedad, como si esperasen el resultado incierto de un experimento. Como el silencio se prolongaba, una sombra de desaliento empezó a nublar la cara de ambos.

En eso, distinto e inconfundible, se dejó oír el ruido de una puerta que se cierra con cuidado.

El rostro del abogado cobró una expresión victoriosa. En dos largos pasos el pasante desapareció por la puerta de acceso a la sala de la izquierda, reapareciendo al cabo de un instante con aire desolado y un trozo de papel en la mano derecha.

—Nadie, doctor —informó gravemente—. Sólo he encontrado este cheque sobre la mesa de la dactilógrafa.

El abogado lanzó una alegre carcajada, mientras una parva sonrisa asomaba a la austera cara del pasante. Recobrada su seriedad, el primero habló al mismo tiempo que guardaba el cheque en su cartera:

—Ahora, Leoncio, vámonos a almorzar. Cuando nos sirvan el café conversaremos respecto a su situación en el estudio. Tengo un proyecto que deseo someter a su consideración.

* * *
* *
*

Un mensaje del más allá

Conocí al Cavalieri Cesare Rinaldi a principios de 1931, viajando en un rápido diurno de Génova a Roma. El tren se había detenido en Chiavari y yo contemplaba desde la ventanilla el promontorio de Portofino, airosamente empinado al fondo del azulado golfo, cuando alguien penetró al compartimento de primera, en donde, solo con mi parvo bagaje, prometíame viajar sin molestas promiscuidades hasta la Ciudad Eterna. No sin cierto malhumor, arrojé al soslayo una mirada sobre el intruso. Era un caballero alto, cenceño y barbado, cuya cara y figura me dieron la impresión de alguien ya visto con anterioridad; más tarde, haciendo memoria, lo identifiqué con una estampa del general Boulanger muy popularizada en París algunos decenios atrás y que pocas horas antes había estado mirando en una revista ilustrada. Mientras yo practicaba disimuladamente un inventario del personaje, éste, moviéndose con discreta desenvoltura, instalábase en el compartimento, ordenando con práctica habilidad sus cosas en la red del asiento frontero al ocupado por mí. De vez en cuando, un obsequioso "prego", pronunciado con atenuada voz de bajo, anticipaba excusas por las hipotéticas molestias que pudiera originarme su no solicitada presencia. Volaba el convoy nuevamente a lo largo de la ribera ligur, cuando el hombre, finalizado ya su proceso de acomodación, quedó sentado frente por frente, facilitando a mi curiosidad indiscreta un nuevo examen de su persona. Hube de admitir que aquel Boulanger en ropas civiles poseía un arte distinguido que lo habría señalado favorablemente en cualquier parte, por más que su magrura y extremada palidez no dejaban de infundir una impresión indefinible, mixta de extrañeza

y repulsión, que, por lo demás, disipábase —como pude comprobarlo—, en cuanto se frecuentaba su trato.

¿Italiano?—me pregunté—, dudoso, al examinar la corrección de su empaque y la cerrada expresión de su semblante. Cierto que las disciplinas impuestas por el "duce" al pueblo más expansivo de la tierra, han terminado por modificar hasta la proverbial exuberante exterioridad de su tipo; pero, con todo, no acepté sin beneficio de inventario mi conclusión previa sobre la supuesta nacionalidad del compañero de viaje. Entretanto, éste, sin advertir —o aceptándola con resignada filosofía— la pertinaz inquisición de que era víctima, extrajo de su "necessaire" un libro encuadernado en tela roja y se sumergió en las profundidades de una lectura que aumentaba la severidad de los rasgos ya graves de su fisonomía. Beneficiando de mi condición de présbita, pude descifrar, no sin alguna sorpresa, el título estampado en el dorso del volumen. Era un tomo de los "Proceedings" de la Society for Psychical Research, de Londres.

Por más que ni el uno ni el otro poseyésemos un temperamento demasiado comunicativo, el tedio del trayecto no tardó en provocar esas pequeñas expansiones que vinculan eventualmente a los viajeros y que a veces — muy pocas, desde luego— suelen ser punto de partida de relaciones más hondas y duraderas. Haciendo él a un lado su volumen de investigaciones espiritistas y yo el legajo de impresos que me acompañaba desde Niza, cambiamos algunas observaciones acerca del paisaje, alternándolas con referencias a otros panoramas ya vistos, alusiones que le permitieron establecer mi condición de argentino y disiparon en mí hasta la última duda sobre su italianidad. Había estado en la guerra; y aun cuando ostentaba, sin exhibirla demasiado, la medalla al valor, conservaba de ella recuerdos poco halagüeños: —"Brutta cosa, la guerra" — terminó, con un suspiro de cansancio, el breve relato de un episodio en los montes cársicos. Asentí sin esfuerzo.

A lo largo de una plática que languidecía por instantes, pude observar un detalle de su personalidad que hasta entonces escapara a mi análisis. Me refiero al brillo extraño, verdaderamente anormal, de unos ojos cuyo exacto matiz era difícil precisar, pero que combinaban el gris acero con un glauco azulado, en el sombrío reflejo de sus miradas. Debe entenderse que al hablar de ojos brillantes no aludo a esa ardiente expresión tan común en pupilas italianas y españolas ni tampoco a la frescura deliciosa que ilumina los ojos de ciertas adolescentes. Aquí se trataba de un fulgor aproximadamente mineral, algo así como un esmalte externo y desprovisto en absoluto de animación interior; como si el cristalino del ojo clausurase y no abriese las profundidades del espíritu, dando a su fisonomía una extraña y desoladora expresión de ausencia, que no alcanzaba a ser corregida por la obsequiosa corrección de los modales.

Hasta entonces, la conversación había girado alrededor de los temas habituales entre viajeros. Sólo cuando dejamos atrás Viareggio, rebosante de fútiles sugestiones de estación balnearia, ocurrió un incidente que arrojó alguna luz sobre las veladas intimidades mentales de mi compañero de viaje. Mi atención había sido atraída por una "villa" toda en mármol blanco, cuya vibrante arquitectura estaba temerariamente suspendida al filo de una colina, casi precipitada sobre los taludes de la línea férrea que orillaba la áspera costa marítima. Era aquello un alarde arquitectónico a la vez que una bravata contra la ley de gravedad

—Realmente fantástico —observó con una sonrisa mi compañero, quien había seguido la dirección de mis miradas—. ¿No le recuerda alguna cosa? — agregó con cierta ansiedad.

Hice un gesto, perplejo.

—Es cierto —murmuró él— que no está usted familiarizado. . .

Y después de observarme un instante, prosiguió, rutilantes de brillo sus ojos metálicos:

—¿No ha leído algo sobre la mansión de Mozartt en el planeta Júpiter, dibujada por Victorien Sardou en trance de mediunidad? Pues esa villa es una maravillosa materialización . . .

Le debió chocar mi expresión, porque se interrumpió, insistiendo al cabo de una pausa, aunque esta vez con el acento un poco negligente de quien no presta demasiada importancia a lo que afirma:

—Después de todo, no hay por qué rechazar la verosimilitud del hecho, secundario si se lo compara con revelaciones más importantes . . .

Arrojó una mirada sobre el volumen de los "Proceedings" y articuló con extraña gravedad: —Por mucho que se niegue, la frontera ha sido violada y los misterios del más allá no son impenetrables para quienes han acertado con el camino . . . ¿No es esa su opinión?

Aun cuando el tipo no parecía ser un fumista, me mortificó la idea de que se estuviera divirtiendo a mi costa.

—Soy agnóstico — repliqué secamente, apoderándome de una de mis revistas. El hombre me miró con fijeza, reluciéndole los ojos con deshumanizado fulgor.

—¡Qué extraño! —murmuró—. Sin embargo lleva usted el signo . . .

Ante mi esquivo mutismo se refugió también en el silencio. Sólo cuando las sombras nocturnas caían sobre la campiña, divisándose a la distancia las elevadas antenas metálicas de Roma, cambiamos nuevamente la palabra, mientrs arreglábamos nuestros equipajes. Tan señor como al principio, el compañero parecía haber olvidado sus bizarras divagaciones. Entraba ya el tren en la Essedra cuando nos despedimos, dejando él en mis manos una cartulina que leí antes de entregar mis petates al "facchino":

TERROR

Cav. Cesare Rinaldi
Torino.

Quince días de atareada permanencia en Roma hiciéronme olvidar por completo al Cav. Rinaldi y sus absurdas confidencias. Una noche, sin embargo, comiendo en un restaurante de Piazza Colonna con el cónsul argentino, señor Ambrossoni, me pareció reconocer en una mesa alejada de la nuestra, la inconfundible fisonomía de mi compañero de viaje.

Pero estaba escrito —y esta expresión pierde, en el caso, su categoría de lugar común— que no habrían de quedar interrumpidas mis relaciones con el lector de los anales de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres. El contacto debía ser restablecido.

Ello aconteció en Florencia, algún tiempo después, en un límpido mediodía, claro y luminoso como un diamante.

Abandonaba yo la Loggia dei Lanzi, donde había estado admirando una vez más el soberbio Perseo de Benvenuto, cuando divisé a mi hombre detenido ante la Fontana de Nettuno, frente mismo al disco de bronce que señala el sitio en donde ardió la pira de Savonarola.

Esta vez me reconoció de inmediato y se adelantó con la mano tendida, exultante de una cordialidad perfectamente italiana, que contrastaba con la anterior parquedad de sus maneras. Nos ocurrió lo que pasa siempre entre dos personas que se vuelven a ver al cabo de cierto tiempo de haberse conocido incidentalmente en cualquier parte del mundo. El tiempo y el alejamiento operan de tal modo sobre los sentimientos apenas esbozados en el primer contacto, que el reencuentro descubre la existencia de una amistad en donde sólo se había dejado una superficial relación de viaje.

Congratulámonos ambos efusivamente y tomamos por la vía Calzaioli para almorzar en una "trattoria" cuyas excelencias culinarias había tenido ocasión de compro-

bar. Mi compañero explicó espontáneamente, y no sin algún embarazo, los motivos de su presencia en Florencia; motivos que, dicho sea de paso, me resultaron escasamente positivos, hasta el punto de hacerme sospechar una intriga sentimental que trataba de sustraer a mi posible indiscreción. El condumio justificó los elogios y mi acompañante le hizo los honores en forma lo bastante completa para alejar las sospechas de ascetismo que insinuaban sus pretensiones metapsíquicas y corroboraba su descarnada anatomía. Era un comensal interesante, no exento de cierta jovialidad, acaso más atractiva por menos esperada. En el estado de leticia que sigue a una excelente sobremesa, combinamos un paseo en "vettura" a San Miniato al Monte, desde cuyas alturas me despediría de Florencia, resuelto, como estaba, a dejar esa noche la villa de los Médicis. Mientras rodaba el vehículo, mi compañero disertaba con locuacidad sobre recuerdos y tradiciones florentinas, demostrándose un "cicerone" infinitamente superior al inevitable Baedecker que dormía en el interior de una de mis valijas. Inútilmente se habría buscado en aquel ameno intelocutor, al desconcertante ocultista revelado en las inmediaciones de Viareggio. Sólo guardó silencio cuando, desde el Piazzale Michelángelo, contemplábamos el panorama maravilloso del valle del Arno, desplegado bajo nuestros ojos a través de aquella transparente y dorada atmósfera toscana. A nuestros pies arrastraba perezosamente sus aguas el "fiume" clásico, ciñendo a la ciudad que desgranaba sus torres y campaniles hasta recostarse en el anfiteatro formado a la distancia por las graciosas colinas de Settignano, Vintigliata y Fiésole, sembradas de caseríos que brillaban al sol como puñados de deslumbrantes trozos de plata. De aquella serena belleza parecía ascender hasta nosotros la sugestión gloriosa de una civilización fiera y magnífica.

Bajamos sin pronunciar una palabra para recobrar el vehículo, que se puso nuevamente en marcha hacia la

ciudad. No tardé en advertir que mi acompañante ya no era el voluble conversador de la hora precedente. A mi vez, sentíame invadido de una gravedad ansiosa y melancólica, como ocurre siempre cuando uno se desprende de cosas que deja, con la certeza de que el alejamiento lleva el sello de lo definitivo.

A poco reanudóse la conversación. No sabría decir si fué el Cav Cesare o yo mismo quien suscitó el tema. Hablamos de la muerte; y como quien prosigue un asunto recién iniciado, refirióse Rinaldi a mi confesado agnosticismo, expresando sin ambajes su desdeñosa convicción acerca de su mezquindad como respuesta a ciertas inquietas intimaciones del espíritu.

—Llega un momento en la vida —observó pensativo— en que cada cual comienza a reflexionar, a pensar de dónde se viene, adónde se va, qué es uno... Y entonces se experimenta la angustiosa necesidad de levantar, aunque sólo sea por un instante, una punta del velo tendido entre nosotros y el misterio. Bienaventurado es el que ha recibido instrucciones para saber...

Me encogí de hombros.

—Entendido —dije—. ¿Las comunicaciones establecidas con el más allá, las revelaciones recibidas de los muertos?... ¡Psh!... ¿Qué certidumbres le han dado a usted, por ejemplo, las triviales confidencias que Mr. Williman James recibía de Mr. Hogson, según constancias contenidas en los "Proceedings"? Nadie es escéptico porque desea serlo y no vacilo en declarar que si adquiriese directamente —¿me entiende?, directamente— una sola prueba incontestable de la supervivencia del alma, de la realidad de algo que subsiste más allá de la muerte, entonces...

Me interrumpió con un leve gesto, hablando con aquella expresión de ausencia que ya conocía en él.

—Pruebas... Todos piden pruebas; pero la crítica de la prueba es tan subjetiva que toda experiencia personal resulta insuficiente para los demás.

—Me lo figuraba — observé con cierta zumba

Indiferente, él continuó: —Sin embargo, yo podría decirle. . . Mas hay circunstancias que harían peligrosa en este instante una comunicación que usted no está preparado talvez para recibir.

Me volví hacia él con sorpresa. Se expresaba, como en anterior ocasión, no a la manera de quien se dirige a otra persona, sino como el que reflexiona en voz alta, extraño al momento y al sitio en que se encuentra.

El coche había cruzado el Ponte alla Carraia y marchaba ya hacia el centro de la ciudad. Después de un instante de callada meditación, Rinaldi me inquirió con extraordinario interés la fecha de mi regreso a Buenos Aires, el puerto de embarque y el vapor en que había retenido pasaje. Puso tanta vivacidad en esas preguntas que me produjo cierto inexplicable malestar. Nos despedimos, con bastante frialdad por mi parte, a la puerta de mi "albergo", excusándose Rinaldi de no acompañarme a la estación; pero insinuándome con aire enigmático que habíamos de vernos todavía en una nueva oportunidad.

Una hora más tarde, cuando ya habían sido colocadas mis maletas en el ómnibus del hotel, recibí un paquete acompañado de una tarjeta del Cav. Cesare Rinaldi. Apresuréme a romper la envoltura, encontrándome con un ejemplar de "La Mort", de Maeterlink, en francés, primorosamente encuadernado en cuero de Rusia. Al tomarlo, el libro se abrió entre dos páginas marcadas por un señalador de seda; en una de ellas aparecía subrayado el siguiente párrafo de Sir William Crookes: "No es improbable que existan otros seres provistos de sentidos cuyos órganos no corresponden con los rayos de luz a los cuales son sensibles nuestros ojos; pero que sean capaces de percibir otras vibraciones que nos dejan indiferentes. Tales seres vivirían, en realidad, en un medio que no sería semejante al nuestro". . .

* * *

Después de dejar tras de mí a Venecia casi sumergida por una crecida de la laguna; luego de haber visitado los techos del Duomo de Milán con paraguas, bajo un aguacero torrencial; al cabo de haber entrevisto las bellezas del Lagomaggiore tamizadas por la gris cortina de la llovizna; y atravesado Suiza cubierta de dos metros de nieve, hasta llegar a Lausana, donde el aire mismo parece saturado de sutilezas diplomáticas de conferencia internacional, arribé a París con la sensación tranquilizadora y gozosa de quien se reintegra al hogar ocasionalmente abandonado. Algunas semanas más tarde, juntamente con otros numerosos viajeros, un trasbordo me conducía hasta el "Cap Arcona", fondeado frente a los malecones de Boulogne-sur mer. El Cavalieri Rinaldi y sus fantásticas ocurrencias habían pasado al archivo de esos recuerdos que suelen exhumarse cuando se hace mentalmente una excursión retrospectiva por el mundo adormecido de la memoria.

Fué en el salón del "Arcona" donde el vizconde Lazcano Tegui, condenado a consular destierro en el puerto francés, me entregó un paquete lacrado que hacía más de una semana, según me informó, esperábame en las oficinas del consulado. Los sellos eran de Italia.

Esa misma noche, solo en mi camarote, deshice sin mayor interés el paquete, encontrándome con dos sobres perfectamente sellados y dirigidos los dos a mi nombre, aunque con distinta letra en la cubierta. En la parte superior de uno de ellos se leía, manuscrita en tinta roja, la siguiente advertencia: "No abrir hasta no haber leído el contenido del otro".

Medio minuto después, y poseído ya de innegable curiosidad, tenía en mis manos dos grandes hojas de papel, también escritas a mano, con fina y clara caligrafía, en las que leí lo que transcribo a continuación:

"Amigo mío:

"No habría llegado a su poder este mensaje de no haber adquirido la certeza de que podré ofrecerle pruebas

incontestables de la veracidad de su contenido. En cuanto al porqué de haber sido escogido usted para destinatario de esta confidencia, es cosa que, lo mismo que nuestro primer encuentro, ha sido determinado en lugar y por voluntades que nadie sería osado a revelar. Bástele saber que esta comunicación cumple un designio acerca de su ser, muy anterior al tiempo en que materialmente vivimos y aun a la existencia de la accidental envoltura bajo cuya apariencia nos hemos conocido, si es que puedo emplear esta palabra tratándose de quienes sólo podían "reconocerse", a través de las innumerables configuraciones que han revestido sobre la superficie del planeta.

"He sido autorizado a responder a su ansiedad de saber, expresada, cuando descendíamos de las alturas de San Miniato, en aquellas palabras que acudieron a sus labios, asomadas, sin advertirlo usted acaso, desde remotas y silenciosas zonas de su espíritu. "Quien puede hacerlo", ha consentido ahora lo que entonces estaba vedado. Lea y espere el nuevo albor que iluminará sus ojos.

"Hace cinco años, vivía con mi esposa en una villa cercana a los Cascine. Ya en esa época era un investigador del misterio, aun cuando había en mí más de "dilettante" que no de un fervoroso explorador de las sendas que conducen a lo Incognoscido. Sería ocioso hablarle del amor que nos unía y de la felicidad que disfrutaba a la vera de la dilecta compañera. Fué un sueño engañoso del que fuí arrancado, porque así debía ser, para que la luz no quedara escondida bajo el almud.

"Durante la noche del 14 de Febrero de 1926 mi esposa desapareció en condiciones extrañas y dramáticas, que alimentaron largamente las crónicas de la prensa florentina de la época. Su cuerpo fué encontrado unos días después en el Arno y la investigación practicada recogió testimonios que hicieron presumir se hubiera arrojado desde el Ponte Sospeso, aun cuando jamás se pudieron descubrir los motivos que la indujeron a realizar ese misterioso paseo nocturno.

"Cuando ocurrió la tragedia yo me encontraba en Ancona. Sería inútil describirle el horror y la desolación que la terrible desgracia precipitó sobre mi vida. No pude soportar la permanencia en Florencia y al poco tiempo me trasladaba a Turín para vivir en compañía de parientes maternos. Allí, quizá para mitigar los dolorosos recuerdos, o bien ansioso de acercarme al velado reino cuyas fronteras traspasara mi bien amada, me entregué con mayor ahinco a las investigaciones psíquicas, siendo favorecido por asistencias que aclararon muchos arcanos ante mis infatigables instancias. Aproximábase el luctuoso aniversario de la catástrofe cuando recibí el mandato de trasladarme a Florencia y esperar en el Ponte Sospeso lo que la benevolencia de "quienes pueden permitirlo" había dispuesto que ocurriera para mi ventura.

"Amigo mío: le repito que no le haría esta revelación "si no se me hubiese prometido la hora de darle una prueba" irrefutable de la realidad de lo que voy a relatar. En la noche designada, estando en el Ponte Sospeso, tuve la dicha inefable de contemplar otra vez los amables encantos de mi bien amada. Bajo la suave luz de las estrellas, ligeramente esfumada en cerúlea neblina, pasó por mi lado, sonriendo dulcemente y haciéndome un tierno saludo con sus finas manos. Repuesto del estupor que me produjo al principio la aparición, quise precipitarme en pos de ella para oír, siquiera una vez más, la música inolvidable de su voz. Pero fuí inmovilizado en el sitio por una superior voluntad que sólo me consintió mirar cómo se alejaba, volviendo de vez en cuando la graciosa cabeza, hasta desaparecer en el otro extremo del alto puente.

"Cuatro años seguidos, obedeciendo siempre a indicaciones del más allá, he acudido a la cita y siempre se ha renovado el deleite espiritual de verla y la amargura de no poder comunicarme con ella. Inútiles fueron mis ruegos para obtener que se rasgase el invisible muro que nos mantenía separados; se me respondía que la hora no

había llegado, advirtiéndoseme, al mismo tiempo, que mi insistencia me exponía al peligro de alejarla indefinidamente.

"Cuando nos encontramos con usted en Florencia, mi presencia en la ciudad respondía una vez más al incógnito mandato; pero en esta ocasión alegraba mi alma una esperanza nueva. Se me había comunicado que mis súplicas eran escuchadas y que la valla interpuesta entre mi dulce muerta y yo quedaría rota, aun cuando estaba prohibido explicarme cómo ello habría de ocurrir.

"Debo agregarle que por entonces ya tenía instrucciones acerca de usted, si bien no tan precisas como las que ahora han sido confiadas a mi ejecución. Le escribo el 13 de Febrero y mi espíritu se regocija en la ventura que le espera el día de mañana. Finalmente será reanudado el hilo roto por los insondables designios del destino. Sin incurrir en la osadía de querer descubrir lo que se ha velado ante mis ojos, percibo signos inequívocos de que debo estar apercibido para afrontar la suprema aventura. No la temo y aún la ansío con todas las fuerzas de mi alma. Espero el mañana con la impaciencia del desposado a quien aguarda su prometida.

"Hasta aquí, amigo mío, lo que puede serle revelado; es suficiente como primer apoyo para su mano que avanza a tientas en las tinieblas. Piadosamente, esta revelación será corroborada por una prueba definitiva que le llegará en la debida oportunidad. Sepa esperar y observe cuidadosamente esta recomendación: No abra el pliego que le será entregado juntamente con éste hasta que no reciba autorización para hacerlo. Hasta pronto. — **Cesare Rinaldi.**"

Fácil es imaginar la perplejidad que me produjo la extravagante comunicación. Otra vez hube de preguntarme si me las había con la majadería de un bromista o con la enfermiza insistencia de un psicópata. Fuese lo uno o lo otro, resultábame extraordinariamente mortificante la circunstancia de que hubiese sido elegido

como blanco de sus sofisticaciones o su demencial solicitud. A punto estuve de romper los dos pliegos y arrojarlos al agua por el "hublot" del camarote"; después me sentí inclinado a abrir el segundo sobre; y, por fin, encogiéndome de hombros, guardé los papeles en la cartera de una maleta. En postrera instancia, la aventura no dejaba de ser curiosa y convenía tenerla documentada para un posible relato ulterior. Inútil es añadir que me dejó completamente escéptico la promesa de un nuevo encuentro, contenida en la descabellada misiva. A buen seguro que el fumista o neurótico, completamente olvidado ya de mí, paseaba en aquellos momentos por los ferrocarriles de Italia su figura de Boulanger hético, y sus absurdas fantasías de iluminado.

Dos días después, el "Cap Arcona" dejaba Lisboa, enriquecido su tonelaje de carga y acrecentado su contingente de pasajeros. No comí esa noche en el salón, esquivando el enojoso deber de la ropa de etiqueta, y después de haber despachado en mi camarote un sumario "menú", subí al puente de los botes, dispuesto a saborear el solitario placer de fumar una pipa acodado contra la borda. Una niebla insólita para la estación envolvía el barco en su opaca masa algodonosa; avanzando a ciegas, lanzábamos al espacio la estridente interpelación de la sirena. En el húmedo "deck" la tiniebla era clareada acá y allá por el fulgor de los focos eléctricos orlados de rojizos halos. Desde abajo ascendía, rota a intervalos por las irrupciones clamorosas de la bocina, la música de la orquesta que ejecutaba briosos bailables. Salvo la soledad, el sitio carecía de atractivos y resolví abandonarlo para ganar el acogedor refugio del jardín de invierno. Al hacerlo, advertí que no era el único visitante de la solitaria cubierta. Caminando a paso lento, avanzaba hacia mí una persona, las manos en los bolsillos del gabán y descubierta la cabeza bajo el acuoso relente. Al enfrentar el último fanal, la luz le dió de frente, iluminándole la cara. ¡Era el Cavaliere Cesare Rinaldi! Antes de que

me repusiera del asombro que me causó su imprevista aparición, el hombre se aproximó, con una amplia sonrisa que le hacía relucir los blancos dientes en la masa sombría de la barba. Sin tenderme la mano, con la naturalidad de quien nos ha dejado media hora antes, mi antigua relación del "direttísimo" de Génova me abordó, hablándome con su rica voz de bajo:

—Buenas noches. Le había prometido, caro amigo, que nos veríamos una vez más...

Guardó silencio, clavando en mí la mirada de aquellos ojos lucientes como dos trozos de esmalte. Me pareció más pálido, más enjuto y con los rasgos del semblante descarnados como los de un convaleciente. Apenas pude balbucear algunas palabras, sobrecogido por confuso terror supersticioso: —Verdaderamente es una sorpresa... ¿Subió en Lisboa?...

El hombre me miró otra vez con expresión sardónica e insinuó un gesto fatigado:

—Lo prometido se cumple —murmuró—. Pero no dispongo ahora de mucho tiempo. —Y alargando hacia mí una enflaquecida mano, agregó en tono tan bajo que parecía penoso susurro—: "Puede abrir el otro pliego"...

Hizo un ademán de despedida y se deslizó por mi lado, alejándose hacia la proa, hasta que su elevada silueta bruna fué borrada, absorbida, por la glutinosa densidad de la niebla.

Permanecí en el sitio, estupefacto y mudo, sintiendo que una profunda sensación de espanto me erizaba la piel. Era absurdo, era estúpido —repetíame mentalmente—, pero aquel encuentro tenía algo de sobrenatural que evocaba equívocos terrores en los repliegues más lejanos de mi espíritu.

De un brinco estuve en la escalera; me precipité en el ascensor, provocando el sobresalto del adormilado "liftman" y me lancé por el solitario pasillo hasta mi camarote. En un segundo, temblorosas las manos, abrí la valija, busqué el paquete recibido en Boulogne y de un

manotón rompí el sobre que guardaba el misterioso segundo pliego. Contenía dos papeles. El uno llevaba el membrete de un notario de Florencia; el otro, era una gruesa hoja timbrada, cubierta de sellos y rúbricas.

Sin aliento, sintiendo que un sudor frío me empapaba la frente, leí las pocas líneas que me dirigía el notario florentino:

"Señor: Cumpliendo una de las últimas voluntades de mi cliente, el Cav. Cesare Rinaldi, dramáticamente fallecido en la noche del 14 de Febrero último, tengo el honor de remitir a usted, junto con el pliego que va por separado, un testimonio debidamente legalizado de su partida de defunción. Saluda a usted."

El otro papel era un certificado de fallecimiento de Cesare Rinaldi, fechado, sellado y firmado por un funcionario municipal de Florencia, treinta y cinco días antes de mi conversación nocturna con Rinaldi, sobre la cubierta de botes del "Cap Arcona".

* * *
* *
*

El misterio de los tres suicidas

Después de todo, siempre queda en la historia un aspecto de misterio que provoca todavía inagotables comentarios en la Colonia Piemonte y hasta en toda la zona agrícola del Departamento San Martín. El viajante de una casa importadora de implementos agrícolas afirmó en la chacra de Prezzolini que en Rosario habíase hablado mucho de la cosa y que los diarios formularon diversas hipótesis para explicar los extraños sucesos, sin que ninguna de ellas fuese aceptada como enteramente satisfactoria. Lo cierto es que un hábil pesquisante rosarino pasó varios días recorriendo la Colonia, visitó las chacras, conversó con unos, interrogó a otros, tomó muchas anotaciones, silbó bajito con expresión enigmática y regresó sin hablar palabra acerca del resultado de sus investigaciones y sin que se supiera después nada de lo que descubrió o comprobó en sus andanzas.

"¿Por qué no se metió preso al francés Bernard?" Esta es la cuestión que plantean victoriosamente en la Colonia, como argumento final de siempre renovadas discusiones, todos aquellos que se precian de tener un poco de sagacidad y que han visto más mundo del que se extiende entre los alambrados de las chacras y los rieles de la línea de trocha angosta.

"¿Por qué no se procedió contra el francés Bernard, cuando nadie dejó de advertir la inexplicable relación existente entre la presencia de ese sujeto y la muerte de los otros?" Claro que nadie llegaba a afirmar que Bernard hubiese echado a Legnardi dentro del pozo en que se lo encontró muerto; tampoco nadie aseguraba que el francés hubiese

colgado al criollo Gamarra ni al pobre Alazzio de las cuerdas con que se ahorcaron. "Pero hay muchos modos de matar. Hay muchos modos de hacer morir a la gente"...

La misma señora de Doncel, directora de la Escuela Nacional de la Colonia, una maestra con diploma y que recibía revistas de Buenos Aires, recordaba que con el magnetismo, o con el hipnotismo, u otra fuerza así, se consigue poner a las personas en un estado tal que las entrega sometidas a la voluntad de los demás, sin que puedan negarse a ejecutar cualquier barbaridad que se les mande hacer; aunque sea un crimen.

Y estas cosas no eran fábulas ni fantasías de los libros. En la Colonia vive más de uno que ha visto cosas iguales allá en Italia; y algunos hasta en Rosario, en el Circo Politeama, donde un faquir hacía llorar o reír a cualquiera que se prestaba a ello, solamente con decirle que había ganado la lotería o que le estaban sacando una muela sin inyección, después de haberlo hecho dormir con algunos movimientos de la mano, mientras lo miraba fijamente en los ojos. Es verdad que el inspector de la Defensa Agrícola, en su última jira por las chacras, dijo que en San Martín reíanse a carcajadas de las supersticiones fantásticas de los colonos y de sus sospechas descabelladas sobre el francés Bernard, porque estaba probado en autos —al hombre le gustaba repetir la expresión—; estaba probado en autos, que tanto Legnardi como los otros dos se suicidaron a causa de que entre la crisis, la baja de los precios, la langosta y las deudas, ya no sabían cómo salir del paso y les entró una desesperación que los llevó a cometer aquella locura.

Eso diría la policía de San Martín, naturalmente. Algo tiene que decir la policía para explicar sus fracasos. Pero cuando tres hombres sanos, fuertes, acostumbrados a luchar y padres de familia, además, se matan en menos de mes y medio, y cuando otro hombre —siempre el mismo— aparece mezclado en esos suicidios, no se ne-

cesita ser muy lince para establecer una sugerente conexión entre aquellos dramas y el individuo que directa o indirectamente resulta interviniendo en ellos.

"La chambonada fué —como lo repite hasta el cansancio Prezzolini—, la chambonada fué correrlo a tiros al francés Bernard, en la noche misma del velorio de Gamarra, en vez de agarrarlo y obligarlo a confesar la verdad de las cosas."

Siempre que se procede sin reflexión hay que arrepentirse de una estupidez. Y esto es un axioma en Colonia Piemonte como en cualquier otro punto del planeta.

La verdadera y objetiva relación de los tres suicidios de Colonia Piemonte no disipa totalmente las dudas suscitadas por las glosas con que la condimentan invariablemente los convecinos y amigos de los muertos. Por mucho que se haga para interpretar racionalmente los hechos, siempre queda flotando un trágico ambiente de misterio alrededor de aquello.

Para comenzar por el principio, es menester decir que un día —dos o tres años atrás— apareció en la colonia el francés Bernard. El hombre no era agricultor ni cosa parecida. No se sabe con permiso de quién ocupó un lote de los reservados para edificios públicos; solo con su alma, levantó un rancho de palos, latas, barro y paja, arreglándoselas como pudo para vivir allí. Era un hombre alto, flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una huertita, que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con eso atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos su presencia despertó alguna curiosidad en la colonia, provocando comentarios más bien desfavorables. El tipo no gustaba y hubo quien nunca dejó de recelar de él. Poco a poco, todos se acostumbraron. Al fin, el hombre parecía medio raro; pero no daba razón a las desconfianzas. Después, y por una casualidad, el francés

demostró poseer algunos conocimientos médicos y terminó por ser, a la larga, el curandero de la población. Buena mano para las curas, tenía; eso no lo pudo discutir nadie; sobre todo para arreglar fracturas de huesos era una notabilidad. Ya hubieran querido muchos cirujanos diplomados de Rosario tener su habilidad para colocar un hueso en su sitio, entablillarlo y hacerlo soldar en forma tan limpia que parecía no haberse roto jamás.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquélla, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos les pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quién sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de la colonia, siempre a pie, hablándose en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezongar algunas recomendaciones en una jerga francocriolla que le salía de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentíase muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio y con esa cara de pocos amigos que repelía todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos huraños y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises. Y nadie intentó hacerlo; después de todo, era un ave de paso, cuya procedencia se desconocía y que en cualquier momento se mandaba mudar como había llegado. Cada cual tiene que ocuparse de sus intereses y del estado de sus cosas antes de andar entrometiéndose en vidas ajenas.

Y la situación empeoraba cada día más en la colonia. Ya en los dos últimos años el precio del cereal no dejaba margen ninguno y si no hubiera sido por la rebaja de los arrendamientos y los préstamos en semillas, los colonos no hubieran podido darse vuelta. Se trabajaba con

la esperanza de un mejoramiento que no llegaba jamás. Por el contrario, lo que venía siempre era más malo que lo anterior. Primero fué la "seca" prolongada terriblemente como una maldición de Dios caída sobre la tierra. Más tarde, cuando comenzó a llover, y se confiaba en salvar algo de trigo y el maíz, se presentó la langosta. Día tras día, las mangas de voladora ensombrecieron el cielo y abatieron sus nubes voraces sobre los campos, arrasando los bancales, mutilando las arboledas, envenenando las aguas. En toda la Colonia resonaba el estrépito de latas y subían al firmamento las humaredas de fogatas encendidas para ahuyentar aquel flagelo vivo. Los hombres andaban de aquí para allá, pálidos y rabiosos; las mujeres se lamentaban, desesperadas; los chicos hacían una fiesta infernal de su ensordecedor estrépito de latas y las hogueras levantadas con todo lo que encontraban a mano para quemar, con tal que ardiera y largara bastante humo.

La gente dióse por vencida, abandonándose a un sombrío desánimo. Era inútil luchar más. Lo malo es que si no se trabaja no hay que comer y alrededor de cada uno hay muchas bocas hambrientas. Ante la improbabilidad del cobro, los bolicheros se ponen serios y retiran las libretas de fiado; además, los arrendamientos vencen, y de la sucursal del Banco se reciben papelitos doblados que traen un mensaje de preocupación y angustias. Sólo quedaba la esperanza de que el gobierno hiciera algo; los diarios anunciaban muchos planes; más pasaban las semanas y los chacareros, reconcentrados y sombríos, rumiaban sus problemas frente a los campos pelados y ardidos, mientras colocaban algunas tiras de barrera para defender de la saltona algún pedacito de sembrado todavía verde, debido quién sabe a qué milagro de la naturaleza.

La contaminación de las aguas y la mala alimentación multiplicaron las enfermedades. Nunca anduvo tanto el viejo Bernard como en aquellos días terribles, en cabeza

bajo el solazo, avanzando por los caminos polvorientos, ladrado desde las tranqueras por enflaquecidos perros que se obstinaban en desconocerlo.

Una tarde pasó frente a la chacra de Legnardi; se detuvo y habló largo rato con el colono desde el otro lado del cerco. De las casas, la mujer los vió conversando; y el hijo de los alemanes Hellmuth, que pasó arreando una lechera, cambió con ellos un saludo cansado. Al anochecer, Legnardi entró a la casa callado y pensativo. Comió poco y quedó en el patio, fumando la pipa, cuando la familia se recogió para dormir. Un poco más tarde la mujer lo oyó, entre sueños, pasearse agitadamente de aquí para allá, hablando solo tan acaloradamente como si disputara con alguien.

Cuando se levantaron a la mañana siguiente, los sorprendió su ausencia. Algo después, el mayor de los muchachos, asomándose al pozo, distinguió un bulto en el fondo y comenzó a pedir socorro. A media mañana, entre varios vecinos, sacaron del agua el cadáver del pobre Legnardi.

En la colonia se comentó mucho el suicidio, pero nadie malició nada. Quien más quien menos, todos habían pensado alguna vez en hacer lo que hizo Legnardi, para liquidar de un golpe una situación cada día más tremenda.

Después ocurrió lo de Miguel Alazzio y muchos abrieron los ojos. Un domingo de tarde, la familia regresó de una chacra situada en el fondo de la colonia, donde hubo una fiestita por el bautizo de una criatura. Encontráronse con Alazzio colgado de un tirante del galpón, muerto desde varias horas, a juzgar por lo frío que estaba el cuerpo.

Al hombre se lo había notado bastante raro en las últimas semanas; nadie, sin embargo, pudo presumir que iba a terminar así. Andaba muy nervioso, pasábase días sin hablar casi, y solía hacer misteriosas alusiones a enemigos que lo perseguían implacablemente. A lo último, no

daba un paso sin tener al alcance de la mano la escopeta cargada. Precisamente, el día anterior estrelló contra el suelo un frasco lleno de cierto cocimiento de yuyos que le había recetado Bernard para los dolores de cintura, gritando que a él no lo iban a envenenar, porque él sabía bien cómo defenderse de los envenenadores.

Entonces nadie en la familia tomó atadero a esas palabras. Ahora, se repitieron y comentaron; y los hombres dieron en cavilar. Después de todo, al francés no lo conocía nadie; él les daba esto y aquello y ellos se lo tomaban sin observaciones, sólo porque les salía barato. Durante el velorio, algunos se arrinconaban, fumando sus pipas, y cambiaban recelosas impresiones. Cuatro o cinco mocetones, encabezados por el hijo del criollo Gamarra, recién licenciado de la conscripción, hablaban vagamente de "hacer algo para librar a la Colonia de las desgracias que le habían caído encima desde que cierta persona tuvo la maldita idea de instalarse entre las chacras".

No hicieron nada; pero la gente dejó de llamar al francés; cada cual se curaba como podía. El otro sintió en seguida el aislamiento. Los que pasaban cerca de su rancho veíanlo trabajando otra vez en la huertita, al rayo del sol, más flaco y más alto que nunca, murmurando y manoteando en el aire como era su costumbre. Unos muchachos arriesgáronse a tirarle algunos terronazos y salieron disparando, aterrorizados por las maldiciones del curandero, quien los corrió furiosamente con un palo.

Al fin se produjo la muerte del criollo Gamarra. Este Gamarra era el único habitante de la colonia que creía aún en el francés. Cuando le hablaban de brujerías y de daños, largaba la carcajada, recordando que el viejo aquel, con unas raíces hervidas, habíalo curado en poco tiempo de una enfermedad al estómago, ya crónica, y que le costara una punta de pesos en las píldoras rosadas que recomendaba el almanaque.

Viniendo del pueblo en sulky, Gamarra estuvo parado

largo tiempo frente al rancho del francés, conversando con él desde la calle. Eso lo vieron muchos, pues como el vehículo estaba detenido en el camino real, varios transeúntes, el repartidor de pan entre ellos, cruzaron por el paraje cuando los dos hombres conversaban amistosamente. Gamarra era una de las personas que estaban mejor en la colonia. El campo de la chacra era suyo —lo último que le quedaba de la gran estancia transformada en colonia agrícola— y era propietario de una tropa de carros que en tiempo de la cosecha transportaba cereales, regenteada por el hijo mayor, el conscripto. Todos en la casa contaban después que volvió tranquilo, sin que dijera ni se le notara nada de extraordinario. Repitió ciertas conversaciones oídas en el pueblo, anunció algunos trabajos para el otro día, cenó y fué a acostarse. Nadie en la casa lo sintió levantarse durante la noche. Pero a la mañana siguiente, el primero que se tiró de la cama descubrió a Gamarra ahorcado, pendiente del techo de la piecita que servía de comedor.

La noticia corrió inmediatamente por la colonia, provocando gran excitación en todas partes. Gamarra era un vecino de importancia, había sido juez y estaba considerado como caudillo político de la zona. Todo esto, añadido a las circunstancias que rodearon su muerte, tan sospechosamente igual a las anteriores, fermentó las levaduras de desconfianza y odio sedimentadas por los dramas precedentes.

Muy pocos atreviéronse a dudar, ahora, de que algo, una voluntad misteriosa y perversa, había desencadenado sus siniestros influjos sobre la población de las chacras. El mismo subdelegado policial admitió "como sumamente sospechosa la coincidencia de que el francés Bernard apareciese tan inmediatamente ligado a los tres suicidios consecutivos". Y hasta los más reacios confesaron encontrar "muy extraño el hecho de que el curandero fuese el último que hubiera hablado con dos de los suicidas y que el tercero estuviese bajo su asistencia cuando se no-

taron en su carácter las anormales manifestaciones que finalizaron en el fondo del pozo". Aquello era raro, terriblemente raro.

Una ola de silencioso pavor avanzó sobre la gente de la colonia, colmando las almas de ese oscuro sentimiento de impotencia y miedo que infunde la inexplicable confrontación con lo desconocido. Y el terror mezclábase con la cólera; una cólera irrazonada y ciega que amenazaba explotar en bárbaras represalias.

Aquella noche los hombres acudieron callados y amenazantes a la casa de los Gamarra. Muchos cayeron armados con sus escopetas y revólveres; nadie inquiría el por qué de esas precauciones, como si una tácita inteligencia hubiérase establecido entre todos. Formando grupos, en el patio o en el galpón, cambiaban lacónicas frases, de las que habían desertado las habituales lamentaciones sobre el tiempo y donde ni se mencionaban las esperanzas respecto a medidas gubernativas en favor de los productores agrarios. Hablaban en voz baja de otra cosa. Con cautelosos sobreentendidos, conveníase "en que aquello no podía seguir así" y asegurábase "que algo había que hacer y se haría sin tardanza para limpiar a la colonia de elementos dañinos". Ni uno solo pronunció el nombre de Bernard, pero adivinábase en los ojos bajo las frentes ceñudas, una sola y obsesora preocupación. El hijo de Gamarra recibía significativos apretones de manos, mientras a sus oídos murmurábanse vagas y patéticas promesas. Aquello hízose tan perceptible, que el subdelegado, presente desde temprano con el único agente a sus órdenes, creyó prudente eclipsarse sin más averiguaciones. Su experiencia habíale enseñado que cuando la autoridad no puede impedir ciertas cosas, es mejor que las ignore.

Pero las consecuencias no resultaron, finalmente, tan tremendas como se temían, sea porque los designios fueran menos trágicos de lo anunciado, o bien porque la claridad plenilunar que iluminaba los campos delató a la dis-

tancia al grupo que se acercaba vociferando al rancho del francés. De todos modos, el hombre debía haber olfateado algo y estaría alerta, pues cuando sonaron los primeros ¡Mueras! y las primeras descargas de chumbos estrelláronse contra las maltrechas paredes de la choza, el curandero supo escabullirse entre las sombras del camino, desapareciendo sin dejar rastros de su oportuna fuga. No se le vió más por aquellos pagos.

El rancho ardió como paja seca y a la luz de su lumbrarada algunos se entretuvieron en cazar a balazos las enloquecidas gallinas y los conejos abandonados a su rencorosa furia por el fugitivo. Claro que el subdelegado comprobó más tarde que el incendio se debió a un accidente; a menos que hubiera sido provocado por el mismo Bernard, cuya desaparición corroboró no pocas sospechas, y que fué atribuída por los menos suspicaces a una recidiva de la viaraza ambulatoria que un día lo arrastró hasta Colonia Piemonte quién sabe desde qué punto de la tierra.

Lo que no es obstáculo para que entre los colonos se siga discutiendo el caso. Personas serias como Prezzolini continúan afirmando que si las autoridades hubiesen procedido como correspondía, no les hubiese sido difícil dar con el paradero del prófugo. "Y una vez metido adentro el francés, se habrían sabido muchas cosas" . . .

Súpose un tiempo después que el viejo andaba por Córdoba, asegurándose haberlo visto por la campaña de James Craik o Ballesteros. Sería o no cierto; pero el caso es que alguien trajo diarios cordobeses, donde se leía que por las mismas fechas algunos agricultores de aquella zona habían sido internados en el manicomio de Oliva.

El detective magnífico

Llamábase Joseph Algernon Meeks y en los primeros tiempos de su carrera se le daba jovialmente el nombre de Jam. Por supuesto que mucho tiempo después, cuando se convirtió en una figura fabulosa, en un verdadero mito policial, hubo quienes trataron de explicar el apodo familiar como una alusión combinada a la dulzura engañosa de su carácter y a la tenacidad implacable de sus procedimientos, que terminaban invariablemente por aplastar al delincuente acosado por él . . . (1). Pero todo eso pertcnece al reino de la fantasía. Los camaradas de Joseph Meeks que lo nombraron Jam cedieron a esa amable predilección inglesa por los diminutivos, abreviaturas y "nicknames" que inducía a los ingeniosos amigos de Mr. Peter Magnus, accidental compañero de viaje del filósofo Pickwick, a llamarle alegremente Afternoon (tarde), porque las letras iniciales de su nombre y apellido significaban asimismo Post Meridian. Con el tiempo, nadie en Scotland Yard, ni aún los más irreverentes jóvenes, habría osado recordar que el hombre rodeado de tan legendaria aureola de gloria pudo estar alguna vez al nivel vulgar de un sobrenombre amistoso. Es cierto que para esa época ya no pertenecía oficialmente al cuerpo general de policía londinense; eran muy raros los miembros de la institución que le conocían personalmente, y más raros todavía los que habían trabajado con él o a sus órdenes. Su invisibilidad y sus éxitos resonantes avi-

(1) Jam: mermelada, dulce. To jam: apretar, despachurrar estrechar.

vaban de tal modo la fantasía de la nueva generación de funcionarios del Yard, que muchos de ellos se lo figuraban como una especie de sobrenatural demiurgo, misteriosamente oculto en un sitio recóndito, desde donde su mentalidad ultrapotente desentrañaba los más complicados problemas de la delincuencia, con sólo eslabonar en el cerebro la serie vertiginosa de sus razonamientos, partiendo del trapecio que le armaban los datos concretos con que el Departamento General acompañaba sus consultas.

Porque ninguna persona familiarizada con la literatura llamada policial ignora que los funcionarios de investigaciones de cualquier parte del mundo carecen por completo de las aptitudes requeridas para obtener un mediano suceso cuando se trata de esclarecer crímenes que se apartan de las formas habitualmente asumidas por las proezas de los delincuentes profesionales. Los novelistas del género no dejan dudas sobre el particular. Más allá de las organizaciones oficiales, existe siempre una inteligencia excepcional, enriquecida por infalible experiencia, a la que acuden invariablemente, los funcionarios de aquéllas, cada vez —vale decir todos los días— que un delito sensacional supera la capacidad de sus adocenados intelectos y excede la rutina de su metodología indagatoria.

Las mayores reputaciones del pasado quedaron obscurecidas y olvidadas en Scotland Yard, cuando el primero de una serie de triunfos verdaderamente portentosos descubrió la deslumbradora grandeza del hombre que ha sido el pesquisante más extraordinario de la edad contemporánea. Fué entonces también que comenzó a llamársele "el detective magnífico" ("The magnificent detective"), con que su biografía se ha incorporado al repertorio de las existencias famosas. El calificativo se explica, sabiendo que en Algernon no solamente sorprendía hasta la estupefacción la fulminante rapidez de sus victorias sino que deslumbraba la fastuosa magnificencia de su estilo de investigador. Hasta que llegó a la simplificación ab-

soluta de sus métodos —reduciéndolos a una simple especulación mental que efectuaba en la cama, teniendo al alcance de la mano una mesilla con caviar y champaña—, su arte desdeñaba el empleo de todos esos pequeños recursos que forman el entramado de una pesquisa a lo Sherlock Holmes o a lo Hércules Poirot. Nada de rastreos con lupa, ni de análisis de ceniza de tabaco, ni de inducciones sobre una hebra de cabello providencialmente desprendida de la cabeza del criminal, ni deducciones acerca de la estatura del mismo referidas a la huella dejada en la pared por la bala de un revólver. Tampoco la apelación a los archivos policiales o a las viejas colecciones periodísticas para explicar un crimen cometido en Chelsea por una antigua pelea en la India o un robo de pepitas de oro en el Yukon.

Al principio de su carrera, y hasta que dejó la Superintendencia General, "el detective magnífico" pasaba con las manos metidas en los bolsillos por el lugar del suceso, arrojaba una fría mirada sobre el cadáver o los cadáveres —si los había— y se retiraba en silencio, para encerrarse a meditar, auxiliado por el caviar y el champaña, que constituyeron su exclusivo alimento y bebida desde que estuvo en condiciones de pagárselos. Algunas horas más tarde, la estridente llamada de un timbre eléctrico hacía temblar de sobresalto y gozo a todos los inspectores que esperaban ansiosamente la palabra del jefe. Algunas líneas apresuradamente garabateadas en una hoja de papel daban a los subordinados la clave del enigma e impartían las instrucciones necesarias para proceder. El resto consistía en el trabajo material de arrestar a los designados y prepararlos convenientemente para el jurado y, con mucha frecuencia, para la horca. Cuando Mr. Algernon Meeks, abrumado de gloria y obesidad, dimitió del cargo de Superintendente General, sus métodos fueron todavía más simples y prodigiosos. Mejor dicho, prescindió de cualquier método. Arrojado en el lecho como un cachalote sobre la playa, recibía el pliego

con la consulta y entreabría un solo ojo para leerlo. Después, bebía champaña, consumía caviar y se adormecía. Al día siguiente Scotland Yard hacía llenar las páginas de los diarios de un penique con la crónica sensacional de una victoria.

Sería interminable la relación de los sucesos en que intervino triunfalmente el genio de Algernon Meeks. Todos fueron famosos en su tiempo. Por sus características especiales se suele citar con mayor frecuencia que otros, el caso que se llamó del "juguete chino", asunto en que el detective magnífico realizó la más espectaculosa demostración de la superioridad de las demostraciones de la razón sobre el testimonio de los sentidos. Tres personas declararon haber presenciado el suicidio del arquitecto Geo Lumb, en circunstancias en que departía en el "fumoir" de su casa de South Square, en Westminster, con su íntimo amigo el profesor de física Harold Becket, y a pesar de los desesperados esfuerzos hechos por éste para evitarlo. Algernon Meeks, tomando como base un juguete inventado por Becket, en el que la espada de un verdugo chino pasaba aparentemente a través del cuello de un condenado a muerte sin seccionar la cabeza, demostró que aquél había asesinado a Lumb delante de tres personas situadas a corta distancia, aparentando querer arrebatarle la pistol con que le dió muerte y aplicando al crimen el principio de que el testimonio de los sentidos no pasa de ser un grosero control de la apariencia externa de los hechos.

Otro caso célebre fué el de la joyería de Danby y Duggan, de Black Street, Covent Garden, en que Meeks pudo establecer que el asesinato de Mr. Danby y el robo de brillantes no fué cometido por el sujeto sorprendido frente a la joyería con la valija repleta de alhajas robadas en la mano, sino por el capitán Gray Regent, quien había sido visto diez minutos antes de que fuera perpretado el crimen, bebiendo en su club, situado a buena distancia de Black Street.

Pero lo que elevó su reputación a las esferas de la leyenda fué el esclarecimiento del doble crimen que recibió el nombre de "El trágico misterio del biplano". Un aeroplano procedente de Francia aterrizó en las primeras horas de la mañana en Croydon y las personas que se acercaron al aparato comprobaron, horrorizadas, que el piloto y un pasajero que conducía a bordo, estaban muertos en sus asientos, con las cabezas espantosamente destrozadas a balazos. Lo que hacía más tenebroso el misterio, rechazando la conjetura de que el conductor hubiese asesinado a su pasajero para robarlo, suicidándose por motivos desconocidos antes de llegar a Inglaterra, fué la circunstancia probada de que el aparato descendió correctamente, haciendo una maniobra técnicamente perfecta, en tanto que la pericia forense declaró que el piloto debía haber muerto, por lo menos, cuatro horas antes de que se efectuara el aterrizaje. Informaciones recibidas de París permitieron establecer que el viajero muerto era un cierto Louis Blaquier, conocido financista, quien había embarcado la víspera en Le Bourget, llevando consigo valores por varios millones de francos, los cuales no se encontraron en la cabina del aparato. Consultado telegráficamente, el detective magnífico, su respuesta, rápidamente propalada por la prensa de la tarde, fué la siguiente: "Cadáver Blaquier no es Blaquier; cadáver piloto no es piloto. Necesario encontrar un dirigible". La opinión del famoso pesquisante inglés provocó una excitación universal, transformada veinticuatro horas más tarde en una exclamación de asombro, cuando se conoció un despacho originario de Varsovia que daba cuenta de la captura de un dirigible misterioso y del arresto de sus tripulantes, entre los cuales figuraban el financista Blaquier y el piloto del aeroplano que descendió en Croydon. Las declaraciones de los detenidos establecieron que los cadáveres encontrados pertenecían a dos pobres diablos y que el misterio se resolvía en un doble audacísimo trasbordo aéreo, efectuado por la noche sobre

las aguas del Canal. En cuanto a la maniobra de aterrizaje, efectuada por el aparato, y su macabro pasaje, había sido dirigida desde larga distancia, por medio de un dispositivo eléctrico especial, cuyos planos fueron robados pocos meses antes del yate Electra, barco del ingeniero Marconi, fondeado en el puerto de Génova.

En adelante, nadie vió al detective magnífico, cuya personalidad quedó rodeada de una fabulosa atmósfera de mágica potencia. En las horas interminables de la guardia, los jóvenes funcionarios del Departamento General hablaban de él en voz baja y no se fatigaban de buscar frases hiperbólicas que definieran la grandiosidad de su genio.

—"Al lado de sus ojos, un telescopio no pasa de ser un vidrio de reloj".

—"Comparado con su cerebro, un cronómetro de observatorio astronómico resulta un despertador barato".

—"Es el ojo de Jehová".

—"Es una máquina de discurrir, patentada".

Esta última definición, original del inspector Ritchie, alcanzó inesperada fortuna. En lo sucesivo, los jóvenes funcionarios de la Superintendencia designaban en sus conversaciones al detective magnífico con el nombre de "Patentee".

—Material para "Patentee" — murmuraban cada vez que un robo sensacional, o un crimen rodeado de circunstancias inexplicables, reclamaba la intervención del Yard.

Y el formidable Patentee no fallaba jamás.

Estaba en el apogeo de su gloria cuando se produjo aquella sucesión de enigmáticas tragedias que los diarios de entonces llamaron "Los asesinatos del viernes" ("The Friday's murders ases") y también "Los crímenes de la sarga azul". Todos presentaban una tétrica similitud de caracteres. Siempre la víctima fué encontrada en un aposento privado con una larga aguja de fino acero hundida en el hombro izquierdo, por el vacío superclavicular, que permitía llegar la punta hasta el corazón. En una mano

o en algún sitio próximo al cadáver, aparecía un trocito rectangular de sarga azul, recortado, al parecer, por inexplicable extravagancia criminal, de las ropas del incógnito victimario. Durante seis semanas consecutivas, el día viernes fué señalado por una homicida proeza del asesino de la sarga azul.

Primeramente, fué Sir Henry Benson, Senior, presidente del Bensons Bros. Bank, y una de las figuras más prominentes de la City. Sir Henry fué encontrado a las seis de la tarde del viernes 8 de Octubre, muerto frente a su escritorio, en su despacho privado de las oficinas bancarias de Moorgate Street. El ordenanza que hizo el lúgubre hallazgo declaró no haber visto a nadie después que salió del despacho el tesorero del Banco, Mr. Robinson, quien, interrogado a su vez, hizo una manifestación sensacional. Una hora antes de que fuera descubierto el crimen, había entregado personalmente a Sir Henry, contra un cheque recibido del mismo, la suma de veintitrés mil libras esterlinas que no aparecieron por ninguna parte.

Segunda víctima: el coronel Samuel Shepherd Lexington, V. C., conocido por su valiosísima colección de esmeraldas. El cuerpo del anciano militar retirado fué descubierto por su "valet", en la mañana del sábado, en la biblioteca de su residencia del barrio de Wilton Crescent; estaba reclinado en un ancho sillón de cuero oscuro y un libro aparecía caído a su lado. El instrumento del crimen había sido también el agudo estilete hundido en el hombro hasta el corazón. La colección de piedras preciosas, valuada en más de ochenta mil libras, desapareció tan misteriosamente como el mismo criminal.

Después fueron implacablemente sacrificados el doctor Gallaghan, hecho recientemente "baronet" a mérito de los servicios prestados a la corona durante la última enfermedad de su graciosa majestad el rey Jorge; el bolsista de la calle Old Broad, Mr. Lucas Cushing, y el gran fabricante de artículos químicos John Golden, univer-

salmente conocido como propulsor de la navegación aérea y fundador del premio anual que lleva su nombre para el "recordman" de permanencia en el espacio con el motor parado. Cerróse la siniestra secuencia con la muerte del gerente general de la Westland Assurance Company, Mr. Harold Redstone, asesinado también en su despacho privado, a última hora de un viernes, poco antes del momento en que debía retirarse para reunirse con un amigo en cuya casa de campo proyectaba pasar su "week end". En todos los casos, el crimen había sido ejecutado en idéntica forma y siempre aparecía a modo de dramática seña, el trocito de sarga azul cuidadosamente recortado en forma de rectángulo. Siempre el asesinato fué también acompañado de robo de valores, joyas o cuantiosas sumas en efectivo. Calculábase que el importe total de los objetos y dinero robados debía exceder del medio millón de guineas.

La impresión pública provocada por estos crímenes fué inmensa. Al principio se confió en que el misterioso asesino de Mr. Benson no tardaría en ser identificado y detenido por Scotland Yard; la confianza popular reposaba, sobre todo, en las geniales aptitudes del detective magnífico, a quien se supuso en campaña desde el primer momento, descartándose que, como siempre, la develación del siniestro arcano sería cosa de un momento de atención para Algernon Meeks. Mas, cuando transcurrieron los días y se repitieron los asesinatos, sin que surgiese el más ligero indicio de que el autor o los autores estuvieran al alcance de los sabuesos lanzados sobre su pista, la conmoción del espíritu público ascendió a la categoría de un estado mixto de terror e indignación colectivos. El comentario de los hechos pasó de las columnas de la prensa de penique a las columnas editoriales de los grandes rotativos que influyen sobre la opinión inglesa, y hasta suscitó una interpelación en los Comunes. El gabinete trepidó sobre los agitados cimientos de su mayoría parlamentaria y si no fué derribado por el embate de las

enardecidas masas, ello se debió solamente a que se trataba de un ministerio unionista y nunca se ha dado el caso en la historia de Inglaterra de que caiga un gabinete unionista a consecuencia de un voto de desconfianza provocado por un asunto policial. En Scotland Yard reinaban el desconcierto y el pánico: sabíase que a raíz del quinto crimen, el director general fué llamado a Downing Street por el propio presidente del Consejo, de quien le fué forzoso escuchar expresiones de descontento y frases duramente conminatorias. Lo que llevaba a su punto álgido el desaliento de los funcionarios del Departamento General de Investigaciones era el inexplicable silencio guardado por el infalible Patentee. Vanamente se esperaban con loca ansiedad sus decisivas comunicaciones; el oráculo permanecía mudo e inaccesible. Ni los apremiantes mensajes ni las instancias desesperadas del Superintendente, lograban arrancarlo de su atrincheramiento. Al fin, la duda se insinuó hasta entre los más fanáticos admiradores del detective magnífico; Patentee no daba más de sí porque estaba completamente vacío. Había sonado la hora increíble de su fracaso. Librados a sus propios esfuerzos, los funcionarios del Yard se agitaban presas de la más espantosa desorientación, sintiendo bramar alrededor de sus empleos la tormenta de la indignación del pueblo y de la cólera de los de arriba. Hay que reconocer, sin embargo, que más que su propia impotencia los aplastaba moralmente la certeza desoladora de que el sol se había puesto en los dominios hasta entonces inviolables del más grande genio investigador de la historia. No es exagerado pensar que en el Yard se hubiera aceptado con mayor resignación la pérdida de la guerra que no la evidencia de la derrota experimentada por un pesquisante que, junto con Rudyard Kipling, personificaban las dos glorias más puras del imperio británico.

Dado ese estado de ánimo, júzguese la agitación que provocó la noticia, difundida con celeridad fulmínea por todas las oficinas, de que Patentee había hecho anunciar

su inmediata visita al Superintendente General. Todo el mundo estuvo aquella tarde con una pulga en la oreja en las inquietas dependencias del Departamento General. Una ola de esperanza había invadido los espíritus más pesimistas. El detective magnífico volvía por sus fueros. ¡Rule, Britannia!

Fué recibido en el despacho del mismo Director General, a quien acompañaban en la solemne ocasión el Comisionado y el Superintendente. Cuando el legendario triunfador franqueó las puertas del Departamento, una nube de empleados de toda categoría poblaba los pasillos y lo acompañó en respetuoso silencio hasta su destino. Nadie quería perder la oportunidad, talvez única, de contemplar de cerca la figura misteriosa de aquel Napoleón de la guerra eterna contra la delincuencia. Voluminoso y correcto, el detective magnífico recibió con serena dignidad aquel homenaje de los hombres más hábiles en el vasto ejército que combate contra la delincuencia sobre la superficie del planeta.

Poco después, sentado frente a los grandes bonetes de Scotland Yard, fumando indolentemente un grueso cigarro, entabló con ellos una conversación cuyas consecuencias debían conmover a todo el Reino Unido.

Como de costumbre, su lenguaje fué lacónico y perentorio.

—Anticipo a ustedes la certidumbre de que conozco al autor de los crímenes de los viernes. Aún más; puedo afirmar que terminaron las proezas de Sarga Azul.

De tres pechos brotaron simultáneamente sendos suspiros de alivio.

—Entonces, Mr. Algernon . . . — comenzó, impaciente, el comisionado.

El detective magnífico lo contuvo con un gesto.

—Un momento, si me permiten —agregó en seguida—. Tengo razones especiales para desear que la exactitud de las directivas empleadas por mí para llegar hasta

la identificación del asesino desconocido, sean personalmente controladas por ustedes.

Ante un mudo ademán de aprobación, continuó, retrepándose calmosamente en el asiento:

—Ante todo, formularé una pregunta. ¿Qué persona sería inmediatamente recibida sin vacilaciones y sin temores, y hasta con la más obsequiosa atención, por un banquero, un militar retirado, un fabricante millonario o cualquier otro gentleman perteneciente a la clase directora de Inglaterra?

Sus interlocutores se miraron sorprendidos. Después de un instante de pensativo silencio, respondió el director general:

—Francamente, Algernon, ni estos señores ni yo estamos en condiciones de descifrar su enigma. Son muchos aquellos que se encontrarían en el caso supuesto...

Patentee lo interrumpió, categórico: —No; solamente una categoría de personas; los funcionarios de Scotland Yard.

—Un funcionario del Yard que haya alcanzado cierta categoría — prosiguió ante el asombro de sus oyentes— sólo encuentra cerrada la puerta de su majestad el rey de Inglaterra. Convengan ustedes en ello. Nadie en todo el territorio del Reino Unido se niega a recibir a un miembro calificado del Departamento de Investigaciones, sea cuál fuere la hora, el sitio y las circunstancias de la entrevista. Y eso porque ningún súbdito inglés alberga en su ánimo la menor duda acerca de la honorabilidad y eficiencia de un funcionario de este cuerpo...

Muy excitado, el Superintendente le interrumpió:

—¡No pretenderá usted, Algernon —exclamó— que el autor de esos hechos que han horrorizado a todas las conciencias honradas de Inglaterra sea...!

—Afirmo —articuló fríamente el detective magnífico— que el autor de los crímenes de los viernes es un miembro superior del Departamento de Investigaciones de Scotland Yard.

Los tres hombres intentaron débiles protestas, inmediatamente dominadas por la abrumadora autoridad de su interlocutor.

—Exijo —continuó éste— que cada uno de los funcionarios del Departamento, los jefes inclusive, prueben el empleo de su tiempo en los días y durante las horas en que fueron cometidos los crímenes de Sarga Azul.

El Comisionado se encogió de hombros.

—Después de todo —murmuró—, la comprobación es fácil. — A una señal suya, el Superintendente se precipitó sobre el teléfono.

Siguió un cuarto de hora de apacible espera. Por fin, alguien llamó quedamente a la puerta; un empleado de secretaría penetró al despacho, depositando un abultado legajo sobre la mesa y retirándose acto continuo.

Con aparente calma, el Comisionado hojeó cuidadosamente los papeles, volviéndose al cabo hacia el detective magnífico.

—Todo está en regla. Treinta y cuatro inspectores han establecido el alibí. También está controlado el empleo del tiempo de los funcionarios superiores aquí presentes. Puede usted examinar el legajo, Algernon — concluyó.

—Es inútil —replicó blandamente aquél—. Ya sabía que todo debía estar en forma. Pero me permito observarles que allí falta un dato.

Los otros lo miraron curiosamente.

—Sí —insistió Patentee con acento grave—. Falta el informe referente al Superintendente General "ad honórem", Joseph Algernon Meeks.

El director general refirió más tarde que en aquel instante una idea absurda cruzó, relampagueante, por su mente. Simultáneamente, tres pares de inquisitivos ojos claváronse en el detective magnífico. Este, extraordinariamente pálido, bajó la cabeza. Las miradas de los otros siguieron el movimiento nervioso de su mano izquierda. Los dedos tamborileaban temblorosos sobre el zurcido de

un remiendo cuadrangular que apenas se distinguía cerca del bolsillo de su americana de sarga azul.

Puesto bruscamente de pie, el Superintendente habló con ronca voz:

—"Joseph Algernon Meeks, arresto a usted en nombre de la ley, acusado de los delitos reiterados de robo y asesinato. Advirtiéndole que cuanto diga desde este instante puede ser invocado contra usted en su proceso".

Diez minutos más tarde, Scotland Yard era una alborotada colmena. Nadie quedó en su puesto y en todas partes todos hablaban a la vez. Jamás se había presenciado espectáculo igual en el viejo edificio, y es poco probable que vuelva a ocurrir algo que remotamente se le asemeje. Cuando Algernon Meeks salió conducido para Brixton, la sombra de la tragedia cayó sobre el Departamento de Investigación Criminal.

Una hora después, a tiempo que las luces del alumbrado público iniciaban su cotidiano combate contra el brumoso crepúsculo vespertino de Londres, las ediciones "extras" de los diarios populares propagaban bulliciosamente la sensacional información. Hasta el más remoto lugar del mundo civilizado llegó instantáneamente la vibración de la onda lanzada a los espacios. El juicio del detective magnífico fué rápido y, contra lo que se esperaba, nada fértil en sorpresas. Ni la perceptible benevolencia del jurado ni la excitación del público que asistía al juicio, consiguieron sacar al acusado de la fría reserva en que se confinó desde el primer instante. Admitió la exactitud de las imputaciones del séxtuple asesinato y robo formuladas por el acusador fiscal, mas no añadió un solo detalle acerca de los hechos, guardando idéntico silencio respecto al destino de los cuantiosos valores y joyas robados. Por cierto que su obstinado silencio sobre el particular produjo un sensible cambio en los sentimientos del jurado acerca de su persona. Aquel digno cuerpo de comerciantes, industriales y rentistas podía contemplar con cierta indulgencia los extravíos de un miembro de la

sociedad; pero no contemplaba sin la máxima indignación su condenable propósito de impedir el rescate de las riquezas substraídas al patrimonio de las gentes honradas.

"La vida de un inglés es respetable —explicó severamente uno de sus miembros—, pero su propiedad lo es infinitamente más".

Joseph Algernon Meeks fué declarado culpable por unanimidad y el Tribunal lo condenó a muerte sin que se intentara a su favor el habitual recurso de gracia. Cuando conoció el veredicto, una singular expresión de calma reemplazó en su semblante a la dolorosa ansiedad que hasta entonces reflejábase en él. Saludó cortésmente al tribunal y se retiró, acompañado de sus guardianes. Sus postreras veinticuatro horas en Wormwood Scrubbs fueron ejemplares. Pidió los diarios de la semana última y los leyó cuidadosamente, quedando extraordinariamente tranquilo cuando terminó su lectura. Por concesión especial, recibió la visita de algunos antiguos compañeros del Yard, quienes lo encontraron tan inmutable como cuando inspiraba victoriosamente las pesquisas del Departamento en lo Criminal. Sólo al retirarse sus visitas, al escuchar las balbucientes frases de condolencia de éstos, interrumpiólos para decir fríamente, brillando en los ojos un extraño fulgor de fanatismo:

—"Todo esto carece de valor. Lo importante es que el honor de Scotland Yard no haya sido manchado con un fracaso. Bendigo a Dios por ello".

Dichas palabras fueron su testamento; desde entonces no habló más. Por la noche hizo una discreta colación de caviar y champaña —suprema atención de sus antiguos subordinados del Departamento Criminal— durmiendo después reposadamente hasta la hora fatal. Se lo ahorcó a la madrugada y la cuerda resultó lo bastante fuerte para no romperse con el peso de su cuerpo, cuando la trágica báscula se hundió bajo sus pies.

Este es el final conocido de la historia del detective

magnífico. Pero ella tiene un epílogo que durante muchos años constituyó el secreto de varias personas, entre ellas el propio Superintendente General, de quien puede decirse, en cierto modo, que fué el autor de ese ignorado capítulo suplementario.

Comenzó el asunto por el descubrimiento de una curiosa comunicación, en uno de los periódicos encontrados en la celda que ocupara Algernon Meeks. Era un breve recuadro en cuerpo seis, redactado así: "J. A. M. Aceptado. Cesación total negocios, parto avión Continente, Friday."

Esta lectura dejó pensativo al Superintendente, quien la comunicó al director, el cual, a su turno, se puso serio y silbó suavemente entre dientes. La gravedad de su expresión se intensificó cuando escucharon de cierta persona, que resultó ser el sastre del ejecutado detective magnífico, una declaración que aquél no pudo hacer ante el jurado por encontrarse, cuando se sustanció el proceso, hospitalizado a consecuencia de un síncope cardíaco. El tardío testigo expuso que el traje de sarga azul vestido por Algernon Meeks la tarde que provocó su sensacional detención le había sido entregado en la misma mañana de su visita a Scotland Yard; y en cuanto al delator rectángulo zurcido, fué una extravagancia de su cliente que el digno artesano no se había podido explicar.

Esta revelación produjo dos efectos. El primero, una sombría conferencia entre las tres cabezas más elevadas del Yard, la cual terminó con esta cavilosa observación del Comisionado:

—"El dijo antes de morir que lo importante era salvar el honor de Scotland Yard".

El segundo efecto fué una investigación que permitió establecer que el único avión partido de Inglaterra el día del misterioso aviso, fué, precisamente, aquel aparato que se precipitó al mar, cerca de las costas de Francia, en una catástrofe que causó la muerte de todos sus pasajeros. Evidentemente, fuese quién fuere el desconocido Friday,

sus negocios habían cesado en forma que él mismo ni remotamente pudo presumir.

La consecuencia de todo esto fué una nueva conferencia en muy alto sitio; y de ésta, a su vez, resultó la visita de cuatro personajes a una tumba anónima sobre la que se colocó entonces una losa con la siguiente inscripción:

"J. A. M. The magnificent detective".

Antes de alejarse, uno de los cuatro asistentes, sacando un lápiz del bolsillo, escribió, en francés, al pie:

"Maintenant, plus que jamais" (1).

(1) Ahora más que nunca.

Un Bandido

—Eramos dos hombres... ¿Dos hombres? Bueno; otra vez podíamos considerarnos hombres, después de haber sido durante cuatro años un número sobre una vida, allá en el penal. ¡Oh!, ya sé que esta confesión no me favorece y es posible que haya disipado el principio de simpatía o de piedad que pude inspirarle. En un presidiario cumplido hay siempre un reincidente en potencia, pensará usted, como lo han pensado tantos otros antes de usted. ¡Bah! Después de todo, eso no tiene importancia; no ignoro que he de volver allá por el resto de la existencia y nada significa para mí el aparecer un poco peor de lo que realmente soy ante el juicio de los demás. Usted se preguntará por qué hablo entonces. Difícil explicarlo; yo mismo no podría saberlo. Es claro que siempre se cuentan las cosas a un abogado defensor; pero no es por eso solamente. Me parece que todos experimentamos alguna vez una irresistible necesidad de confiarnos a alguien, aunque en el fondo, poco nos importe saber si seremos creídos o no. Yo creo que dentro de nosotros —¿en la conciencia, diríamos?— los sentimientos forman algo semejante a un obscuro océano que sufre ascensos y descensos como las mareas. En ocasiones, el nivel es tan alto que las aguas rebosan necesariamente al exterior. Entonces hablamos sin causa aparente y sin objeto; hablamos, hablamos, hasta sentirnos libres de una porción ya intolerable de ese peso interno. No se sorprenda que yo hable así, doctor; he leído también algunos libros y andan por ahí ciertas personas altamente colocadas que acaso mencionen mi nombre cuando evoquen sus recuerdos del colegio nacional. Pero todo eso ya pasó y no hay por qué volver sobre ello...

¿Le dije que éramos dos hombres? El otro salió de allá juntamente conmigo y llevaba acumulado en su ser tanto odio contra todo como el que sentía latir yo mismo dentro de mi alma. Porque le puedo asegurar, señor, que ni en el infierno, suponiendo que haya efectivamente otros infiernos, se junta tanto rencor como entre los que ven pasar los días desde las celdas y los patios de un presidio. Allí todo se transforma en odio. El odio es la única fortuna que capitaliza un penado. Todas las noches se enriquece con una partícula más y todos los días se intensifica en el deleite amargo de su propia contemplación. Puedo decirle que sólo el odio nos impide enloquecernos de rabia y desesperación.

Desde la mañana estábamos allí, cerca de la casa que alzaba su masa obscura frente a nosotros. Agazapados en el maizal, observamos durante todo el día las idas y venidas de la gente de la chacra. En realidad, no había muchas personas. Además de Schulze, el colono, su mujer y un chico, que mientras hubo sol correteó incansablemente por la huerta. Después de todo, ahora verá usted cómo aquella criatura decidió el rumbo de dos destinos.

Llegamos hasta allí al cabo de cuatro días de viaje. Generalmente marchábamos a pie; otras veces, cuando podíamos, en alguna estación de tránsito, aprovechábamos la parada de un tren de ganado para meternos en un vagón vacío, o entre las patas de los animales, si se daba el caso de que fueran lanares... Algo he leído sobre las sensaciones que experimenta el cautivo cuando respira nuevamente el aire de la libertad. ¡Sería cosa de reírse, si la rabia lo dejara reír a uno! La libertad es otra pena para el cumplido. Me gustaría que esos poetas confrontaran sus líricas efusiones con la brutal realidad de la vida de un hombre que siente cerrarse tras de sí las puertas de la cárcel y es arrojado de nuevo a la circulación, sin recursos y sin ayuda, sintiendo rondar alrededor la odiosa hostilidad de las que se llaman per-

sonas honradas. Si no fuera que uno sale empujado por una feroz aspiración de venganza, la verdad, señor, preferiría quedarse para siempre allá dentro, en donde, por lo menos, ya está hecho el hueco en donde es posible seguir acomodado; como un perro, pero acomodado. ¿Alegría de la libertad? Déjeme largar una carcajada, aunque mi risa parezca otra cosa. Se sale con miedo y odio; con miedo y odio se mira hacia adelante hasta . . . que ocurre cualquier cosa que da un motivo nuevo a nuestra obligación de vivir.

Ahora me preguntará usted por qué fuimos a ese pueblo y no a otro. La respuesta es sencilla. En ese pueblo, precisamente, hay una casa donde vivía una mujer, que era la mía, y un chico, que era mi hijo. ¿Me comprende ahora? La mujer. . . Bueno, ¿para qué entrar en detalles que no interesan? Al chico lo había visto por última vez cuando era una cosita redonda, movediza y alegre, que no tenía dos años y arrastraba sus polleritas por toda la casa. Uno puede ser lo que sea, señor, pero todos tenemos un puntito del corazón que no se puede tocar con rudeza porque es tan sensible como el de cualquier otro. Hacía cuatro años que no había visto ni oído a mi chiquilín y no pasó noche, cuando estaba encerrado en aquel infierno, que no me durmiera pensando que alguna vez sentiría nuevamente sus bracitos alrededor de mi cuello y la mejilla tierna y suavecita frotándose contra mi áspera cara de penado. En cuanto a la mujer. . . No era mala; pero su gente la convenció de que un perdido como yo no merecía ni su cariño ni su recuerdo. No le hago cargos a nadie; pero no se negará que es duro para un hombre eso de estar cuatro años sin tener noticias de la mujer que ha sido su compañera —y que ha querido, ¿por qué voy a mentirle?—, ni de la criatura que anduvo haciendo rodar su vidita bajo nuestros ojos. Sólo de vez en cuando, por referencias indirectas, informábame de que ella vivía sola en el pueblo, en la misma casita que fué nuestra, y que el chico

no se separaba nunca de su lado. Le escribí antes de salir, por más que no sabía ya cuáles serían mis sentimientos cuando la volviese a ver.

De todos modos, salí con la obsesión de llegar al pueblo y acercarme a mi casa para encontrarme otra vez con ella. Yo lo tenía bien pensado. No estaba seguro de que pudiera rehacerse todo lo que se había deshecho cuando nos separamos; pero le rogaría que ensayáramos otra vez para poder vivir al lado del chico. Yo soy un bandido, señor, es la verdad; puede creerme, con todo, que entonces mis sentimientos eran sinceros. Además, hay una cosa que no sé si a todos ocurrirá. Yo —¿cómo explicarle?— no me sentía un hombre más perverso que los demás. Siempre me ha parecido bastante ridícula una palabra que se emplea con mucho énfasis por los moralistas profesionales, cuando se trata de un hombre que deja atrás una existencia delincuente, para ponerse a trabajar sencillamente como cualquiera. Me parece una tontería decir que yo había salido con propósitos de regeneración; la verdad, sin embargo, es que quería hacer otra vida y no me parecía difícil descubrir en alguna parte cualquier trabajo para mantener a mi mujer y al muchachito, si ella aceptaba reunirse otra vez conmigo. Cierto que mi corazón estaba cargado de odio contra todos los que habían seguido indiferentemente el curso cómodo de su existencia mientras yo me consumía como un despojo miserable bajo la vigilancia de los guardianes. Con todo, estaba seguro de que si podía llegar y hablar con ella, y si ella no rechazaba mi propuesta, en el mundo se abriría un camino nuevo delante de mí.

El otro se vino conmigo porque no sabría qué rumbo tomar y se pegó a mi persona como podía haberse cortado solo hacia donde mejor le acomodase. ¡Ojalá lo hubiese hecho, para bien de los dos! Era un tal Acuña, correntino, y con una fama tremenda, allá mismo, donde no se concede así no más una reputación semejante. Pero adentro fué un buen compañero para mí; mentiría

si dijera otra cosa, señor. No sé cuáles serían sus planes, porque Acuña siempre fué hombre de hablar poco. Cuando yo le exponía los míos quedaba callado, y me observaba con atención, clavándome la mirada de aquellos ojillos hundidos y duros que pocos podían resistir, como si quisiese comprobar la sinceridad de mis propósitos. Después he pensado que nunca creyó verdaderamente que yo hablase con seriedad; tal vez me conocía mejor que yo mismo. ¡Vaya uno a saber! El caso es que si se resolvió a venir conmigo es porque ya tendría sus designios formados, como los hechos lo demostraron más tarde.

Desde la última estación marchamos por la noche, a pie, cortando campo cuando se podía, en dirección al pueblo. No le oculto, señor, que yo me sentía muy contento; unas horas más y tendría otra vez cargado en los brazos a mi chiquilín. Debía de estar grande ya y me entristecía un tanto la idea de que ni se acordaría de su padre, después de tantos años transcurridos. También me cruzaban por el espíritu algunas ráfagas de inquietud ante la incertidumbre de cómo sería recibido por ella. ¿Y si me rechazaba? ¿Y si me negaba al chico? Entonces, sí, agitábanse allá en el fondo de mi alma todas las malas pasiones sedimentadas en ella durante cuatro años de presidio.

Con todo, era más fuerte la esperanza que los temores; algo me hacía presentir que estaba cercana la terminación de la negra pesadilla de mi vida. Si uno pudiera adivinar lo que le prepara el destino . . .

Caminábamos en la obscuridad de los callejones, bordeando los alambrados bajo la serenidad de las estrellas. De vez en cuando, delataban nuestro paso ladridos de perros que nos seguían largo rato en el silencio de la noche. Yo hablaba y hablaba. A mi lado, Acuña adelantaba en silencio; a la luz del cigarro se le distinguía la cara bajo el ala gacha del sombrero. De pronto

cortó mis confidencias con aquella voz medio chillona que tanto contrastaba con su maciza corpulencia:

—Sos un infeliz, vos. Vas a llegar a tu casa con la ropa hecha hilachas y sin un peso en los bolsillos y pensás que te recibirán haciendo fiestas.

Chupó el cigarro, cuya lumbre le iluminó la cara, y repitió:

—Siempre has de ser el mismo infeliz.

Bueno, señor; si le digo que la observación me dejó frío, no dejará de creerme. Hasta ese momento, ni se me había ocurrido pensar que cuando un hombre vuelve a su casa después de algunos años de ausencia —¡y qué clase de ausencia!—, debe llegar con algo más que una facha de "linghera" roñoso y los bolsillos completamente pelados. Al principio no supe qué responder; pasados unos minutos, contesté, desalentado:

—¿Y qué le voy a hacer?

Seguramente, él tenía sus proyectos rumiados, porque me replicó inmediatamente, como con rabia:

—Hacete de plata, infeliz. Cuando se es hombre, eso no cuesta mucho.

Caminamos sin hablar durante un largo trecho. Después, Acuña insistió. ¿Qué quiere que le explique, señor? Tampoco trataré de disculparme; ni valdría la pena ahora. Me convenció sin mucho trabajo.

Como yo conocía el pueblo y él no, le mencioné a los Schulze, unos colonos alemanes que cultivaban una granja a la salida de la población. Tenían fama de adinerados y se decía que guardaban siempre una fuerte cantidad en casa, pues el alemán no dejaba de hacer algún negocito cuando se le presentaba la ocasión. El golpe podía ser fácil.

Ya le he dicho, señor, que no pretendo aparecer mejor de lo que soy. Pero las razones de Acuña me parecieron tan evidentes que se me representó la imposibilidad de entrar en mi casa sin llevar un poco de dinero en los bolsillos. Me serviría para los primeros gastos, per-

mitiéndome también hacer algún regalito al mocoso. Le juro que acepté la cosa como una fatalidad inevitable, mas no desistía de mis propósitos primitivos. Continuaba viendo a lo lejos una luz; aunque sabía ahora que era necesario atravesar una nueva zona tenebrosa antes de llegar hasta ella. Sería la última.

Faltaban todavía un par de horas para aclarar y necesitábamos igual tiempo para cubrir la distancia que nos separaba de los alambrados de la quinta de Schulze. Resultaba muy tarde ya para dar el golpe aquella noche; además, Acuña observó que era conveniente hacer un estudio previo del terreno, a fin de evitar cosas imprevistas. Por mi parte no me opuse. Estaba tremendamente cansado y sabiendo que debía esperar veinticuatro horas más para ver al chiquilín; la fatiga se me vino encima como una carga aplastadora.

Todo el día permanecimos tendidos entre el maizal. Eramos dos hombres otra vez, pero sentíamos toda la animalidad salvaje de dos fieras al acecho. Es una cosa terrible saber que uno está aguardando la ocasión propicia para matar a otro hombre; porque en los ojos de Acuña yo leía claramente el designio siniestro de matar.

La espera fué larga y pesada. No teníamos provisiones y mitigamos el hambre comiendo crudos algunos choclos apenas macollados. Acuña rezongaba maldiciones, brillándole la mirada con fulgor asesino. Desde nuestro apostadero veíamos el ir y venir de la gente de la casa. Por más que habían pasado algunos años, reconocí inmediatamente a los Schulze, tanto al marido como a la mujer, cuyos agudos gritos, cuando llamaba a las gallinas o espantaba a los perros, llegaban distintos hasta nosotros. Lo que me tenía sorprendido, era el chico; nunca les había conocido hijos, y no me explicaba la presencia de aquella criatura que andaba correteando por todos lados. Hasta me conmovió un poco, porque me hizo acordar de mi chiquilín; en aquellas horas andaría también de un lado para otro por el patiecito de la

casa. Me dió pena el pensar que el chico podía despertar y asustarse cuando entráramos aquella noche, si bien me tranquilizaba el recuerdo de que el sueño de las criaturas es tan profundo que nada los puede arrancar de él.

Al caer la tarde tuvimos una satisfacción. El colono ató el sulky, cargó en él algunas cosas y se despidió de la mujer y el chico. Por la despedida y el camino que tomó, comprendimos que no iba al pueblo ni volvería en aquella noche.

—Esto se pone fácil — comentó Acuña.

Yo también me alegré, porque, aun cuando estaba resuelto a conseguir plata, me repugnaba la necesidad de derramar sangre, cosa que fatalmente habría ocurrido si el colono hubiese estado en la casa.

—Con asustar a la mujer estará todo listo y el chico ni sentirá nada — observé a mi compañero.

Acuña me miró de reojo y se rió bajito, con aquella risita suya que impresionaba más que una amenaza. Enseguida quedó serio y contestó con un tono que daba miedo:

—De todos modos, aunque sienta, no va a chillar mucho.

Esperamos que se apagara la última luz de la casa para acercarnos cautelosamente a ella. Un par de perros habían seguido tras el sulky del colono y los otros debían andar lejos, porque no toreó ni uno solo.

Las puertas estaban cerradas y bien aseguradas. Dimos vuelta alrededor de la casa; en la parte trasera, una ventana sin reja permitía ver el interior, a través de la cortina de alambre tejido que cubría el vano. La entrada por ahí no ofrecía dificultades. En ese momento sentí que Acuña me deslizaba en la mano una cosa pesada y fría:

—Tomá.

Era un trozo de hierro que había recogido en el patio.

Con la hoja de su cuchillo levantó sin ruido el borde inferior de la red de alambre, mal ajustada al contra-

marco por algunos clavos. De un salto estuvimos dentro de la habitación, que resultó ser un comedor, a la vez que depósito de productos de huerta. Entretanto, se había levantado la luna, un brillante cuarto creciente que dispersaba su resplandor por la abertura de la ventana, de modo que pudimos orientarnos a su claridad. Nos dirigimos hacia una puerta lateral después de escuchar un instante; el rumor de una ruidosa y acompasada respiración nos hizo comprender que la pieza contigua debía ser el dormitorio.

—Vení, y cuidado con hacer pavadas — murmuró, amenazante, Acuña.

Debió haber adivinado mis intenciones, porque en ese instante me había asaltado la idea de ganar la ventana de un brinco, tirarme afuera y alejarme de allí. Con eso no quiero significar, señor, que sintiera un acceso de virtuoso arrepentimiento; no me gustaba el asunto y nada más. Yo sería lo que fuera, pero me parecía repugnante, en tal momento, eso de robar entre dos hombres a la pobre mujer que dormía tranquilamente del otro lado de la pared. Cosas que uno piensa a veces . . .

Las palabras y el tono de Acuña paralizaron mis propósitos; lo seguí callado y franqueamos la puerta. Estaba bastante oscura la pieza y con trabajo alcanzamos a distinguir, en un ángulo, una gran cama alta donde dormía una persona.

—Dejame a mí y vos atendé hacia afuera — recomendó Acuña, acercándose a la cama. Me quedé en el sitio, apretando el hierro entre las manos. Mi compañero se echó sobre la mujer, convencido de que podría atarla y amordazarla durante el sueño; la alemana, sin embargo, debió haber sido nerviosa, porque despertó apenas la tocaron y se incorporó en la cama, lanzando un grito, sofocado por una mano de Acuña, que le tapó rudamente la boca. Forcejeaban confusamente en la sombra, cuando Acuña largó una maldición:

—¡Grandísima perra! . . .

Sin duda lo había mordído en la mano, porque le soltó la cabeza echándose hacia atrás. La mujer aprovechó el respiro para tirarse al suelo, gritando otra vez. Entonces... Bueno; la puñalada debió cortarle la garganta, pues cayó de nuevo sobre la cama, dejando escapar un ronquido que terminó en una boqueada horrorosa. Por si acaso, Acuña la sujetó de nuevo.

Yo miraba aquello, sintiendo que me helaba hasta los huesos, cuando a mi lado se levantó un desesperado llanto infantil. Con la cara descompuesta de miedo, medio desnudo, estaba el chiquilín parado en medio de la pieza, casi al alcance de mi brazo. Encontraríase durmiendo en el otro rincón, en una camita chica que ahora se veía bien, y lo arrancó al sueño el ruido de la lucha. Podrá creerme o no, señor, pero le juro que la presencia de la criatura, saltándosele los ojos en la carita desesperada, me dejó inmovilizado. Hubiera preferido mil veces que fuera un hombre armado y no aquel bultito tembloroso.

Quedamos un segundo en suspenso, mirándonos, el chico y yo; después éste corrió hacia la puerta, lanzando un clamor desesperado.

—¡Atajalo, maula! —me gritó Acuña, quien seguía sosteniendo a la alemana—. ¡Atajalo antes de que salga!

Yo no sé lo qué pasó por mí, señor; miedo y rabia a la vez. Pero aunque viva mil años nunca me olvidaré de la mirada que me echó la criatura, dando vuelta la cabecita, cuando ya era tarde para detener el golpe que le asesté con el hierro. Rodó delante de mí, sin lanzar un grito.

Me hicieron reaccionar los tirones de Acuña, que me apremiaban:

—Hay que apurarse ahora, compañero. Esto se ha puesto feo y lo mejor es mandarse mudar antes de que venga gente.

Registramos apuradamente los muebles; en un estante

del armario, debajo de unas sábanas planchadas, encontramos un rollo de billetes.

—Nos lo repartiremos más tarde —dijo Acuña—. Ahora hay que salir de aquí.

Unos minutos después estábamos otra vez en el camino. Evidentemente, nadie había oído los gritos. A lo lejos, ladraban perros. Yo caminaba en silencio y Acuña me seguía sin articular palabra tampoco. Le declaro la verdad, señor; en aquel momento sólo veía en la obscuridad la manchita blanquecina de la cara del chico y escuchaba el crujido de los huesos del cráneo rotos por el golpe. Al fin Acuña preguntó:

—¿A dónde vamos?

—A casa — respondí yo, apretando el paso.

Sentía una urgencia anhelosa de ver a mi mujer, de sentir a mi hijo, de hacer algo que borrara de mis ojos y oídos el recuerdo de aquel horror que dejábamos atrás.

Acuña resolvió acompañarme.

—Me dejás pasar esta noche en tu casa y mañana temprano me voy. No conviene que nos vean juntos por aquí — arguyó.

Me encogí de hombros y seguí adelante. El marchaba a mi lado, silbando bajito.

Ya entrábamos en la calle de acceso al pueblo. Una a una, pausadamente, desprendiéronse del campanario las notas de un reloj. Las once. Descendía nuevamente la luna, hundiéndose en la masa algodonosa de un profundo nubarrón. Dos cuadras más allá estaba mi casa. ¿Me esperarían?

No me pida más detalles, señor. Me faltan fuerzas para seguir.

Sólo le diré que apenas llamé se abrió la puerta y apareció mi mujer en una habitación muy alumbrada. En cuanto nos miramos comprendí que aquello que yo había pensado no pasaba de ser un fantástico disparate. Instantáneamente me persuadí de que los dos estábamos separados por años de tiempo y leguas de espacio.

Entramos y sorprendí la mirada de asombro que ella dirigió a mi compañero. Verdaderamente, a la clara luz de la lámpara, Acuña aparecía con una espantosa facha de facineroso. En la cintura le asomaban por entre las ropas las cachas negras con clavos dorados de la cuchilla.

Apenas cambiamos algunas palabras. Yo no sabía qué decir ni ella tampoco; pero tenía la sensación de que allí no había nada de común conmigo y que unos minutos más tarde abandonaría para siempre aquella casa. ¿Me creerá si le digo, señor, que me había olvidado por completo de mi chico? De pronto se me ocurrió preguntar por él, sin mayor interés, como quien acude a un tema cualquiera de conversación para resolver una situación tirante.

Me contestó . . . ¿Usted cree en el presentimiento, señor? Bueno; antes de que ella hablara, tuve la impresión de que sus palabras iban a caer como una condenación sobre mi vida.

Sonriendo por primera vez desde que llegamos, ella respondió, mirándome apaciblemente a los ojos:

—¿El chico? Estuvo un poco enfermito y lo tengo hace ocho días en la chacra de los Schulze. Mañana . . .

¿Comprende, señor? . . . ¿Comprende? . . . Yo sé que los diarios han hablado de brutal perversidad, ensañamiento feroz y otras cosas así. Dicen que cuando me sacaron de encima del cuerpo de Acuña lo había crucificado a puñaladas con su propio cuchillo; que lo había despedazado con los dientes y las uñas. Dicen que nadie se explica por qué lo maté. Dicen . . .

En fin, señor, no nos ocupemos más de eso. Tampoco acepto su defensa. ¿Para qué? El presidio es un infierno, lo conozco bien. Pero el recuerdo es peor que el presidio hasta para un bandido como yo.

F I N

INDICE

Terror 5
Cazando nutrias 17
El llamado 25
El vado 35
Escalera real 45
Artículo 52 59
Bajo la tormenta 71
El especialista en divorcios 83
Un mensaje del más allá 99
El misterio de los tres suicidas 115
El detective magnífico 125
Un bandido 141

Colección Claridad

República Argentina. — Digesto Constitucional. Un gran tomo de 608 páginas con la Constitución Nacional, las de las catorce provincias, ley de territorios nacionales, límites y régimen municipal de los mismos, tomados de textos facilitados por los gobiernos de cada provincia. — Unica edición en su género, esmeradamente impresa . . . . . 2.—

,, *Código Civil.* — Leyes complementarias y modificatorias. Guía índice alfabética por materias . . . . . 2.—

,, *Código de Comercio* . 1.—

,, *Código de Procedimientos en lo Civil y Comercial* . . . . . 1.—

,, *Código Penal y Código de Procedimientos en lo Criminal.* — Leyes complementarias de ambos códigos 0.50

,, *Ley de Propiedad Intelectual* 0.30

,, *Ley de Quiebras* 0 30

,, *Leyes de la Nación.* — Sancionadas en el período extraordinario de 1932 . . . . . 0.50

,, *Leyes de la Nación.* — De la número 11.684 a la 11.835. Sancionadas durante el período de sesiones del año 1933 . . . . . 1.—

,, *Leyes de la Nación.* — De la número 11.836 a la 12.161. Sancionadas en el período ordinario y extraordinario de sesiones del año 1934 y 1935 . . . . . 1.—

Renn, Ludwig. — *¡Guerra!* 0.50
,, *Post Guerra* 0.50
Latzko, Andreas. — *Los hombres en guerra* . . 0.40
F. Von Unruh. — *Camino del sacrificio* 0.50
Frank, Leonard. — *Hermano y hermana* 0 70
,, *El hombre es bueno* 0 50
Enders, Frank Karl. — *La guerra de los gases* . . 0.50
Yunque, Alvaro. — *Lectura libre* . . . . . 1.—
,, *Lectura libre* (en papel Vergé) . . . . . 2.—
Soriano, Rodrigo. — *España bajo el sable* 0.50
Guijarro, Juan. — *Barret sintético* 0.50
Marx, Carlos. — *El Capital* 0.50
Alberdi, Juan Bautista. — *Cartas quillotanas* . . 0.50
,, *Bases* 0.50
,, *El crimen de la guerra* 0.50
Sarmiento, Domingo F. — *Las ciento y una* . . 0.50
,, *Recuerdos de provincia* 0.50
,, *Argirópolis* 0.50
George, Henry. — *La condición del trabajo* . . 0.50
Blasco Ibáñez, Vicente. — *El caballero de la Virgen* 0.50
Cané, Miguel. — *Juvenilia* 0.40
Di Filippo, Luis. — *Nuestro tiempo* 0.50
De Amicis, Edmundo. — *Corazón* (El diario de un niño) 0.50
Ameghino, Florentino. — *Doctrinas y descubrimientos* 0.50
Kuhnert, A. A. — *Frente de guerra de las mujeres* 0.50
Castelnuovo, Elías. — *Larvas* 0.50
Delly, M. — *Flores del hogar* 0.50
Glyn, Elinor. — *Amor triunfante* 0.50
Coca, Joaquín. — *El Contubernio* 0.50
Echeverría, Esteban. — *El dogma socialista* . . 0.50
Galán, Fermín. — *Nueva creación* 0.50
Arlt, Roberto. — *El juguete rabioso* 0.50
,, *Los lanzallamas* 0.60
,, *Los lanzallamas.* (Edición especial) . . . . . 2.—
Machard, Raymonde. — *La posesión* 0.50

Reclus, Elíseo. — *El arroyo* 0.60
Deauville, Max. — *El lodo de Flandes.* (Sátiras contra la guerra) 0.50
Marx y Engels. — *El manifiesto comunista* . . 0.30
Haya de la Torre. — *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética* 0.50
,, *Construyendo el aprismo* 0.60
Chas de Cruz. — *Hollywood al desnudo.* (La vida de astros y estrellas en el mundo del Cine) 0.50
Amorim, Enrique M. — *La carreta.* (Novela de quitanderas y vagabundos) 0.50
Mariani, Roberto. — *En la penumbra* 0.50
Erenburg, Elías. — *Citroen* 0.50
Kolontay, Alejandra. — *La mujer nueva y la moral sexual* 0.50
Van de Velde, T. H. — *El matrimonio perfecto.* (Estudio de su Fisiología y su Técnica). Un tomo de 368 páginas. Edición ilustrada conteniendo un pliego suelto con diagramas a cuatro colores 1.50
Engels, Federico. — *Origen de la familia, la propiedad y el Estado* 0.50
Nin Frías, Alberto. — *El culto al árbol* . . . . . 1.—
,, (En papel vergé) 1.50
,, *Alexis o El temperamento homosexual* 0.50
Papini, Giovanni. — *El crepúsculo de los filósofos* 0.50
Riazanov, D. — *Marx y Engels* 0.60
Burns, Roberto E. — *Soy un fugitivo* 0.60
Marianetti, Benito. — *La conquista del poder* . . 0.50
,, (En papel vergé) 1.50
Almafuerte. — *Discursos completos* 0.50
,, (en papel pluma) . . . . . 1.—
,, *Evangélicas completas y otros escritos literarios* 0.50
Arkright, Frank. — *El A. B. C. de la tecnocracia* 0.40
Mazzini, José. — *Los deberes del hombre* 0.50
,, (En papel vergé) . . . . . 1.—

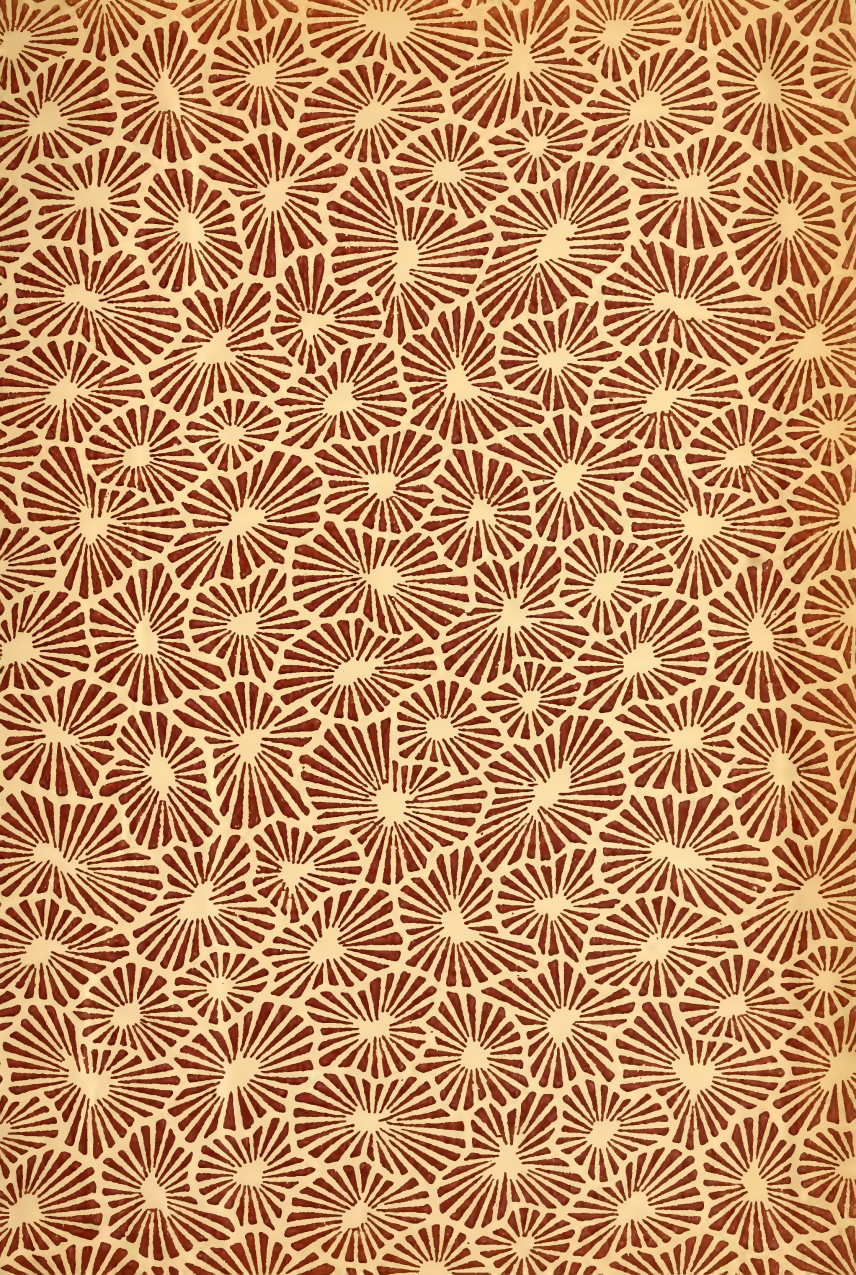
Sánchez Viamonte, Carlos. — *Democracia y socialismo* 0.50
,, (En papel pluma) . . . . . 1.—
Gabriel, José. — *El pozo negro.* (Cuentos) . . 0.50
Gondra, Palacios y Carlés. — *El proceso Alvear.* (Un tomo de 320 páginas) . . . . . 1.—
Palacios, Alfredo L., Dr. — *El socialismo argentino y las reformas penales* 0.60
Locke, John. — *Tratado del gobierno civil* . . 0.60
,, (En papel vergé) 1.50
Patri, Angelo. — *Hacia la escuela del porvenir* . 0.60
,, (En papel vergé) 1.50
Wapnir, Salomón. — *Lápiz rojo* 0.50
Catalá, Encar. — *Leyendas para niños* 0.60
Kaustky, Carlos. — *El camino del poder* 0.50
Portogalo, José. — *Tregua.* (Poemas proletarios) 0.50
Lenin, Nicolás. — *¿Qué hacer?* 0.60
Valdovinos, Arnaldo. — *Cruces de quebracho* . 0.50
García, Agustín Juan. — *La ciudad indiana* . . 0.80
Frugoni, Emilio. — *La revolución del machete* 0.80
Robles, Fernando. — *La virgen de los cristeros* 1.—
Marof, Tristán. — *México de frente y de perfil* 0.50
Del Valle Iberlucea, Enrique. — *La Revolución Rusa* 0.60
Wells, H. G. — *La llama inmortal* 0.50
Griese, Franz. — *La desilusión de un sacerdote* . 0.60
Palacios, Alfredo L. — *El nuevo derecho* . . . . 2.—
Paci, Guido. — *La locura amorosa* 0.60
Bloch, León. — *Luchas sociales en la antigua Roma* 0.60
Marx, Carlos. — *El XVIII Brumario* 0.60
Pastor, R. A. — *La legislación y la libertad de imprenta* 0.50
Castro, Ernesto L. — *Almas perdidas* 0.50
Palacios, Alfredo L. — *Las Islas Malvinas* . . 0.50
,, (En papel pluma) 1.50
,, *Libertad de prensa* 0.60
,, (Edición especial) 1.50

Mendoza, Angélica. — *Cárcel de Mujeres* 0.50
Brandes, George. — *Jesús es un mito* 0.50
Doll, Ramón. — *Liberalismo* 0.50
Marof, Tristán. — *La tragedia del Altiplano* .. 0.60
Korn, Alejandro. — *Apuntes filosóficos* 0.50
Roubakine, A., Dr. — *La protección de la salud pública en la U. R. S. S.* 0.50
Azevedo, Fernando. — *Petronio y su tiempo* . 0.80
Sarmiento, Domingo F. — *Facundo* 0.50
Papier, Sara. — *Vidas opacas* 0.50
Catalá, Encar. — *Fábulas para niños* 0.60
Montesano Delchi, A. — *Krishnamurti* 0.50
Griese, Franz. — *Herejías católicas* 0.50
Barbieri, A. C. — *Epopeya romántica.* (Córdoba en 1840 - 43) 0.60
Pondal Ríos, S. — *Amanecer sobre las ruinas* .. 0.40
Lobato, Monteiro. — *El presidente negro.* (Novela) 0.60
Losovski, A. — *Marx y los sindicatos* 0.60
Dickmann, Max. — *Madre América.* (Novela) 1.—
Ramírez, Manuel. — *Ushuaia* 0.50
Walbas. — *Fe de erratas de la Biblia* 0.50
Salvador, Humberto. — *Esquema sexual* 0.80
Castelnuovo, Elías. — *El arte y las masas* 0.60
Horrabin, J. F. — *Manual de geografía económica* 0.50

Todas las obras anunciadas en esta lista puede adquirirlas donde compró este volumen o solicitarlas a la

---

EDITORIAL CLARIDAD

San José 1641

BUENOS AIRES